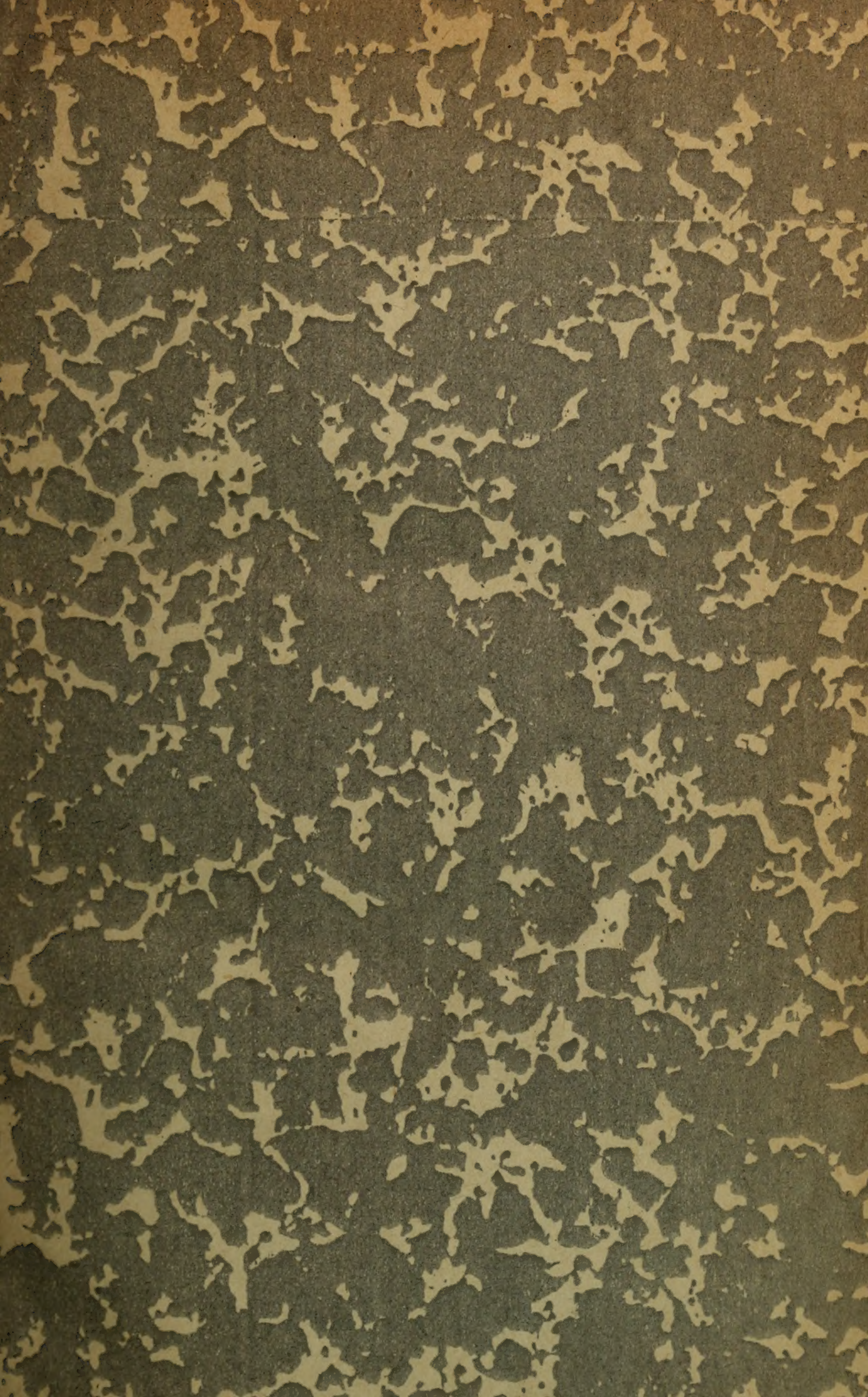
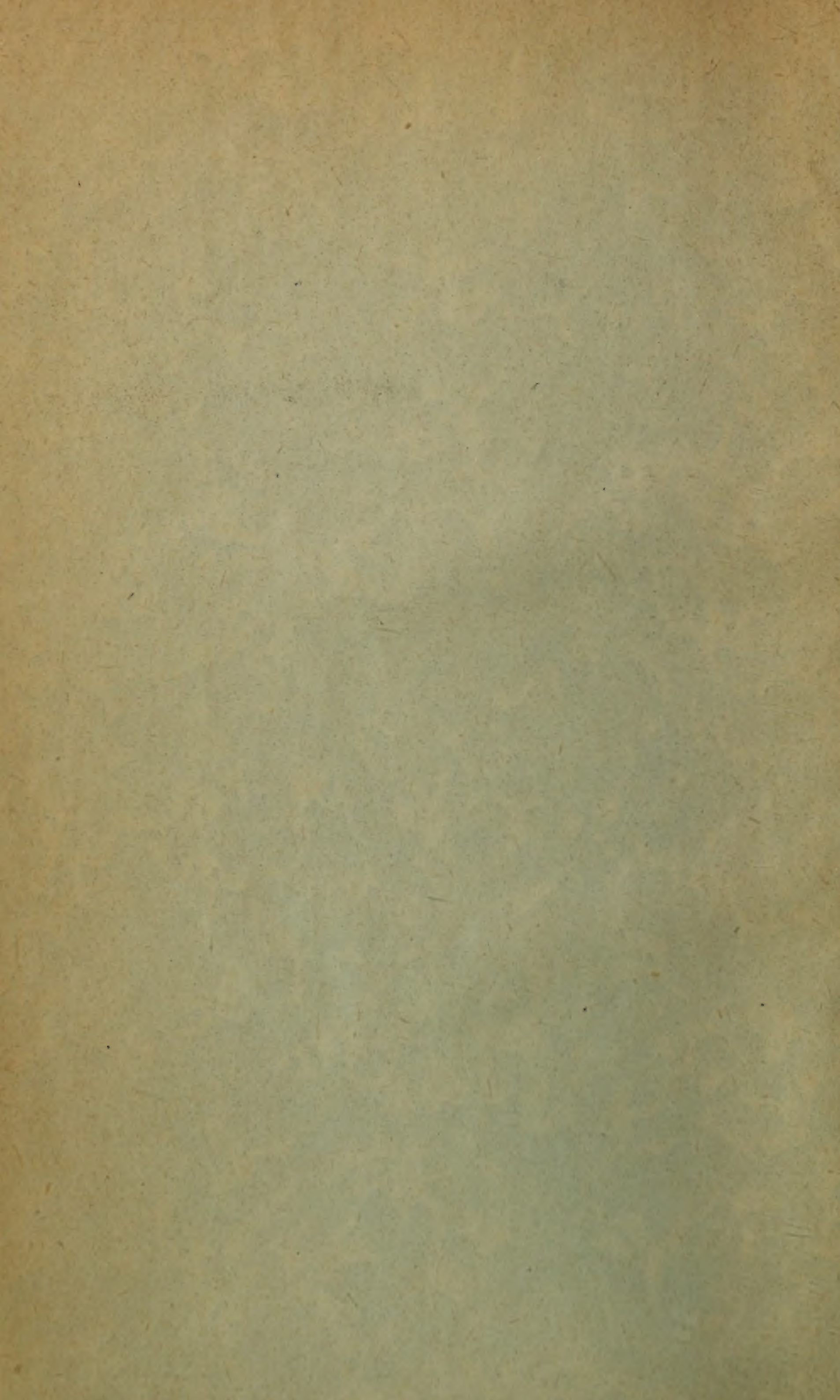
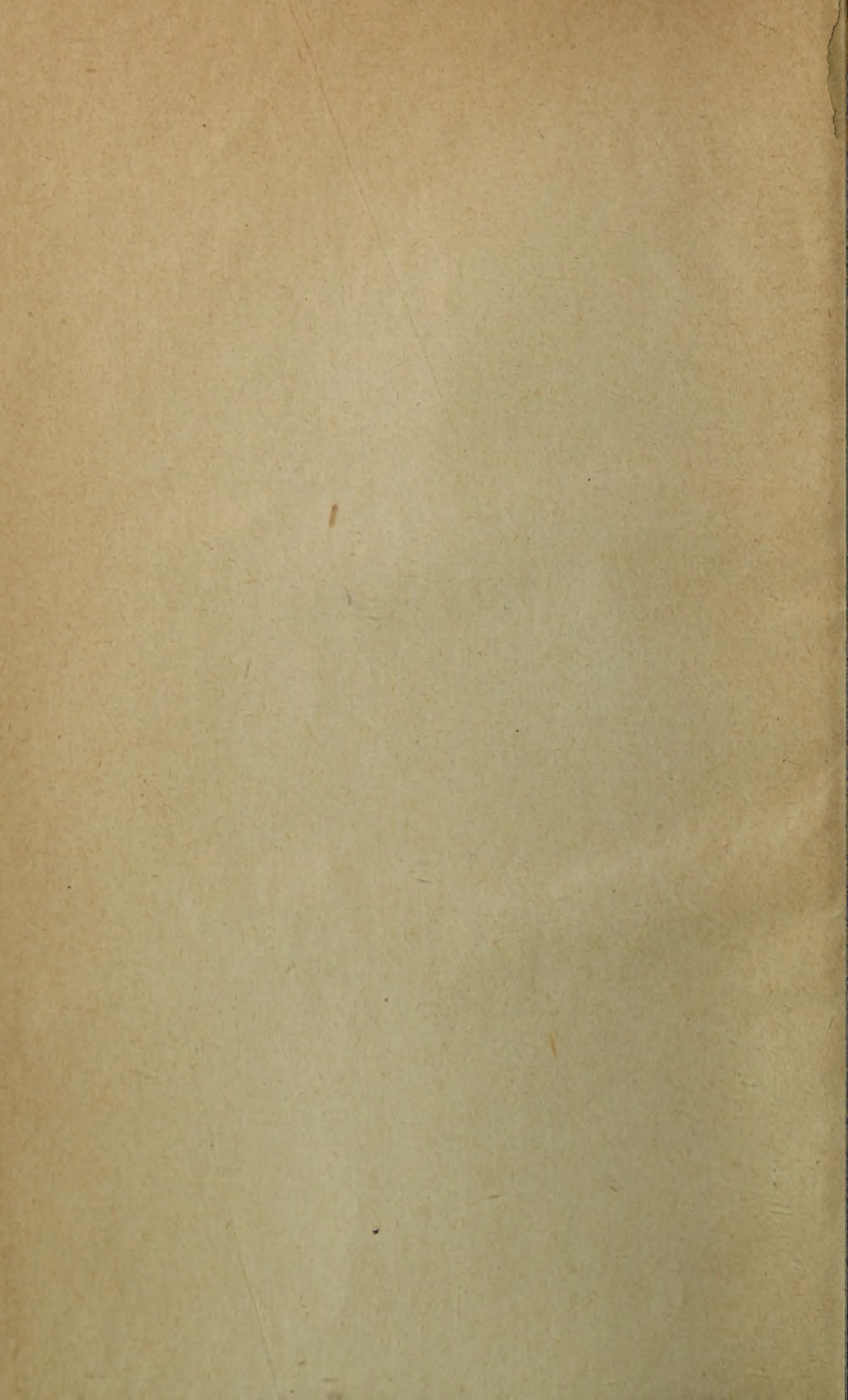

3 1761 08695792 5



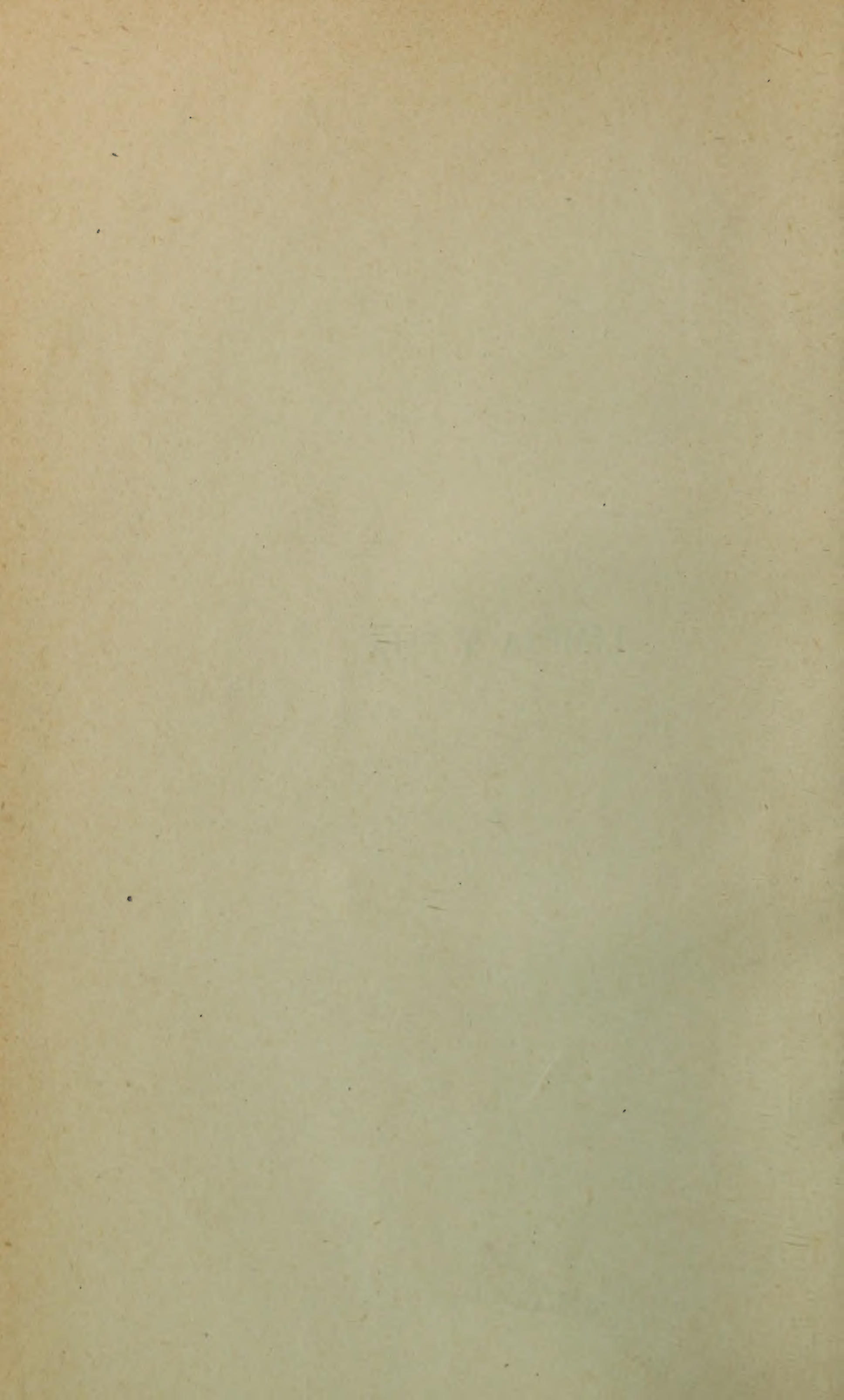








LIMPIA Y FIJA



MARIANO DE CÁVIA

LIMPIA Y FIJA



RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID



Imp. J. Pueyo, Luna, 29.
Teléf. 14-30. — MADRID.

PROLOGO

En las antiguas cofradias sevillanas, habia dos clases de cofrades: los llamados de luz, *que asistian con cirios encendidos, y los* de sangre, *que iban desnudos de cintura arriba, disciplinándose las espaldas hasta sacarse sangre.*

Dos clases de críticos ha habido también en todos los tiempos: los que podriamos denominar de luz, *porque sirven para iluminar los entendimientos, sacándolos de las tinieblas de la ignorancia y estimulando el deseo de saber, tan natural en el hombre; y los* de sangre, *porque, más que en ilustrar, gozan en* levantar ronchas *al prójimo, mortificándole y zahiriéndole. Los primeros son beneméritos de las letras, y sus escritos perduran como modelos del género literario que cultivaron. Los segundos, nunca son mirados con simpatía, porque les falta la primordial condición del valor humano, que es el espiritu de amor. Sus producciones podrán ser leidas; pero, aun para los que disfrutan, durante esa lectura, de algunos ratos de entretenimiento, son aquéllas testimonio bochornoso de malas pasiones.*

Al primero de tales grupos perteneció, sin duda, el preclaro ingenio a cuyas obras sirven de prólogo estos renglones, que no representan, ciertamente, ni siquiera un conato de juicio de su vasta labor, sino una breve información respecto de su vida y sus trabajos, como póstumo homenaje de quien tuvo la satisfacción de conversarle y de llamarse amigo suyo.

* * *

Nació Mariano de Cávia y Lac en Zaragoza, el 22 de septiembre del año 1855. Fué hijo de un notario de la capital aragonesa, y estudió humanidades en el Colegio de Jesuítas de Carrión de los Condes, cursando luego parte de la Facultad de Derecho en la Universidad de Zaragoza. Manifestó desde su mocedad grande afición al periodismo, y fué el Diario de Avisos zaragozano donde por vez primera colaboró seriamente. Al mismo tiempo fundó allí el periódico satírico titulado El Chinchín, que tuvo excelente acogida.

Vino luego a Madrid, perdida por completo la fortuna familiar, e ingresó en la redacción de El Liberal, donde muy pronto se destacó su figura. Durante algún tiempo (en 1881) dirigió en Tarragona El Diario Democrático; pero tornó a Madrid, entrando nuevamente en El Liberal, de donde pasó a la redacción de El Imparcial, deleitando al público con sus exquisitas crónicas. De El Imparcial trasladó última-

mente su colaboración al diario El Sol; *pero escribió, además, en otros muchos periódicos, como el* Heraldo de Madrid, La Opinión, La Justicia, La Ilustración Española y Americana, *etc., etc.*

Como saladísimo cronista taurino, hizo popular el seudónimo de Sobaquillo, *consagrando después a la crítica literaria algunas de sus mejores páginas, con la firma de «Un Chico del Instituto». Bajo los títulos de: «Plato del día» y «Despachos del otro mundo», dedicó largos años de su vida periodística a la crónica chispeante y aguda de los sucesos contemporáneos. Entre esas crónicas, muchos recordarán aún aquella que llevaba por epígrafe: «El incendio del Museo del Prado», que tan* feliz susto *dió al público y a las autoridades, las cuales adoptaron con tal motivo medidas de precaución, encaminadas a prevenir una catástrofe que, por fortuna, sólo era hipotética.*

Entre sus publicaciones independientes, raras hoy todas, recordaremos: De pitón a pitón *(1891);* Defensa de los toros; División de plaza; Salpicón; Azotes y galeras; Cuentos en guerrilla; Revista cómica; De la Exposición de pinturas, *y* Grageas *(1901).*

Años antes de morir, hubo de someterse a una peligrosa operación en el oído, de la que quedó bastante quebrantado. Su grande y no interrumpida labor, y (preciso es decirlo) sus excesos, también constantes, minaron su salud, y, atacado de parálisis progresiva, murió en Madrid, el 14 de julio

de 1920. Tenía la Gran Cruz de la Orden de Alfonso XII, y había sido electo individuo de la Real Academia Española.

* * *

En 1901, al prologar Grageas, *loaba José Muñiz de Quevedo la «sólida y rara ilustración» y la «finísima sátira» de Cávia. En 1920, al fallecer éste, escribía José Ortega Munilla en* A B C: *«Esencia del alma del gran satírico, eran el jubiloso pensar y el elegante decir.»*

«Jubiloso», en efecto, era su espíritu, y aunque, como todo mortal, experimentó amarguras y sufrió tristezas, no se traslucían éstas en su conversación ni en sus escritos. Como el viejo Anacreonte, decía:

«Bien sé cuánto he andado
del camino hasta ahora,
mas de lo que me queda,
no sé ninguna cosa.
Dejadme, pues, cuidados,
vivir contento a solas,
y no os metáis conmigo,
afligidas memorias;
porque quiero alegrarme,
antes que, rigurosas,
del sudor de la muerte
me cubran negras olas.»

Nunca ostentó la fúnebre solemnidad del dómine. Por el contrario, su buen humor era proverbial, y aun resaltaba más en sus crónicas periodísticas que en su conversación. Así se le atribuyen dichos y hechos de indiscutible gracejo, algunos de los cuales podría yo referir, respondiendo de su autenticidad, si no temiese torcidas interpretaciones. Dícese, por ejemplo (y no garantizo en este caso la exactitud de la anécdota), que, con ocasión de ir a confesarse un conocido literato, logró Cávia, sin ser visto de nadie, ocupar el sitio del cura en el confesonario; escuchó con la mayor gravedad las manifestaciones del penitente, y le ordenó, para absolverle, que rezase dos docenas de Padresnuestros, y que a mediodía, en plena Puerta del Sol, quemase tres ejemplares de uno de los más populares libros del converso pecador. ¡Y es fama que este último cumplió religiosamente la penitencia!

A veces, colaboraban con él en estas humoradas sus fieles escuderos. Porque Cávia, como buen caballero andante de la república de las letras, tuvo también escuderos, a quienes trataba como amigos y que le sirvieron con verdadera abnegación. El primero de ellos fué el socarrón «García», antiguo carlista, paje que había sido de don Carlos de Borbón; el segundo, Manuel Manso, que le acompañó fielmente hasta sus últimos momentos. Y era de ver cómo Mariano de Cávia pedía parecer a su escudero, en asuntos de pura erudición, y hasta aparentaba, en ocasiones, necesitar su aprobación o su asentimiento. Juan José Soiza Reilly, en su libro

Cien hombres célebres *(Barcelona, 1909), cuenta así uno de esos lances:*

«En las discusiones del café, Cávia consulta a su escudero:

—Sobre ciertos asuntos insignificantes—dice don Mariano—, los escuderos son los que deben darnos su opinión. Diga usted, García... ¿El conde de Cheste, tenía talento?

—Tenía muchas condecoraciones—le replica García.»

* * *

Esa natural alegría, procedía, en Cávia, de cierta fortaleza espiritual, que no le abandonó jamás. No era un escéptico, aunque pudiera parecerlo a veces. Creía en su Patria y en el valor de la tradición histórica y literaria española, aun cuando no confiase mucho en los hombres de su tiempo. No pensó él en revisar (como ahora se dice) los valores de antaño, sino en poner en claro los de su época, sin desdeñar pequeñeces ni menudencias, por insignificantes que pareciesen a los demás. A su juicio, todo hecho era significativo, y él sabía sacar enseñanzas, en sus crónicas, de lo que para muchos, menos avisados, pasaba inadvertido.

Por eso sus artículos periodísticos, en los que condensó una enorme labor, no son propiamente un reflejo de la vida *que él presenciaba, como lo fueron, v. gr., los de Mesonero Romanos, sino una expresión, las más de las veces aguda y*

sentenciosa, de los problemas de su tiempo (que, en gran parte, siguen siéndolo ahora). Su vastísima lectura, su memoria nada vulgar, ayudábanle a maravilla para tal función, y así supo enlazar, con primoroso arte, las galanuras de un castizo lenguaje con el tosco realismo de locuciones populares, y las alusiones más recónditas a nuestra literatura de otras épocas, con el conocimiento familiar y profundo del ambiente literario español de últimos del siglo XIX y principios del XX.

Fué, en suma, más bien un espectador que un autor. Su nombre no va unido a ningún acontecimiento de los que cambian la faz de la vida política o social de un pueblo. Modesto por voluntad, gozaba en contemplar «la vida que pasa», filosofando, con cierta irónica serenidad, acerca de lo que observaba. Y como, en el fondo, todo es uno y lo mismo, se sintió inclinado a personificar los caracteres comunes en algunos tipos literarios, que subsisten como creaciones de su peregrino ingenio. Todos recordarán, sin duda, aquel «Doctor Humbugman», sabio estrafalario, que tiene algo de Carlyle y algo de Nietzsche, símbolo de los filosofastros de última hora; aquel don Vicente de la Recua, «Barón de la Reata», representación de la adocenada muchedumbre y de la vulgaridad insipiente; aquel simpático «don Patricio Buenafé», bueno y pagano, que sufre y calla, enemigo de novelerías y de trastornos, apegado a sus rancios hábitos, progresista y patriota; y aquel otro «Juan Español», representante de

la masa anónima, bien intencionada y mal gobernada.

Esos tipos, y otros varios de los que él creó, habrán de subsistir en la memoria de los que gusten de las invenciones del ingenio español, como han sobrevivido en Francia los de Balzac y en Inglaterra los de Dickens. Al modo de estos insignes escritores, Mariano de Cávia sabe descubrir miserias y fustigar vicios, sin desprenderse nunca de aquel ánimo benévolo que compadece, aun en los casos en que no encuentra disculpa.

Enlázase esta cualidad del gran periodista con otro carácter que justamente señalaron algunos de los que acerca de él han escrito. Cávia no olvidó nunca sus humanidades, y este su temperamento humanista explica, no solamente la gallardía, la tersura y la precisión de su estilo, sino también lo refinado y sutil de sus gustos literarios. Por eso, aunque muchísimos le leyeran, pocos eran aptos para comprender su prosa, y aun algunos le tacharon de pesado, sin ser capaces de seguir sus pasos.

Sobre todo ello, hay, a mi juicio, en Cávia, un carácter predominante, que sublima su labor y ha de hacerla, en buena parte, imperecedera: el patriotismo. Desde los primeros momentos de su carrera periodística, trabajó con denodado ahinco por divulgar nuestras glorias, combatiendo en todas formas el anti-españolismo. Quizá vió él que esta era la más funesta nota de la psicología española de su tiempo. Así, luchó como el que más en defensa de las corridas de toros,

precisamente por considerarlas el más nacional de nuestros espectáculos. Ante la invasión de la opereta extranjera, abògaba por la restauración del género bufo, alabando el Robinsón *de Barbieri, la «frescura y originalidad» del* Tributo de las cien doncellas, *y «aquella deliciosa filigrana musical» de* El potosí submarino *de Arrieta; y escribiendo estas palabras: «¡Ya nos contentaríamos con que nos mandaran hoy de Francia musiquita como la de* La soirée de Cachupín *y* El barón de la Castaña!» *Semejantemente, combatió las locuciones bárbaras y la introducción de vocablos o giros no ajustados a las leyes del idioma, de lo cual pueden dar buena muestra las páginas de* Limpia y fija, *donde, entre otros ejemplos, demuestra que* jerga *debe ocupar el puesto de* argot, *y* arribismo *el de* arrivismo, *y* tinglado *el de* hangar, *y* bombachos *el de* breeches, *y* caballete *el de* bidet, *y* voto absolutorio *el de* bill de indemnidad, *y* balompié *el de* football, *y* camarín *el de* camerino, *y* banda *el de* cordón, *y* milicia juvenil *el de* boy-scouts, *y* canastilla *el de* corbeille, *y* comodidad *el de* confort, *y* tocador *el de* boudoir, *y* consumo *el de* consumación, *y* libreta *el de* carnet, *y* tenedor de libros *el de* contable, *y* airón *el de* esprit, *y* acuerdo *el de* entente, *y* felpa *el de* peluche, *y* colchón de muelle *el de* sommier, *y* adiestrar *el de* entrenar, *y* tamaño *el de* formato, *y* floreo *el de* flirteo, *y* forzosa *el de* chantage, *y* lupia *el de* lupa, *y* riza *el de* razzia, *y* salacot *el de* salakof, *y* borceguí *el de* brodequín, *y* presentación *el de* début, et sic de

ceteris. *Esta persecución de los que Cávia denominaba «galicursis», es una de las más significativas pruebas de su españolismo, porque suele suceder que los que no sienten el amor a la Patria, hacen con su idioma «lo que les da la gana».*

* * *

Mariano de Cávia fué periodista, no para seguir el humor *al público, ni para danzar al son de una gaita política o de cofradía, sino para señalar, de un modo independiente y personal, los yerros que a su juicio debían corregirse, y expresar libremente su parecer sobre las cuestiones que le preocupaban. No fué un Aristarco, ni un cazador de gazapos. Lo primero repugnaba a su inclinación, siempre benévola; lo segundo parecíale labor de trapero literario, indigna de la elevación de sus miras.*

Por eso, por el galano ingenio que demuestra siempre, por su exquisita cultura, y por ser maestro en el bien decir, ocupa lugar preeminente, después de Fígaro, *en el periodismo español. González Bravo, Calvo Asensio, Modesto Lafuente, sobresalieron sin duda, en su época, como grandes figuras del periodismo; pero fué el aspecto político el que principalmente cultivaron, y en él no trabajó Cávia sino por accidente. Antonio María Segovia* (El Estudiante), *fué un imitador, y así sus artículos, generalmente desmayados y fríos, des-*

piertan hoy poca curiosidad. Eusebio Blasco, escritor delicado y amenísimo, periodista de corazón, pensó más en crear que en juzgar, en entretener que en discutir. Cávia, en cambio, llegó a ejercer un verdadero magisterio, y sería absurdo hacer la historia literaria de su tiempo, sin contar con la eficacia de su representación.

Su pluma no se ensañó con nadie, y casi siempre tuvo un recuerdo para los humildes. Ved, por ejemplo, de qué modo comenta en una crónica, publicada en octubre de 1889, el recibo de cierto anuncio de una casa parisiense, dedicada a... vestir perros...

«Quiero hacer rabiar un poco al proletario y al pobre de levita... haciendo saber al trabajador que empieza a sentir el frío y no sabe cómo desempeñar su triste capa, que la última moda en trajes «de visita» para perros, consiste en un precioso gabán de paño rojo con vueltas de terciopelo negro, y que durante el próximo invierno «no se llevará» para paseo más que el Demidoff, *de auténtico astracán con guarniciones de* petit gris. *Ambos «trajes» son, según el Catálogo,* «des créations délicieuses». *Deléitense, pues, con esas noticias (sin perjuicio de renegar de la creación, ya que no de las* créations) *las infelices madres que están sin saber qué poner a sus hijos para combatir las inclemencias del tiempo, y consuélense pensando en que no andará el mundo tan mal arreglado, cuando hasta los perros tienen ya a su disposición cómodos y abrigados batines para ir por casa, de estilo*

Poole, y excelentes impermeables ingleses... ¡con capucha y todo!»

Tal fué el hombre, y tal el crítico. Bien puede aplicársele lo que el gran Quevedo dijo del «buen juez» Aois:

> *«Falleció sin quejosos y dinero,*
> *.................................*
> *No edificó para vivir logrero;*
> *Por él nadie lloró, y hoy es llorado.»*

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN.

Noviembre de 1922.

AZARAR Y AZORAR

La condesa de Pardo Bazán, en uno de los magistrales artículos con que ilustra las columnas de *El Imparcial*, ha empleado la palabra *azarante*, agregándola entre paréntesis esta pregunta: «¿Vale la palabra, amigo Cávia? Ello es que la emplea todo el mundo.»

El amigo Cávia, siempre gustosísimo en complacer a la egregia escritora, me cede los trastos, para que sea «Un chico del Instituto» quien despache el toro, digámoslo así, que nos suelta la Condesa.

¿Por qué he de ser yo, y no el interpelado? Primero, por lo clarito y noble que es el toro, como no podía menos de ser, dada su generosa procedencia. Y segundo, porque este modesto «Chico» tuvo ya el gusto—habrá unos tres años—de despachar eso del «azarar» y el «azorar», lo menos mal que le fué posible, en otro «Limpia y fija».

Si yo recordara la fecha en que se publicó o si tuviera a mano el correspondiente recorte del periódico, con copiarlo ce por be saldríamos del paso

guapamente. Mi desidia, por desgracia, es tan grande como pequeña la importancia que doy a estas fruslerías.

Es muy corriente, hasta entre personas instruídas, la creencia de que el verbo «azarar» es una corrupción plebeya de «azorar». Son dos verbos distintos, aun cuando de análogo significado. El Diccionario de la Academia—*¡horresco referens*, maese Reparos!—recoge entrambos verbos; pero si el segundo (azorar, azorarse) lo da como verbo activo y reflexivo, el primero solamente lo acepta como reflexivo. «Azararse» trae únicamente el léxico oficial.

Sus razones habrá para ello; mas lo cierto es que el uso—al cual nunca se debe confundir con el abuso—ha dado forma activa al verbo «azararse».

«Hay personas que *azaran* con su presencia.» Esto se oye a cada paso, y como de ningún modo pugna con el genio ni la estructura del lenguaje, de ahí el participio activo que ha empleado muy lícitamente (en mi corto entender) la condesa de Pardo Bazán, y ha dado motivo a esa consulta, que nada, absolutamente nada, tiene de azarante.

«Azarar» y «azorar»—cuyos significados son harto conocidos—no tienen ningún parentesco etimológico, como deben ser los verdaderos parentescos por consanguinidad. «Azarar» y «azorar» lo tienen por afinidad; pues este carácter es el del parentesco ideológico y el de la semejanza fonética.

Al decir de los etimólogos más competentes, azorar viene de azor y empezó por ser un término de cetrería; porque la persona inquieta y asustada (azorada, como decimos) da las mismas muestras de susto y de inquietud que el pájaro a quien persigue el azor.

Azarar viene de azar, en el sentido nefasto (no en el de casualidad y lance fortuito) que daban nuestros ascendientes al vocablo azar: como en los juegos de dados y naipes, verbigracia, en que a la jugada donde se ganaba se la llamaba *encuentro*, y a la jugada en que se perdía, *azar*.

La diferencia esencial entre azarar o azararse y azorar o azorarse me parece que es fácil de señalar—y si yerro, que me enmienden—diciendo que el sobresalto del hombre azarado se puede ocultar o disimular, al paso que el susto y la inquietud del azorado necesariamente han de manifestarse por signos exteriores.

Es decir, que yo puedo estar muy azarado por tal o cual causa, y no mostrar en público el menor azoramiento.

¿Está claro? Paréceme que sí; pero ya verá mi señora la Condesa cómo viene algún purista de secano o algún galicursi de regadío a dejarlo más obscuro que boca de lobo.

«¡A MI, PLIN!»

Aun cuando otra cosa promete el epígrafe de esta sección, el presente apunte no se traza para limpiar ni fijar ningún punto turbio ni dudoso del lenguaje corriente. Se trata no más de una curiosidad demopédica.

Ya sé que esto de la demopedia se les atraganta a algunos hablistas (por la otra punta) que cabalmente se distinguen por sus formidables tragaderas para embaular los más absurdos barbarismos; pero, es lo que se dice, *¡a mí, plin!*

¿De dónde diantre viene esta plebeya locución con que el vulgo dicharachero y muchos festivos escritores han sustituído modernamente el antiguo «¿qué se me da a mí?» Todo, aun lo más extravagante, lo más incomprensible que el pueblo pone en boga, tiene alguna razonable explicación.

Un mozalbillo que todavía está en la segunda enseñanza, aunque algo procure aprender leyendo y escuchando, no puede estar en ciertos toques y retoques del habla popular, cuando tienen su pro-

bable origen en dichos y hechos que «Un chico del Instituto» no ha estado en ocasión de alcanzar.

Valga por lo que valiere, daré a algunos curiosos que me la han pedido la explicación del *¡a mí, plin!* que me ha dado uno de los leones que acompañan a la diosa Cibeles. Es un madrileño muy antiguo, y jura por el Olimpo entero haber oído la frase primitiva de que se ha derivado, por corrupción familiar, la frasecilla hoy corriente.

Ello fué—si el león no me ha engañado—allá en los días en que el héroe de los Castillejos, político de sumo temple, a quien inmoló la barbarie de las disensiones españolas, había alcanzado el grado máximo en el termómetro de la popularidad. (También tengo yo mi poco de retórica entre el pulgar y el índice.)

Entraba por Recoletos, y era un domingo por la tarde, cierta arrogante y guapísima moza, más o menos doncella de estas que llamamos de servir, en la amartelada compañía de un ramplón y desmedrado *sorche*, que sin pasar de soldado raso podía reírse con toda su atroz bocaza del mismísimo sargento Utrera, de quien se cuenta que reventó de feo.

En dirección contraria a la de aquella pareja tan desigual venían tres o cuatro sargentos que no reventaban de feos, como el del dichete, sino de puro apuestos y bonitos.

—¡Vaya una jembra juncal! (empezaron a decir); ¡viva la gracia, y viva el salero, y vivan sus papás

de usted, y muera el mal gusto que usted tiene! Pero, gloria, ¿de cuándo acá hacen los ángeles tan buenas migas con los demonios?

Y la moza sandunguera, lanzando dos miradas, una de sumo desdén a los sargentos guapos y otra de hondo cariño al feísimo *sorche*, dijo con altivo donaire:

—*Pa mí... ¡Prim!*

Oyó la frase alguna gente, y de boca en boca se ha ido trasformando (degenerando, mejor dicho) hasta caer en la rastrera locución con que ahora «ilustramos» y «decoramos» el lenguaje familiar, estropeándola en su primitivo y gracioso significado: el de manifestar nuestro amoroso interés por algo que incomprensivamente zahieren los demás.

ALGIDO Y CALIGINOSO

Hay desatinos corrientes y molientes que caen bajo la censura, no de «Un chico del Instituto», sino de un niño de la escuela.

Pero nada, las personas mayores, siempre incorregibles. ¡Lástima que no caigan en manos de los frailes de Santa Rita!

Ahí va un puñado de «confetti», mezclados con polvos de pica pica, que estos días se ha lanzado sobre el idioma:

«El martes, día que marca el período álgido del Carnaval...» «Al anochecer, el bullicio llegaba a su período álgido en la Castellana y Recoletos...»

«Cuando el baile estaba en su período álgido...»

Este inveterado despropósito ha arraigado de tal modo en escritos y conversaciones, que no hay medio de desterrarlo, a menos que el Sr. La Cierva, a quien nada ni nadie se le resiste, quiera extirpar semejante vicio... de dicción. Anímese el bravo Don Juan, y antes de un año le habrá acogido la Academia en su amoroso seno.

Si «algidez» significa frialdad glacial, ¿de dónde proviene el abuso de la voz «álgido», empleándola en un sentido diametralmente opuesto, para expresar el momento crítico de encendido arrebato, de mayor calor y ardor, a que llegan las personas y los hechos en ciertas ocasiones?

El período álgido es en Patología—según me dice un primo mío, interno de San Carlos—aquel período de gran enfriamiento que sobreviene en algunas enfermedades, como el cólera y la fiebre perniciosa. Pero los revocadores del idioma, tan perniciosos como esa fiebre y como el cólera morbo, lo han arreglado de otra manera, y hasta de un incendio se dice que entró en su período álgido.

¡Anda, morena!
¡Ya el corazón tenemos
a la derecha!

Tres cuartos de lo mismo ocurre con la voz «caliginoso».

Caliginoso es lo denso, lo obscuro, lo nebuloso lo tenebroso.

«Yo (dijo Don Quijote) tengo ya juicio libre y claro sin las sombras caliginosas de la ignorancia.»

También esto lo han arreglado totalmente al revés los discípulos de Bartolo, el protagonista de *El médico a palos;* y confundidos por la semejanza de la palabra, llaman caliginoso a lo caliente, a lo cálido, a lo caluroso, cuando ya llega a angustiar y mortificar.

«Aquella caliginosa tarde de agosto, en que un sol de justicia lanzaba rayos implacables...»

Semejante dislate ha cundido de tal suerte, que con mucha frecuencia vemos incurrir en él a prosistas que la dan de refinados y a poetas que la echan de exquisitos.

Con el rubor propio de mi corta edad y de mi corto entendimiento, apunto estas observaciones tan rudimentarias y elementales; porque es fuerte cosa que uno tenga que dar palmetazos así a quienes le superan en edad, saber y gobierno.

Pero ¿qué hemos de hacerle, señores míos?

> Non vale el azor menos,
> porque en vil nido syga,
> nin los enxemplos buenos
> porque «un crío» los diga.

«ALMA MATER»

¡Qué afán de tocar las castañuelas sin saber tocarlas y sin obligación de hacerlo!

En cierto documento gremial se lee lo siguiente:

«El abandono de nuestros derechos ha sido el «alma mater» de la triste situación en que nos hallamos.»

¡Todo lo contrario de lo que se quiere decir! No es posible tergiversar más desatinadamente esa locución latina. Y lo peor es que no se trata de un caso aislado, sino de un disparate en que frecuentemente incurren los Ciruelas que se meten a escribir o a perorar.

Los poetas latinos llamaron *alma parens* (madre nutritiva) a la patria, y en nuestros días se denomina *alma mater* a la Universidad. No más que a la Universidad, hermanos, sin otra extensión caprichosa ni otras aplicaciones arbitrarias.

Pero la grey aborregada del «mocosuena, mocosuene» se figura que el «alma» esa en latín equivale al sustantivo «alma» en español, y de ahí el error garrafal en que incurren sus señorías.

«Almus, alma, almum», en latín, es lo nutritivo, lo que da alimento, lo providente, lo fundamental, lo que sustenta, lo limpio, sano y hermoso. Así Virgilio llamó «alma Ceres» a la madre de los mortales. Y Horacio «almus Sol» al padre y señor de nuestro sistema planetario. Y Ennio «alma fides» a la buena fe, sustento y fundamento de la vida social.

Lo propio ocurre en nuestro honrado y copioso romance. El adjetivo «almo, alma», que regularmente sólo se usa en lenguaje poético, significa «criador, alimentador, vivificador, excelente, benéfico, digno de veneración». Así lo trae el léxico oficial.

De suerte que llamar «alma mater» a la desidia que engendra la penuria contiene tantas equivocaciones como letras la manoseada y ultrajada locución. Nueve errores distintos y una sola barbaridad verdadera.

Los doctos me dirán:

—Pero, jovenzuelo petulante, ¡si todo eso es el abecé!...

Cierto que sí, y aun por lo mismo pudiera firmarlo «Un niño de la escuela». Sin embargo, no hay más remedio que descender a advertencias tan rudimentarias; porque a cada paso (mejor dicho, a cada traspié) sueltan el susodicho disparate escritores muy presumidos y oradores muy presuntuosos.

Dos docenas de resbalones de esos tengo apuntados en el libro verde. ¡Y los que se habrán escapado a mi floja atención!...

«ARGOT»

¡Cuidado que se prodiga el tal «argot» en los periódicos! Las más veces sin venir a cuento ese vocablo francés, y con la misma oportunidad que un «alza, pilili» en un Oficio de difuntos.

Un estimable diario—a quien no cito, porque eso queda para los cazadores de gazapos—nos cuenta que dos señores ministros del actual Gobierno «no se pueden tragar».

Y añade esta escrupulosa salvedad: «Perdónesenos el *argot.*»

Ningún «argot» hay que perdonar, hermano; porque lo que ha usado vuesamerced es un modismo de los más corrientes en toda tierra de garbanzos.

¿De cuándo acá forman parte del «argot» (lenguaje especial de los malhechores franceses) locuciones españolas tan honradas como la que se acaba de copiar?

Minutos después de haberla leído—con la súplica también copiada—encuentro en otro periódico,

también digno de toda estimación, estotra *argotería:* «Manolete y Torquito no tuvieron, como se dice en el «argot» taurino, el santo de cara.»

Pero, señor, ¡por los cuernos del toro de San Lucas! ¿Qué diantre tienen que ver los dichos, dichetes y dicharachos del lenguaje taurino, tan copioso, pintoresco y privativo de españoles, con lo que significa «argot» en francés?

Sí; de sobra sabemos que por extensión se llama también «argot» en Francia al lenguaje familiar y especial de ciertas profesiones, y así—pasando desde los viles términos del hampa a otros verdaderamente honrados—se habla del «argot» de los pintores, del «argot» de los comediantes, del «argot» de los periodistas, del «argot» de los cuarteles, que hoy es el «argot» de las trincheras... No hay oficio que carezca de su correspondiente e íntimo «argot».

Pero por ventura, o mejor dicho, por desventura, ¿tan corta y pobre es nuestra habla, que no hay en ella una locución equivalente a la francesa?

Hasta en Belchite se sabe lo que en Madrid ignoran, o aparentan ignorar, muchos renombrados plumíferos. ¡Qué «argot» ni qué calabazas! A eso en buen romance se le llama *jerga.*

La jerga taurina, la jerga de entre bastidores, la jerga de los políticos, la jerga de los masones, la jerga del cuartel, la jerga del casino... Todo tiene en España su correspondiente jerga; y a veces estas jergas se confunden hasta el punto de que un

parlamentario suelte en plenas Cortes un terminacho favorito del «Enagüitas» o del «Pernales».

Jergas se deben llamar estos modos familiares, íntimos, circunscritos, de hablar entre iniciados, aun cuando los profanos se apoderen luego de semejantes expresiones hasta hacerlas entrar en el lenguaje común, lo mismo que el hablista y purista más refinado busca y halla en los dichos de la plebe, toscos y rudos al parecer, motivos de restauración, renovación y sano refresco del idioma.

No hay «argot» que valga, como no se trate del que primordialmente y de los que extensivamente se usan entre franceses. Entre españoles—se habla de los dignos de tal nombre, no de los que repulsan todo lo español—«jerga» se debe decir y escribir para expresar lo que dicho queda y demostrado.

Si algún galicursi remilgado hace ascos a la «jerga», por considerarla palabra tosca y madre del jergón, recuerde que el «argot» (vocablo tenido por fino y elegante entre páparos, papanatas y papamoscas) no es en su origen y principal significado más que el lenguaje de los bribones, granujas y malhechores para entenderse entre sí.

Aplicarlo caprichosamente a lo que tiene nombre propio en nuestra lengua, y llegar hasta el extremo de llamar «argot» a los modismos más usuales en español neto y puro, viene a ser lo mismo que llamar a Murillo *Petit-Mur*, y a Goya, *Guayá*.

Entre españoles que sepan serlo no hay más «ar-

gotería» ni más «argotismo» que los referentes a Gonzalo Argote de Molina y a D. Luis de Argote y Góngora, que por no «argotizar» en demasía se firmaba D. Luis de Góngora y Argote.

Lo otro es lo que se ha dicho mil veces: cursilería, ignorancia, mal gusto y prurito manifiesto por desdeñar todo lo español.

AZARAS Y AZORINES

Así, a estilo de otros cien bandos que mencionan las historias y las leyendas, pudieran denominarse dos que se han formado en un casino de la histórica, pintoresca y asturiana villa de Pravia.

Me apresuro a declarar que estos «Azaras» pravianos nada tienen que ver con la ilustre familia que tanta prez ha dado a la tierra de Aragón y a la patria española en general; como tampoco los presuntos «Azorines» tienen relación alguna con el eximio escritor que ha hecho popular el apellido Azorín, usándolo como alias literario.

En la contienda de que se trata—y que es de suponer no acabe como las tradicionales entre Pravia y Piloña—se me ha otorgado la singular merced de pedirme dictamen; y allá va, aunque sin presumir de rey Sobrino en este agramantesco alboroto.

Dícenme desde Pravia:

«En un casino de esta villa jugaban días pasados a la carambola dos amigos, y como el que perdiera dijo que se había «azarado» al ver que su contrario

hiciera carambolas muy difíciles, y que debido a eso, había perdido.

»Replicóle uno, diciéndole que si «azarado» lo empleaba en sentido de «deprimido», falto de serenidad, tendría que decir «azorado».

»Intervinieron otros, y se formaron dos bandos: uno, de los que aseguraban que se podía decir «azarado» en el sentido que arriba menciono, y otro, de los que sólo admitían la palabra «azorado».

»Se acudió a los diccionarios y tampoco quedó la cuestión resuelta...»

Un inciso, por cuenta mía. Felicito a mi comunicante por no haber incurrido en la tan frecuente como grotesca y archicursi incorrección de decir *solucionada*.

Continúo copiando:

«Y tampoco quedó la cuestión resuelta; pues mientras unos dan a «azarado» la significación, entre otras, de «deprimido», etc., otros sólo conceden esta acepción al verbo «azorarse».

Pero, señor mío, ¿qué diccionarios son esos que se manejan en ese casino de Pravia? Sospecho que vuestras señorías manejan harto mejor los tacos en el noble juego del billar.

Hubiérales bastado a los Azaras y a los Azorines haber acudido en consulta al Diccionario de la Academia (edición 13.ª), para cerciorarse de que unos y otros estaban en buena derechura; porque el conturbarse, sobresaltarse, alarmarse e inquietarse (el deprimirse lo entiende este adolescente de

otro modo) lo mismo se significa con el verbo reflexivo «azorarse» que con el de «azararse».

Lo que hay es, en mi humilde opinión, que el primero es el correcto y acicalado; el segundo, el vulgar y familiar.

Si yo, al cumplir la mayor edad, tuviera la infeliz ocurrencia de meterme a literato, nunca escribiría (por cuenta propia, no por la de mis personajes) «azararse», ni «azarado», ni los derivados consiguientes; pero sin el menor escrúpulo usaría ese verbo en la conversación, no ya al discutir unas carambolas, sino en el mismo salón de sesiones del Congreso, donde tan buen asiento tiene la holgada familiaridad como la almidonada retórica.

Para decirlo de una vez. El «azorarse» es el término más aseado, más correcto, el de sociedad, el de etiqueta. El «azararse» es el término a la pata la llana, el casero, el que se usa de trapillo, o sea *à la negligé*, para que me entiendan los pobres galiparlantes, galicursis y galicongrios.

No sé si quedarán satisfechos los Azaras y Azorines de la histórica y pintoresca villa de Pravia. El muchacho que firma se va, en unión de otros tres lingüistas de su clase, a jugar un chapó en el Café de la Universidad (San Bernardo, 64).

Y no hay miedo que yo llore
ante el chico que ganare;
porque a mí no hay quien me azore,
ni tampoco quien me azare.

ARRIBISMO Y ARRIBISTAS

Así, señores míos, así: con la «b» más rotundamente labial; porque así, en español, tenemos derecho a decirlo y el deber de escribirlo.

El *arriviste* francés (persona que quiere medrar, «llegar» a toda costa; ambicioso sin escrúpulos) sale ahora a relucir con mucha frecuencia en la crítica social, y los que la ejercen en nuestros periódicos y nuestras conversaciones se han apoderado del terminillo ultrapirenaico, para aplicárselo a aquel tipejo osado y desaprensivo—tan abundante en España como en la nación más concupiscente—sin fijarse en que no hay para qué tomar de prestado lo que en casa poseemos.

¿Para qué escribir «arrivismo» y «arrivista» con la v del vocablo francés, y entre comillas, a fin de dar a entender que se trata de cosa exótica y sin ciudadanía entre nosotros? ¿A qué poner a la francesa lo que podemos y debemos emplear a la española?

¿No tenemos el verbo *arribar*, entre cuyas acepciones la Academia señala la de «llegar al fin que se desea»? ¿No tenemos además, con notoria ventaja sobre el léxico francés, un adverbio tan castizo y tan expresivo como el de ARRIBA?...

¡Arriba, arriba, y arriba, de cualquier modo que sea! Tal es precisamente la fórmula del medro a ultranza, y tal el lema de los apaches bien vestidos, de los hampones con más talento que sentido moral.

Con un canto en los pechos podríamos darnos por que todos los neologismos que se nos cuelan en el habla fuesen de tan clara estirpe y de tan patente legitimidad como este arribismo y estos arribistas, que para nada necesitan ir entre comillas ni ortografiarse a la francesa.

Y conste que no hablo solamente por cuenta propia. Iguales observaciones hizo ya, no ha mucho, en *La España Moderna* mi catedrático en el Instituto del Cardenal Cisneros don Fernando Araujo. Deploro no tener a mano el texto, para refrendar mis elementales observaciones con razonamientos más fundamentados.

(Que nadie me ponga en solfa este bombo a un profesor, porque ya tengo aprobada la asignatura que explica su merced.)

ACUSES DE RECIBO

¿Qué he de decir yo del sustancioso opúsculo que con los títulos de *Notas gramaticales.—El «La» y el «Le»* ha publicado don Antonio de Valbuena, por otro nombre «Miguel de Escalada»?

Ante autoridad de tanta solidez y tamaño empuje, a «Un chico del Instituto» no le corresponde más que saludar, asentir y recomendar el librito de Valbuena a las personas de buen gusto; mas no haré la recomendación sin consignar que la lección está dada con toda la picante amenidad y toda la desenfadada independencia que pone en sus escritos el Caballero de la Erguida Férula.

Harto conocidas son las rígidas opiniones políticas y religiosas de Valbuena. Por lo mismo, sus más recios disciplinazos son para sus piadosos afines.

Además del indispensable vapuleo a los académicos amigos de sacristías y refectorios, hay otro para «la que a sí misma se llama Buena Prensa

aunque deja bastante que desear». Donosísima es la fraterna con que obsequia Valbuena a las monjas extranjeras del Sagrado Corazón y a sus remilgadas alumnas. Al P. Coloma, de la Compañía de Jesús, le administra un palmetazo de los que levantan verdugón. Y al poner en la picota ciertos solecismos de un conocido senador absolutista y clerizonte (aquel que injuriaba a los periódicos liberales por las noticias que daban acerca de la enfermedad de don Carlos, cuando ya estaba don Carlos de cuerpo presente), habla de «las noveluchas de un tal Polo y Peirolón, catedrático de Instituto».

¡Es mucho Miguel, señor,
este Miguel de Escalada!

* * *

Conforme, de todo punto conforme, está el «Chico del Instituto» con lo que le escribe desde las columnas de *España Nueva* el excelente y aun excelentísimo cronista «Gustavo» acerca de las ridículas aplicaciones que suele hacer el vulgo plumífero o parlanchín del «maquiavelismo», de lo «maquiavélico», y demás derivaciones léxicas de la doctrina, o cosa así, expuesta por el florentino Nicolás.

Maquiavelo era mucho hombre y mucho político para que se le compare, ni aun en broma, con los hominicacos, politicastros y demás vulpejas, que

abusan, *senza fede e senza vergogna*, de la pachorra inconcebible de Juan Español.

Un alumno de segunda enseñanza carece de autoridad para disertar acerca de Maquiavelo. Con todo, ya que se tercia el caso, me permitiré decir—por si «Gustavo» gusta de ampliar esta leve indicación—que aquellas atrocidades, fruta de su tiempo, del cínico y despiadado político, pero admirable patriota y escritor, vienen a ser una espada de doble filo. Lo mismo pueden esgrimirla los príncipes para asegurar su poder ilimitado que las democracias para quitarse de encima despotillas y tiranuelos... No sé; pero sospecho que esto ya se ha dicho antes de ahora.

Por lo que toca a quienes escriben o hablan del «maquiavelismo» del grotesco Don Fulano y de las «maquiavélicas» maquinaciones del insignificante Perencejo, ésos son los mismos que traen a colación la risa sarcástica, la mefistofélica y la sardónica, sin tener la menor idea de lo que es el sarcasmo, de lo que es Mefistófeles, ni de lo que fué cierto suplicio que se infligía a los habitantes de la antigua Cerdeña.

* * *

Con bastante frecuencia, muy honrosa para mí, me favorecen amables comunicantes, denunciándome corrupciones y corruptelas; y casi siempre resulta que sus señorías denuncian lo que ya estaba denunciado en este humilde «Limpia y fija».

Buena lección para mi inmodestia, si padeciera yo de tal achaque. Se figura uno ser alguien, y no es *ninguien.*

La más reciente de semejantes denuncias se refiere al intruso *hangar* que nos están colando a todo trapo los galicursis. ¿No leyeron sus señorías *El Imparcial* del miércoles 6 del presente abril?...

Por cierto (me daré un poquito de charol) que mis advertencias no han sido echadas en saco roto por algunos juiciosos y aplicados periodistas; pero otros—por no dar el brazo a torcer—siguen usando y abusando del impertinente «hangar», como si el cobertizo y el tinglado no se conocieran más que en la Senegambia o en la isla de Borneo.

BREECHES

Pero ¿dónde me había dejado yo los «breeches»?

Preocupado con el soutache (¡trencilla, hijo, trencilla!) no reparé mayormente en los *breeches* con que denomina a cierto género de pantalones el novísimo Catecismo de la Doctrina Militar de Sastrería que acaba de publicar el excelentísimo señor don Fernando Primo de Ripalda.

«Breeches», «breeches...»

—¿Con qué se comerá eso? —puede decir cualquier goloso; porque la verdad es que de *breeches* en inglés (pronúnciese briches, sin más composturas) a *brioches* en francés, la distancia es menor que la existente entre los mostradores de «La Mallorquina» y los de la repostería de Viena.

«Breeches», «breeches...»

Dando vueltas estaba yo al voquible, al repasar de nuevo las instrucciones acerca de las nunca bien ponderadas reformas de uniformes, cuando llega a mis manos, para alumbrar mi mollera, una «Postal

Militar», de lo más auténtico en su clase, en la cual, y sobre la firma de *Melitón Bombardero* (a quien protejan los manes del gran artillero Cristóbal Lechuga), se lee la siguiente quintilla:

«Breeches», «breeches...» Gran empacho
me causa la palabreja.
¡Qué «breeches», ni qué capacho,
cuando ya es costumbre añeja
decir un calzón BOMBACHO!

¡Voto a Santa Bárbara, que sólo por encontrarme con un profesor así, tendría yo mucho gusto en pasar desde las aulas del Cardenal Cisneros a las de la Academia de Segovia!

«BIDÉS»

Así mismo, y sin pararse en barras, anuncia un comerciante madrileño y pretende pluralizar a la española aquel higiénico artefacto que definió un curial poco enterado de la higiene moderna: «Especie de ensaladera con patas en forma de guitarro.»

Igual que con la «loupe» ha ocurrido en francés con el «bidet». Se trata de otra expresiva traslación de significados.

«Bidet» llaman nuestros vecinos al caballo de silla y de poca alzada, y el mismo nombre han aplicado—con chiste y exactitud, justo es decirlo—al susodicho utensilio, por la forma que tiene y la manera de usarlo.

Por análoga razón se llamó «potro» en español a cierto aparato para sufrir el tormento, y se sigue llamando «caballete» y «burro» a otras armazones.

En el país de la jaca, el jaco y el rocín, sin contar con el penco y el jamelgo, me parece que el

«bidet» tiene equivalencias a escoger como entre peras.

Dicho en francés, si en francés se habla, nada hay que oponer a tal vocablo. Al contrario; demostrado queda que es gracioso y expresivo. Pero ¡voto a Clavileño! ¿no hay manera de expresar lo mismo en español, sin necesidad de meter la lengua en los *bidés* que anuncia el aludido cacharrero?

Una señora muy castiza, que me favorece con su amistad y sus lecciones (habla y escribe cuatro idiomas europeos, además de dominar el propio), tiene resuelto en su casa ese problema higiénico-lingüístico.

Esta dama tiene a su servicio íntimo una doncella española, muy guapita por cierto, y un camarero francés, ya entrado en años.

Al francés le dice:

—*Justin, préparez mon bidet.*

Y a la española:

—Trinidad, ¡arregla la jaquita!

«BILL DE INDEMNIDAD»

El cronista parlamentario de *La Acción*, a quien carga, y con razón, ese inveterado vicio de la jerga política, pide que en vez de *bill* se diga patente de indemnidad; porque, gracias a Dios, podemos decirlo en cristiano.

He aquí lo que el Diccionario de Viada trae en su apéndice de locuciones extranjeras:

«*Bill.*—Con esta palabra inglesa, cuyo uso se ha hecho general en el lenguaje parlamentario, se designa un proyecto de acto o de ley, sometido a la deliberación y acuerdo del Parlamento. Un *bill* de indemnidad viene a ser la absolución que las Cámaras otorgan a un ministro o al gobierno por alguna medida irregular o anticonstitucional adoptada bajo el imperio de circunstancias extraordinarias.»

Prescindiendo del inglés *bill*, que sienta en nuestra habla lo mismo que un tarro de whisky en el servicio de la misa, escribe el P. Juan Mir en su *Prontuario de Hispanismo y Barbarismo:*

«... En el lenguaje parlamentario a veces óyese hablar de *voto de indemnidad*, que significa la absolución que dan las Cortes al gobierno en caso de pasar éste los términos de la rectitud. La expresión «voto de indemnidad» parece afrancesada; el Diccionario de la Academia no la menciona. Baralt opinó que mejor fuera decir *voto de absolución*, *voto de liberación*. Pero si «voto de indemnidad» es el que asegura al gobierno la posesión del mando, librándole del peligro de caer, propia parece la dicha palabra, no incongruente al lenguaje español.»

La «patente de indemnidad», que propone el aludido cronista parlamentario, suena bien (y desde luego infinitamente mejor que el exótico *bill)*; pero se debe tener en cuenta que las patentes se dan para cosas de presente o para cosas que han de suceder, y no es uso referirlas a hechos pasados.

Por lo cual, y aparte de que el mínimo estudiante que esto escribe ninguna autoridad tiene para enmendar ni remendar la jerga de nuestros maravillosos legisladores y gobernantes, el infrascrito vota con Baralt, y simplificando la castiza expresión del lexicógrafo venezolano, se permite opinar que con decir *voto absolutorio* estaríamos del otro lado, y el malsonante «bill de indemnidad» quedaría relegado a la jerigonza de los cursis.

EL BALOMPIÉ

Varios jóvenes amables se proponen organizar una nueva sociedad de «football»; desean darle un nombre español, y no acertando con él, me hacen la merced de apelar a mis cortas luces, porque ellos tienen por intraducible el vocablo inglés con que se denomina ese deporte.

¡Intraducible! Así como Napoleón, o quien fuese, dijo que la palabra «imposible» no era francesa, yo me permito creer que la palabra «intraducible» es una de las más inútiles de nuestro vocabulario. Para un idioma tan copioso, variado, expresivo y flexible como el español, muy a duras penas se halla una voz o término extranjero que no tenga equivalencia exacta, o que en último caso, y sin caer en el vicio del barbarismo, no sea asimilable o adaptable con la debida holgura.

El término «football» no solamente no es intraducible, sino que al traducirlo al pie de la letra—ya que el pie toma tanta parte en ese juego—nos

encontramos con un vocablo español de la más clara significación y de la más castiza estructura.

El vocablo inglés es doble: está compuesto de «foot» (pie) y «ball» (balón). Pelota muy grande de viento llama al balón el Diccionario de la Academia en la segunda acepción de la palabra.

Disponiendo, pues, en nuestro idioma de las mismas dos voces que en inglés, e igualmente precisas y breves, nada más lógico y hacedero que componer la palabra *balompié*, cambiando en m la n del balón por la misma regla ortográfica que se sigue en ciempiés, sambenito, el apellido Sampedro, etc., etc.

El «piebalón» sería una traducción harto servil de la palabra inglesa, bastante fea además, y por añadidura, opuesta a la índole de nuestro idioma, que con toda gentileza se nos manifiesta en otras palabras casticísimas, hermanas mayores del neologismo que me atrevo a proponer, en la esperanza de que deje de serlo muy pronto, para convertirse en una voz tan corriente como estas de rancio y puro linaje:

Buscapié;
Hincapié;
Rodapié;
Tirapié;
Traspié;
Volapié.

No sé si me dejo en el tintero algunas otras por el estilo. Con las precitadas podría hombrearse

muy dignamente el *balompié*, gracias a la aceptación y extensión que en España ha logrado este deporte británico, si mi proposición mereciese igual favor por parte de los jóvenes deportistas y de los cronistas deportivos.

A los primeros en general, y más especialmente a los segundos, brindo esta modesta «ideíca» en bien de la pureza y riqueza de esta habla española, por cuya conservación y acrecimiento todos debemos interesarnos de continuo, sin dejarnos vencer por la rutina y el culto inconsciente que se rinde al exotismo: culto asaz bajuno y excesivamente cursi en muchas ocasiones.

Cierto que al principio parecerá rara y chocante la palabra *balompié*, como acontece con toda novedad léxica; pero repítase varias veces el vocablo—balompié, balompié, balompié, balompié—y presto se acostumbrará el oído, merced a la significativa y castiza estructura de esas tres sílabas. ¿No es esto mejor que decir *fuból*, como dicen los más, diciéndolo torpemente y sin saber lo que se dicen?

Y para no cansar más, aquí pongo término a esta vaga y quizás vana leccioncilla de castellano visto ordeñar, saludando afectuosamente a los briosos jugadores de balompié, y despidiéndome del vocablo nuevo con las palabras de un padre que no se fía mucho de la fuerza de la razón:

¡Fortuna te dé Dios, hijo!

EL BALOMPIÉ EN MARCHA

«La verdad está en marcha», dijo Emilio Zola Lo mismito, y ustedes perdonen semejante hipérbole, puede decirse del balompié.

Hasta los que han tomado la palabreja en sus labios malignos para ponerla en solfa, se han familiarizado con ella involuntariamente, y ya no se les caerá de la boca, cuando escuchen la menor referencia al *fuból* o al *fobál*, como dicen, a estilo de cotorras inconscientes, muchos secuaces del «inapeable» Vicente de la Recua, barón de Reata.

Este es el único de mis particulares amigos que me participa su disconformidad con la denominación española del deporte originario de Inglaterra; pero el barón de Reata—que, naturalmente, es anglómano—se cura en salud, y advierte que si el balompié se pusiera de moda, también él españolizaría el «football». Celebro la fidelidad que guarda Vicente a sus principios. ¿Dónde va Vicente? Donde va la gente.

Carlos Miranda ha publicado en *El Liberal* un artículo de amena y vaga filología intitulado *¿Balompié? ¿Bolopié? ¿Bolapié?*—Las disquisiciones del popular poeta son cultas e ingeniosas; pero no sirven de base para una discusión seria, porque aquí no se trata de bolos ni de bolas, sino de balones. Balón, con todo su abolengo francés, es ya palabra tan española como cadete, edecán, furriel, clisé y mil más. Balón denomina el léxico oficial a la «pelota muy grande de viento», y balón, efectivamente, llaman nuestros deportistas al mudo y asendereado protagonista de su recomendable juego... siempre y cuando no haya brazos rotos, piernas quebradas y chichones de mayor cuantía.

Luis Zozaya, el cronista deportivo del *Heraldo*, me ha ganado la delantera, como gran *veloceman* que es (y ya ven ustedes cómo entre col y col española no cae mal una lechuga inglesa), replicando de un modo irrefutable a los reparos y distingos de Carlos Miranda, y otorgando el pase al balompié. Tal «exequatur» es muy de estimar; porque estos amables cronistas de los deportes no son de los que menos contribuyen a plagar de innecesarios exotismos un habla tan copiosa, clara y flexible como la nuestra.

Conque ¿está o no está en marcha el balompié?

Buen empujoncillo es el que le da «El Bachiller Canta Claro» en *El Liberal*, al incluir en el programa de sus anheladas fiestas madrileñas (otro tema, ya añejo, del loco que esto escribe) los indispensa-

bles festejos deportivos «para ensayar el balompié del maestro Cávia». Dejémonos, señor don Cristóbal, de magisterios fantásticos y de ilusorios títulos de propiedad, y adelante con el balompié a secas, con el balompié a la pata la llana.

El empujón magno, el que ya sienta estado de cosa juzgada, es el que da al balompié *El País* en un artículo que intitula: «*No se dice football.—Dígase balompié.*»

Al manifestar el diario republicano que dista mucho de considerar baladí el castellanizar palabras extranjeras, escribe lo siguiente, entre otros razonamientos de peso, así en lo histórico como en lo político:

«Aceptamos el vocablo *balompié*, que deben todos los periódicos propagar, dar aire, lanzar con brío a la cabeza del vulgo, que se pirra por extranjerizar.

»No se crea que es esto una nimiedad. Todo lo contrario. Cuando un pueblo es fuerte, pone su sello, su personalidad y carácter a las ideas y palabras ajenas. Cuando España era grande castellanizaba nombres propios: Aquisgrán, Burdeos. A medida que se ha ido empequeñeciendo deja de castellanizar vocablos extraños y pone empeño en pronunciar a la francesa, a la inglesa o a la alemana los nombres de personas y de cosas. Se llega hasta el ridículo en este prurito.

»Inglaterra procede a la inversa, como todo país verdaderamente vigoroso. No hay señal mejor que

esta del lenguaje para medir la fortaleza o decadencia de un pueblo.»

Así es la pura verdad; y al españolizar hoy un vocablo inglés (otros más irán cayendo, si Dios es servido) no hacemos ¡oh paradoja! sino seguir un buen ejemplo británico.

Cuando se anuncia en Gibraltar una función taurina en Algeciras, ¿creen ustedes que en las papeletas y carteles se pone «plaza de toros»? ¡Ni por pienso! Hasta esa característica, típica, genuina y única denominación la han inglesizado, anglificado o britanizado los actuales poseedores del Peñón. La «plaza de toros» ha sido convertida por ellos en *Bullring*, y se han quedado tan campantes. Amor con amor se paga. Lo menos que podemos hacer nosotros es convertir el «football» en balompié.

La exhortación de *El País* a los demás periódicos es tan digna de gratitud en la modesta parte que a uno le corresponde cuanto digna de atención en lo que a todos interesa, o debe interesar. Pero antes de que cundiese por completo el balompié—la verdad valga—me daría yo con un canto en los pechos por que ningún periódico español, ya que *El País* nombra a Aquisgrán, volviese a imprimir Aix-la-Chapelle. Porque así lo escriben los más, a la francesa. ¡Si a lo menos pusieran *Aachen*, a la alemana, pues que así lo dicen los indígenas y dueños de la ciudad de Carlomagno!

En esto hay mucho de desidia, y también mucho

de ignorancia. No es cosa de pedir a estas fechas que volvamos a llamar Lepsique y Mastrique, como en los siglos XVI y XVII, a Leipzig y Maestricht; pero cosa es que crispa los nervios encontrarse a cada momento en periódicos, revistas y hasta en libracos presuntuosos, los nombres de Mayence y Bâle, en vez de Maguncia y Basilea.

Para cortar tales cursilerías sale a plaza el balompié; para pelotear en castellano, y para que el «equipo» a la española no se deje vencer por ningún *team* extranjero.

EL BALOMPIÉ PROSPERA

¿Hablaba usted de mi pleito? Aquí traigo los papeles.

Estos papeles son sendos números del *Faro de Vigo* y del *Noticiero de Vigo*, que me envía desde aquella ciudad un muy querido amigo y más que compañero.

En dicho *Noticiero* (día 12 del corriente mes), el cronista deportivo, siguiendo el consejo que dió *El País* a toda la Prensa, encabeza su información con este título:

Balompié (football).—Campeonato de Galicia y Asturias.

El cronista gallego se ufana—y con mucha justicia, sí, señor—de que su reseña deportiva será seguramente la primera que en Galicia, y aun fuera de ella, haya inscrito al frente el nombre español de balompié, en sustitución de la voz inglesa.

A renglón seguido el cronista se adhiere por entero a las razones que abonan el cambio, y además

ofrece que en adelante procurará escribir en español todos los términos de los deportes.

¡Bravo! Un rasgo así en un especialista vale por diez sermones de los nuestros. Siempre fué Fray Ejemplo el mejor predicador.

Esa manifestación de españolismo tiene una significación doblemente valiosa. Primero, por venir de una región que tiene habla propia, y tan respetable como otras, cuyos cultivadores se muestran tan exclusivistas y presuntuosos, como desatentos con la lengua reina y señora de las demás de la raza. Segundo, por venir *ainda mais* de una comarca donde el influjo británico se hace notar en demasía y donde la gente suele estar bastante familiarizada con el idioma de Jhon Bull.

Igualmente significativa y laudable es la adhesión del *Faro de Vigo*. Sin explicaciones prolijas y aceptando a cierraojos lo propuesto, el decano de la Prensa gallega publicaba en su número del mismo día 12 del que corre, la siguiente noticia:

«REDONDELA

BALOMPIÉ

El domingo jugaron una partida amistosa de balompié los equipos de Porriño Adelanto F. B. C. y el Redondela F. B. C., resultando victorioso el de esta localidad, por seis tantos contra cero los de la vecina villa.

Al final de la partida los jugadores de Porriño

fueron obsequiados espléndidamente con un refresco. Hubo brindis por la prosperidad de ambos pueblos.»

Permítaseme a mi vez brindar por los deportistas de Redondela y de Porriño; por el *Faro de Vigo*, que al divulgar el balompié, ni siquiera pone entre paréntesis «football»; por todos, en suma, los que tienen resolución y buen gusto para echar a rodar, además del balón en el balompié, rutinas, corruptelas, exotismos inútiles, cursilerías y armas al hombro.

Ya lo ven mis eximios amigos Benavente y Cejador, cuyas disquisiciones, ora humorísticas, ora sabias, nos han deleitado a todos—y a mí el primero, como dijo el augusto Narizotas—desde las columnas de *El Imparcial*. El balompié se abre camino con toda facilidad y holgura. El uso empieza a hacer suyo el balompié, y balompié habrán de decir cultos e indoctos, obedientes al «jus et norma loquendi», que dijo papá Horacio.

Sí por cierto; el pueblo es el árbitro del habla, pero el pueblo necesita a su lado asesores que le esclarezcan, y aun fiscales que denuncien sin contemplaciones todo delito de leso idioma. ¿Y dónde, si no es en la lectura diaria de la Prensa, ha de hallar el pueblo-juez esos asesores y esos fiscales?

La Prensa, sin alardes ni exageraciones de un purismo que a veces puede resultar inoportuno (o *deplacé*, como dice Vicente de la Recua, barón de Reata), es la llamada en primer término a encauzar

debidamente el uso, en vez de extraviarlo «dando aire» a vocablos tan bárbaros como el de *reprisar* y a «voquibles» tan grotescos y absurdos como el de *sicalipsis* y sus derivados.

No parece sino que mis dignos cofrades tienen una especial complacencia en propagar desatinos, cuyo origen se halla en la ignorancia más grosera, fomentada y jaleada por algún burlón de pocos escrúpulos.

Rafael Maynar, en su muy ameno e interesante *Arte del Periodista*, ha narrado cómo vino al mundo esa insufrible *sicalipsis*, que tanta fortuna ha logrado entre los hijos de Beocia y tanto asco da a los hijos del Atica.

«Un editor, no diré de dónde, había hecho unos álbumes o portfolios de bellezas femeninas más o menos vestidas, *menos* casi todas, y preparaba la publicidad, el reclamo de la edición.

Hablando con el director de la casa, un periodista conocido por su gracejo, le dijo:

—Hay que apretar mucho en el reclamo, mucho. Esto (y le enseñaba un ejemplar del álbum) es hermoso, magnífico, colosal, asombroso...

—Sí, sí que será todo eso; pero los adjetivos que usted emplea están ya muy usados y no van a servir para el reclamo. Hay que inventar algo nuevo.

—Sí, hay que inventarlo; porque, vamos, mire usted esta lámina. Es sicalíptica, verdaderamente sicalíptica.

—Sica... ¿qué?

—Sicalíptica, hombre, como dicen en la Biblia.

—¡Anda la Biblia! Pues ya lo tenemos: esta publicación (y el periodista empezó a escribir un reclamo) es eminentemente sicalíptica...

El editor había querido decir *apocalíptica*, para ponderar la grandiosidad asombrosa.»

Lanzada la palabrota a la circulación por un guasonazo de marca mayor, en seguida la pusieron de moda los incautos, por lo mismo que no la entendían, y acaso también, ¡oh cursilería y pedantería de baja estofa!, porque «les sonaba» a la lengua en que solía expresarse el mamarracho de don Hermógenes para mayor claridad.

Mis modestas, pero creo que razonadas indicaciones, están en marcha, se abren paso, prosperan poco a poco. Y es bien que así sea; porque lo declaro con toda sinceridad: si se impusieran rápidamente, radicalmente, «brutalmente», me tiraría de los escasos cabellos que me quedan y exclamaría todo acongojado:

—¡Dioses inmortales! ¡Si se me habrá ocurrido alguna barbaridad como la del editor aquel, no sé si de Barcelona o de Villabrutanda, de la Puebla del Ronzal o de Baticola de Abajo!...

UN CONSEJO

Este consejo es para los comunicantes de ambos sexos y de toda laya que me envían pliegos y cuartillas, protestando contra (*contra*, y no *de*, cacógrafos ignorantes) los ultrajes y atropellos de que es víctima el habla nuestra en tal o cual periódico.

A mí, pobrecito de mí, ¿qué me cuentan vuesas mercedes? Si tengo algo de Quijote por salir enderezando tuertos—tan estérilmente, claro está, como el hidalgo de la Mancha—estoy a cien mil leguas de ser un Júpiter que lance un rayo justiciero sobre este o aquel corruptor, séalo a sabiendas o séalo por ignorancia, del idioma que tenemos la honra sin par de poseer.

No aconsejo a los aludidos protestantes que se dirijan a quien les molesta y daña en el culto del lenguaje. Excusado es señalar el «ídem» (perdón por el latinajo, maestro Cejador) adonde el acusado enviaría la protesta, ya fuese anónima, ya debidamente firmada.

A quien se debe apelar de tales desaguisados es al director del diario, semanario o papel semejante, en que se haya perpetrado la falta o el delito.

Estos directores—según lo que se cuenta—pecan de indulgentes para con aquellos de sus redactores que se meten a escribir como podrían meterse a hacer alpargatas en la calle de Toledo. Tienen además esos señores muchas y complicadas cosas a que atender. Con todo, si a ellos y ante su autoridad se alzasen las protestas de los lectores un día y otro día,

> tarde o temprano
> el remedio vendría
> como a la mano.

Con cierto miedo (pero ante todo la verdad) doy el consejo presente al desocupado vulgo. Estoy viendo ya un descomunal montón de cartas con este «mandato imperativo» al director de *El Imparcial:* «¡Quítenos usted de en medio a ese chiquilicuatro!»

Miedo da la turbamulta de galicursis, galicongrios, escribidores de mogollón, pedantuelos y pedantones de la rebusca en todo galimatías, que están haciendo de nuestro opulento lenguaje la más descastada y ruin de las modernas jerigonzas.

CONSULTAS

Se me suele favorecer con muchas de ellas, otorgándoseme una autoridad que no puede tener un alumno de segunda enseñanza. Para responder a las consultas demasiado sutiles, alambicadas o enredosas, doctores tiene la Santa Madre Gramática que a todos nos deben enseñar.

En cambio, se me dirigen otras preguntas que lo mismo pudieran dirigirse a un niño de la escuela.

Por ejemplo, un señor, o señorito, al encontrar en *El Imparcial* la frase «por aguas marroquíes» desea saber si ese plural está bien usado, lo mismo que el de ceutíes y tetuaníes.

Claro es que sí, que sí y que sí (suma: tres síes), dado que al natural o al vecino de Ceuta y de Tetuán le llamamos ceutí y tetuaní, a la morisca; no ceuteño, tetuanero, ceutino, tetuanense, etc., etc.

¿Es que a mi estimable comunicante le gustaría más decir tetuanís, ceutís y marroquís? Pues dígalo norabuena, que mayores, mucho mayores disparates corren de boca en boca y de escrito en escrito,

y dé al diablo—si así se le antoja—los correctos y castizos rubíes, carmesíes, neblíes, zequíes, Zegríes, y tantos más «íes» que no recuerdo ahora.

Otra consulta:

«¿Cómo está mejor dicho? ¿Treinta y un mil pesetas, o treinta y una mil pesetas»?

Mire usted: lo importante es tenerlas de bolsillo adentro, o gastarlas con gusto y con salud.

Fuera de eso, de ambos modos lo dicen y lo escriben por ahí. Treinta y un mil pesetas parece más eufónico. Treinta y una mil pesetas es, evidentemente, más exacto y ajustado a los preceptos.

Elija usted lo que más le plazca; pero, vamos, aquí en confianza, ¿a que no dice ni escribe usted «*Los Cuentos de las Mil y Un Noches*»?

Otro comunicante, y que firma, por cierto, «El Cachidiablo, académico de Argamasilla», me pide que dé un varapalo a los que, a propósito de la Exposición de Artes decorativas, hablan del «arte decorativo» masculinizándolo en singular.

¡Pues ese es el uso! Ya hablé de ello, con pelos y señales, cuando ha tres años ingresé en el Instituto de Paco Jiménez (alias Cardenal Cisneros).

Al guasón académico argamasillesco he de decille en nombre de sus cofrades el Monicongo, el Paniaguado, el Burlador, el Tiquitoc y el Caprichoso, que la otra Academia—la real y oficial—declara ambiguo el vocablo «arte»; y, con efecto, si todo el mundo (el mundo de lengua española) habla de las Bellas Artes, femeninas en plural, muy

raro es el redicho que habla del arte pictórica, del arte escultórica, del arte lírica, del arte escenográfica... Ningún pecado mortal es hablallo y escribillo así (académicos giros del Caprichoso de Argamasilla); pero, vamos, como antes se ha dicho, ¿a que el Cachidiablo, por muy cachidiabólicamente que escriba, no se atreve a poner en letras de molde que es un «ferviente devoto de la consoladora, de la purificadora, de la sagrada Arte»?

Otra consulta, y no van más:

«Ya habrás visto, estimado «Chico del Instituto», que la Real Academia de la Lengua ha introducido una gran modificación en la ortografía. Ya no se acentúan las letras vocales *a*, *e*, *o*, *u*. Hay que escribir, verbigracia: «Voy a tu casa, Antonio e Isidro, vas o vienes, diez u once.» ¿Qué opinas de esa innovación?»

Opino lo mismo que de aquel rótulo «*La Himnovadora*» (absolutamente exacto, y queda jurado por mi honor de adolescente), que vi en una barbería y peluquería de los barrios bajos: en la calle de Provisiones, por más señas.

Por mí, se puede mandar que «esquilen al perro»: es decir, que quiten los acentos a las susodichas preposiciones y conjunciones. (Yo, pobre de mí, amén de ignorante, nada sabía de amputaciones semejantes.) Pero lo que digo es que seguiré acentuando las susodichas vocales allá por el año de 1968, en que empezaré a ser viejo y se cumplirá el primer centenar—centenario es otra cosa—de

la tan gloriosa como estéril Revolución de Setiembre... o de «Septiembre», como ponen los neorreformadores con vistas, demasiadamente retrospectivas, a los Escipiones y a Sertorio, al hombre Pompeyo y al superhombre César.

«CAMERINO»

Este ya no es un repulgo de empanada, sino todo un quiste engorroso y pernicioso que la rutina y la falsa elegancia (vulgo cursilería) han añadido a los demás tumores y malos humores que traen hecho un asco el cuerpo del idioma.

«Camerino» es voz estrictamente italiana, que solamente debe imprimirse entre comillas o en letra bastardilla, para significar el camarín (que así se llama en español) donde se visten los artistas teatrales italianos antes de salir a escena.

Se empezó, con efecto, a hablar en los periódicos del «camerino» de la Tortolini o del tenor Garggaggio, y ya se denomina camerino—sin ninguna atenuación ni salvedad tipográfica—al camarín eminentemente español de Loreto Prado o al no menos nacional de Enrique Chicote.

«¡Camerino!»... Esto es todavía más innecesario, más cursi, más ridículo y más antiespañol que el «boleto» en la tierra y en el habla que de la «cámara» (sin contar los compuestos antecámara y recá-

mara) poseen los derivados *camarín, camarilla, camareta, camarote* y *camaranchón.*

«Camerino» en castellano puro no es ni puede ser más que un diminutivo de «camero». En los almacenes de camas darán razón.

¿Lograremos algo con estas elementales observaciones? Probablemente, nada. «Camerino» seguirán llamando al camarín los que no dan a torcer el brazo que tan malamente emplean en las faenas periodísticas.

Son los mismos que desdeñan el nombre geográfico de *Camarones* (un timbre, entre cien mil, de los exploradores hispanos) y se obstinan en escribir «Camerón» y «Camerún» por remedar a lo jimio los decires tudescos y gabachos.

La cuestión para estos *cosmopilotas*—como se llamaba a sí mismo aquel sacamuelas de la Plaza Mayor—consiste en menospreciar y arrinconar a sabiendas todo cuanto huela, sepa y suene a español en esencia, en presencia y en potencia.

CONSULTAS

¡Le hacen a uno cada preguntita!...

Todavía, y estamos a tantos de tal mes de 1912, hay quien se descuelga con la consulta de si se puede decir y escribir «bajo la base».

Como poder, sí que podemos decirlo y escribirlo, a pocas ganas que tengamos de maltratar la sintaxis y la sindéresis.

¿Quién pone puertas al campo, ni límites al *posse?*

Nadie puede impedirme que, si se me antoja, diga y escriba: «Al resguardarme sobre el paraguas...»

Otro curioso me pregunta si está bien dicho lo que un estimable periódico pone en una exhortación al público: «¡Comprad o suscribiros a *La Antorcha!*»

(No es ese precisamente el título del periódico; pero «Un chico del Instituto» no tiene para qué señalar con el dedo, ni echárselas de maestro con un periódico donde hay señores que escriben muy bien.)

Contestando a la pregunta antedicha, debo declarar, y declaro, que yo no hubiera escrito «Comprad o suscribiros», sino «Comprad o suscribíos».

Pero no lo hago cuestión personal ni cuestión de gabinete; porque puede salir algún rigorista academizante con esta segunda enmienda:

—Pues tampoco es eso. Se debe poner así: *subscripbíos.*

Unos distinguidos funcionarios públicos me hacen el excesivo favor de tomarme por juez en un pleito que traen, acerca de si la abreviatura & es admisible «en castellano castizo» para expresar la palabra «etcétera».

Además, desean que se les diga el origen de aquel signo. Es mucho preguntar a un menor de edad e hijo de familia.

En lo que toca a la legitimidad de tal abreviatura, diré que yo la uso constantemente (para eso, para abreviar) en mis modestas cuartillas de aprendiz de escritor, aun cuando luego los compañeros tipógrafos lícitamente compongan y pongan «etc.»

Hay un libro tan magistral como ameno—cosa rarísima en obras de tal linaje—que lleva por título el de *Método de Ortografía Española* y tiene por autor al doctor D. Julián Martínez Mier. En ese libro, y en la lista (los galicursis dicen tabla) de las abreviaturas más usuales, hallarán, página 265:

«etc., & o &.ª = etcétera.»

Todos cuantos disputan, ya en la oficina, ya en

el café, acerca de esta rudimentaria disciplina, harían bien en proveerse del precitado libro. Les sacaría de muchas dudas, les hincharía las medidas del gusto, y hasta se recrearían con algunos «monos» muy interesantes. Por no faltar cosa genuina y castizamente española, hay en ese libro reproducciones de monedas celtíberas, con nuestra indígena y perdida escritura.

Y por tristes tres pesetas, se ahorrarían los preguntones preguntas mínimas y se libraría también de tener que decir «dos y dos son cuatro» este devoto servidor de Dios y de vuesas mercedes.

CARRUSELERIAS

Nadie dirá que no rindo culto a la actualidad. Tampoco se me negará, ante el titulejo anterior, que el «Chico» tiene sus neologismos para andar por casa, cuando la ocasión se ofrece.

En el cartel oficial de la fiesta nocturna que para mañana, martes 10, ha organizado la Diputación provincial en la Plaza de Toros, con la cooperación del periódico que me presta hospitalidad generosa, se lee, destacándose sobre todas las demás, la palabra: *Carroussell.*

Varios lectores curiosos, y acaso un poco maliciosos, me preguntan si «está bien puesta» esa palabra. Tipográficamente, sí. Léxicamente, no. Sobran dos letras: una ese y una ele. En francés se escribe: *Carrousel.*

Pero, señor, ¡tan poco como cuesta acudir a un diccionario para salir de dudas!

No hay derecho para desarreglar a capricho los vocablos extranjeros, cuando se usan como tales.

De no reproducirlos literalmente, lo único lícito—cuando no se puede, no se quiere o no se sabe traducirlos con propiedad—consiste en españolizarlos con arreglo a su pronunciación: como se ha hecho con el edecán (del francés «aide de camp»), con el rosbif (del inglés «roastbeef»), con el vals (del alemán «walzer»), y con cien términos más por el estilo, que han recibido plena carta de naturaleza en el Diccionario oficial.

No sería difícil dar con la equivalencia en nuestro romance del «carrousel» francés y del «carosello» italiano, que es el original y primordial, dando nombre adecuado a esas evoluciones y juegos a la jineta, trasformación del torneo antiguo. Mas ¿quién se mete en tales trotes, si nadie había de hacer caso? La rutina y el gabachismo son omnipotentes.

Por eso, lo más conveniente—dentro de la epidemia reinante de exotismo—sería decir y escribir *carrusel* lisa y llanamente, llevar esta palabra al vocabulario de la Academia, y Cristo con todos.

Hilando más delgado, mejor sería decir carroselo. Del toscano «carosello» tomaron los franceses su vocablo; y teniendo la lengua del Ariosto bastante más conexión con la de Cervantes que la otra hermana de allende el Pirineo, lo más lógico sería españolizar la palabra italiana antes que la francesa.

Pero éstas, ya digo, son demasiadas sutilezas

para nuestros espesos caletres. Atengámonos a lo que priva, sin pedir gollerías caprichosas.

Y ahora, hermanos, ¡al carrusel, mondo y lirondo! Al carrusel de mañana, a aplaudir la destreza y gentileza de los soldaditos españoles.

UN CORDONAZO A UN CORDÓN

Leo en los periódicos:

«Ha sido concedido el gran cordón de la Corona de Italia al ministro de Instrucción pública, don Santiago Alba.»

Al simpático don Santiago, como jefe supremo que es de nuestra grey estudiantil, le envío mi modesto pero sincero parabién. Y un pésame, no menos sentido, a Nuestra Señora el Habla.

Porque no hay cordón que valga, hermanos, y entre las siete acepciones de ese vocablo que trae el Diccionario de la Lengua, ninguna hallarán ustedes—ni hay para qué—como insignia honorífica de órdenes civiles o militares, nacionales o extranjeras.

¡Lástima de cordón sanitario contra la peste galiparlante! ¡Lástima de cordonazo de San Francisco contra los piratas y corsarios del idioma!

El tal «cordón» se llama «banda» en castellano.

Cuando un periódico francés escribe, verbigracia: «Sa Majesté Alphonse XIII portait le grand

cordon de l'Ordre de Charles III» está en su pleno y perfecto derecho traduciendo a su lengua la palabra «banda»; pero nosotros infringimos las leyes más elementales del buen decir poniendo en francés lo que tiene su nombre en español.

Todo esto es, como hubiera dicho el ilustre maestro aragonés don Braulio Foz,

> más viejo que las bragas de fray Pedro,
> más sabido que el chiste de Saputo.

Con todo, hay que machacar, aunque sea en hierro frío. Un gusto, según dice el refrán, vale más que cien tambores de vasco.

Permítaseme llamar así a los panderos, en obsequio--porque a mí no me duelen prendas—de los que llaman «cordón» a la banda con que se cruzan el pecho los personajes «decentemente amueblados».

* * *

A otra cosa.

Un muchacho de mi edad, alumno de Artes y Oficios, que desea vivamente figurar entre los «boy-scouts» (aún no tenemos la institución, y ya se nos ha colado el terminillo inglés), me pregunta cómo me parece que debemos decir eso en español.

El Sr. Soria y Mata, que es algo más que un «boy-scout» en la Ciudad Lineal, propone que se diga «los guerrilleros».

El nombre es, en efecto, muy castizo; pero «se las trae», como se dice ahora en la jerga familiar.

Los guerrilleros de la guerra de la Independencia tienen merecidamente páginas de gloria en la Historia de España. Por desgracia, dejaron una semilla que nada tiene de gloriosa. Ellos ¡ay! fueron los padres y los abuelos de los otros guerrilleros que tanto daño hicieron a la patria en nuestras nefandas guerras civiles del siglo XIX.

Por eso, dicho nombre me parece excesivamente belicoso, y no acaba de convencerme, aplicado a un deporte de muchachos, por muy brioso, enérgico y fortalecedor que sea; pero, en fin, como su organización tiene carácter militar dentro de sus civiles componentes, me permito proponer estotro nombre: *la Milicia juvenil.*

¿Que tiene saborcillo progresista y olorcillo a Milicia Nacional? Pues a ver si Maese Reparos inventa cosa mejor. Todo menos esas denominaciones exóticas, que ni siquiera sabemos pronunciar y escribir como es debido.

CORBEILLE, CONFORT

Después de repasadas mis lecciones para mañana jueves, echo un vistazo a los diarios de la noche, y lo primero con que topo en uno de ellos, y en la reseña del viaje regio de Barcelona a Zaragoza, es el siguiente pormenor del paso de SS. MM. por Tarrasa:

«La hija del alcalde, niña de ocho años, hizo entrega a la reina de una preciosa *corbeille.*»

Sí que sería preciosa; pero ¿de qué era la «corbeille»?

Porque en francés—que no es todavía el idioma oficial de Tarrasa ni de Miguelturra—hay «corbeilles» de muchas clases.

Las hay con frutas, con flores, con hortalizas; las hay para llevar pan; las hay de boda, donde el novio ofrece a la novia galas y preseas; las hay en los jardines, destacándose lindamente sobre el césped de alguna pradera; las hay en la terminología arquitectónica y en la militar; las hay, finalmente, en el centro de la Bolsa de París, y es, según mis cor-

tas noticias, lo que en la Bolsa de Madrid se denomina *el corro.*

Este mar de dudas en que nos sumerge la palabreja francesa habríanoslo ahorrado buenamente el bueno del corresponsal, diciendo con castellana lisura que la niña del alcalde de Tarrasa entregó a la reina una «canastilla de flores», que eso sería, sin más ni más, la dichosa «corbeille» en galicursi.

Ocurre con la «corbeille» lo mismo que con el «bouquet». *Bouquet* han dado en llamar los vándalos del lenguaje a todo ramo o ramillete de flores, y la palabra «bouquet» tiene en francés hasta nueve significados totalmente distintos, y ahí está el Diccionario de Littré para quien guste de comprobarlos.

Continúo leyendo las noticias del viaje de los reyes; llego a Zaragoza; me cuelo de rondón en los aposentos regios, y encuento lo que indispensablemente ha de salir a relucir en tales descripciones:

«El tocador es de un *confort* irreprochable.»

Ante todo, un fervoroso aplauso al corresponsal. Ha escrito «tocador». El *boudoir* inevitable se ha quedado por esta vez en el tintero. ¡Más vale así!

Lo que no vale en español ni un ochavo partido por la mitad es eso del «*confort* irreprochable».

En primer lugar, ¿puede haber «confort» reprochable? Perdóneseme la petulancia; pero yo creo que si es reprochable, ya no es tal «confort».

Pero con reproche o sin él—tacha es más castellano—el «confort» se prodiga tanto en conversaciones y en impresos que ya apesta.

Un padre jesuíta, de quien ya me permitiré hablar otro día más despacio, ha hallado hasta nueve o diez modos castizos de expresar en nuestra habla lo mismo que quiere significar el intruso «confortable» que se nos ha metido por las puertas, desvirtuando y echando a perder lo que en castellano quiere decir el verbo «confortar» con todos sus derivados.

Poco trabajo hubiera costado escribir, en vez de lo que arriba se trascribe:

«El tocador es de la más refinada comodidad.»

O bien:

«Las más exquisitas comodidades se juntan en el tocador.»

Pero, ya se ve, aquí no hay ningún pegote extranjero, y éstos son, en opinión de mucha gente, los que prestan alguna elegancia a nuestro tosco, pobre e inexpresivo idioma.

Si otros hablan la lengua castellana,
yo hablo la lengua que me da la gana.

«CRISTALIZAR»

En la Asamblea de los secretarios de Ayuntamiento, y en la sesión de anteayer lunes, exclamó uno de los dignos congregados:

—¿Han cristalizado esas especies en la Asamblea?

—¡No, no!—respondieron varias voces.

—Pues si esas especies no han cristalizado aquí, no hay derecho a hablar de ellas.

Felicito a dicho funcionario (que es por cierto el secretario del Ayuntamiento de Ayerbe, provincia de Huesca), porque su merced se explica tan galanamente como pudiera explicarse el propio D. José Rodríguez Carracido, pongo por químico y hablista con igual eminencia en ambas aplicaciones del saber.

No ha mucho tiempo, y con la firma de «Un estudiantillo de sintaxis», recibí un volante en que se me pedía opinión sobre el verbo «cristalizar».

«De algún tiempo a esta parte (decía el preguntón)

se prodiga en las columnas de la Prensa, y se hace de él un uso que...»

No decía más el comunicante, y con dejar colgada la oración, decía lo suficiente para dar a entender que tiene por abusiva y viciosa la prodigalidad que señalaba, y acerca de la cual tenía la bondad de pedir mi inútil parecer.

No hay necesidad de exponer aquí—pues ya están para eso los diccionarios—las definiciones que en su sentido estricto tienen el verbo «cristalizar» y el sustantivo «cristalización» con todos los derivados que tanta importancia alcanzan en la mineralogía.

En el sentido figurado, la cristalería ha tenido siempre muy buen despacho. Los poetas han hecho gran consumo del «cristal de las fuentes», «los cristales del Tajo», «la cristalina tez», etc.

El mismo favor ha logrado modernamente la «cristalización»; en especial, y por el gran influjo que la pedantería tiene en el lenguaje literario, desde que el novelista psicológico Stendhal dió a la «cristalización» unas cuantas vueltas, muy agudas por cierto, para expresar las formas decisivas que toman los impulsos amorosos.

De la literatura pasó el terminillo al cajón de frases hechas, sin cuyo socorro poquísimos periodistas podrían cumplir su oficio con la prisa que éste les impone. Desde los periódicos—única escuela, por lo común, de la politiquería andante—la consabida «cristalización» ha pasado a la jerga parla-

mentaria, y a trompa y talega se viene empleando así en las charlas públicas como en los papeles impresos.

Si se despojara al lenguaje del sentido figurado, ese altísimo atributo de la Humanidad iría reduciéndose a la expresión primaria de las bestias. Está muy bien, por consiguiente, el traslado que se ha hecho de la «cristalización» (forma en que geométricamente se determinan ciertas sustancias) a aquellas ideas vagas, impulsos indefinidos, dichos volanderos, que aciertan a concretarse en una fórmula precursora de la acción.

¿He dicho algo? No sé; quizás me haya puesto algo pedante. La petulancia ambiente y la cursilería corriente «cristalizan» a lo mejor hasta en la dicción más lisa y lasa, monda y lironda, de un estudiantillo de chicha y nabo.

Bueno es el uso cuando el uso es bueno: cuando logra «cristalizar» en una forma oportuna y elegante. ¿Dónde empieza el abuso, que en vez de contribuir a la riqueza del lenguaje, lo empobrece con locuciones de lance, a real la pieza?

Eso no lo enseña más que la sindéresis, ayudada y realzada por el buen gusto; pero el buen gusto y la sindéresis son cualidades que no se adquieren—¡quién las poseyera abondo y adunia!—con tanta facilidad como las frases hechas, las locuciones de cajón y los terminachos de moda: terreno excelente para que en él «cristalicen» la pereza mental y la presunción verbal.

LA CANOA IMPERTINENTE

No me refiero a la que lleva este apodo familiar, como también los de chistera, canariera, bimba, castora, y otros más. Impertinente es en ocasiones—y en ciertas cabezas impertinentísima—la «canoa» aludida; pero estotra de mi cuento, que no es cuento, ha llevado su impertinencia a extremos delictivos, porque está dejando sin vida a dos honrados vocablos españoles.

El de *bote* y el de *lancha*.

Claro está que de lanchas y botes siguen hablando las gentes de mar y playa, las que se atienen a la rica doctrina de Nuestra Madre el Habla, y aun buena parte del vulgo a quien no han llegado las castradoras corruptelas modernistas; mas lo cierto es que en infinidad de periódicos, en conversaciones corrientes y hasta en textos que presumen de literarios, la *canoa* ha sustituído con injusto y bárbaro triunfo al *bote* y a la *lancha*.

Y todo ¿por qué?

Porque los monos de imitación, los galicursis

ignorantes, los gacetilleros de chicha y nabo, los indoctos siervos del «mocosuena, mocosuene», han topado en fiancés con el vocablo *canot*, que los franceses tienen perfecto derecho a usar como les venga en ganas.

Y de ahí las «canoas de salvamento», las «canoas automóviles», y otras impertinencias desatinadas que nos están ofendiendo a cada paso.

La canoa, en nuestra lengua, no ha tenido ni tiene más que la salvaje significación de su origen.

En *Los Argonautas*, por cuya aparición felicito a don Vicente Blasco Ibáñez,

> novela de tomo y lomo,
> que se goza de un tirón,
> y en donde no hay, por asomo,
> ni un punto de aburrición,

se da el verdadero significado de «canoa», al recordar el epitafio que se dictó a sí mismo el heroico cuanto malaventurado conquistador Diego Méndez, con el escudo que debía encabezar la inscripción: «Item: en medio de la dicha piedra se haga una canoa, que es un madero cavado en que los indios navegan, porque en otra tal navegué yo trescientas leguas, y encima pongan unas letras que digan *Canoa*».

Eso es. Y a eso se atiene el Diccionaaio de la Academia, al cabo de los siglos y las distancias, cuando define de este modo la canoa: «Embarcación menor, *hecha de una pieza y sin quilla*».

Estas cosas son harto fáciles de entender y de escribir; pero con mucha más facilidad las destruyen los ramplones Sacamantecas del idioma.

Con cierto temeroso escrúpulo hace este pobre estudiante la presente advertencia. ¿Cómo es que a don Manuel de Saralegui, marino benemérito y hablista ejemplar, se le escapó el mismo apunte en su académico alegato, magníficamente refrendado por don Francisco Rodríguez Marín, contra los mil y un barbarismos que están dando al traste con nuestro idioma soberano y contra los cuales nos alzamos sin tregua ni reposo otros Quijotes de menor cuantía?

A despecho de este escrúpulo escolar, creo hallarme en lo cierto. Y creo también, con fe tan firme como desengañada (si vale la antinomia), que ninguno de los culpables hará el menor caso de esta honrada observación.

¡Pobre *bote!* ¡Infeliz *lancha!* ¡Os han echado a pique los *canotiers* gabachos y los cachalotes de la cursilería exótica! Es en vano advertirles; porque espanta el sinnúmero de sandeces y de atrocidades que se han colado de rondón, y aun con invasora altanería, en la lengua que tenemos el honor de hablar y el deshonor de estropear, desde que dijo un satírico, tan sano en la intención cuanto estéril en los efectos:

> Si otros hablan la lengua castellana,
> yo hablo la lengua que me da la gana.

LAS COPLAS DE CALAINOS

La consulta que se despacha en las presentes líneas nada nuevo dirá a quien esté medianamente versado en literatura española; pero es indudable que hay muchísima gente—y para ella se practica esta pequeña obra de misericordia—que se halla en el equivocado caso de don V. M. de L., médico residente en la provincia de Cáceres.

Este señor, suponiendo que Calaínos (no Caláinos, como dice la gente susodicha) fué algún poeta, me manifiesta que ha buscado varias veces sus coplas en bibliotecas, librerías y puestos de romances, y nadie le da razón.

Cumplida se la dará este humilde estudiante, con sólo copiar la siguiente nota que don Juan Antonio Pellicer puso en su edición del *Quijote* de 1797:

«*Calaínos*. Es un héroe fingido en nuestros antiguos romances, moro de nación, señor de los Montes Claros y de Constantina la Llana, que se le supone amante de una hija de Almanzor, llamada la infanta Sevilla, que vivía en Sansueña o Zarago-

za, y que le mandó ir a París a desafiar a los tres famosos Pares de Francia Oliveros, Roldán y Reynaldos de Montalbán, y cortarles las cabezas; pero el desafío paró en cortársela a él Roldán. Esta aventura se contiene en un largo romance que empieza:

> Ya cabalga Calaínos
> a la sombra de una oliva, etc.

Todas las decantadas coplas de Calaínos es de presumir se reduzcan a esta sola jácara que se halla en el Cancionero de Anvers, folio 92. El P. Sarmiento habla de este capitán moro en las *Memorias de la Poesía*, página 232.

Queda complacido el médico extremeño, y enterados cuantos tuvieren necesidad de las mismas noticias, con ser, como hubiera dicho don Braulio Foz,

> más viejas que las bragas de fray Pedro,
> más sabidas que el cuento de Saputo.

Y advierto a los curiosos que si quieren saber quiénes eran Saputo el del cuento y fray Pedro el de las bragas, no me lo pregunten; porque no tengo la cabeza ni el tiempo para más coplas de Calaínos.

CONSUMACIÓN

«A instancia de Fulano de Tal, camarero del café del Noroeste, fué detenido Mengano de Cual, por no satisfacer su consumación.»

El desatino partió de algunos cafeteros, hosteleros y bodegoneros atacados de galicursilería endémica, y ya lo tenemos, un día sí y otro no, poniendo en ridículo a los noticieros que lo endilgan en los periódicos; porque la tal «consumación», dicha en semejante sentido, no es solamente un galicismo de los más groseros, sino también un disparate garrafal en estricto castellano.

En nuestro idioma, mucho más rico que el francés, tenemos dos verbos: consumar y consumir. Los sustantivos correspondientes son consumación y consumo. A fuer de mejores y mayores latinos que los franceses, hemos conservado los dos verbos *consummare* y *consummere.*

Consumar es «llevar totalmente a cabo».—El Sacamantecas consumó su crimen. Abraham no consumó el sacrificio de Isaac. Celita consuma la

suerte del volapié. Y en el mundo habrá tontos y discretos hasta la consumación de los siglos, que es la verdadera y total consumación.

Consumir (verbo activo y reflexivo) tiene diversas y muy expresivas acepciones que puede hallar en el Diccionario quien no se fíe de mis rudimentarias «explicaderas».—Tal o cual cosa se consume a fuego lento. Yo me consumo de fastidio en el Senado. El sacerdote consume en la misa el cuerpo y la sangre de Cristo. Los galiparlantes nos consumen la paciencia. Y todos consumimos (en habiendo de qué) pan, carne, vino, carbón, y en el café lo que nos apetece y podemos pagar. Es decir, que en el café, como en el mercado o dentro de casa, hacemos consumo de unos u otros artículos de comer, beber y arder.

Los franceses no tienen más que un verbo *(consommer)* y un sustantivo *(consommation)*. Así es que lo mismo hablan de la «consommation des siècles» que de la «consommation» hecha en el café. Lo mismo es para ellos «consommer» un sacrificio que «consommer» un salchichón. Ni siquiera distinguen, al adjetivar, entre un músico consumado y un rascatripas consumido.

Conque ya ven los señores que nos están encajando de mala manera la «consumación» de comestibles y bebidas en qué grotesco delito de lesa lengua española vienen incurriendo, más que por ignorancia, por servil remedo gabachizo.

Un hostelero de buen sentido (suizo por más

señas, y establecido con suerte y gusto muy cerca de Madrid) me escribió el año pasado: «Como no domino la lengua de Cervantes, y he puesto en mi café este rótulo: «*la entrada al concierto por la consumación*», y algunos parroquianos me han reprochado esa frase, desearía que me hiciese usted el favor de decirme en qué forma, pura y correcta, debo poner el anuncio.»

Respondíle con la sabida y consabida diferencia entre el consumar y el consumir, entre la consumación y el consumo. El dócil y afable hijo de Helvecia (¡gran lección para muchos sandios y vanidosillos españoles!) me contestó que se seguiría incontinenti mi consejo; como en efecto sucedió, y así me lo ha manifestado nadie menos que un ilustradísimo ingeniero y senador, cuyas noticias me han sido refrendadas por don Ramón Gasset, fino catador de estas sabrosas bagatelas.

Algo más pude exponer al hostelero suizo, pero ese algo debía reservarse para los lectores de *El Imparcial*.

Lo del «consumo» en el café, hostería, figón, cantina, etc., se les atraganta a los galicursis de mostrador y delantal, que están prendados de la ridícula y absurda «consumación» a la francesa.

Corriente. Todavía pueden decirlo de otro modo: del modo que se usaba y aun se usa donde no están pringados de la mugre del habla, entre el mostrador imperante y el delantal complaciente.

Del mozo al dueño:

—Aquellos señores dicen que los servicios corren por cuenta de don Dimas Uñalarga, el candidato a concejal...

Del dueño al mozo:

—Inocencio, tenga usted cuidado con aquel caballero del rincón junto a la puerta; porque me parece que va a marcharse sin pagar el servicio.

Ni el camarero ni el cafetero han empleado entre sí mismos el español vocablo «consumo». Ni siquiera el grosero disparate de «consumación». Este se lo refrotan por los hocicos a los consumidores; y lo triste y repugnante es que los beocios se apoderan del desatino en la conversación corriente, y luego les secundan otros que tales, presumiendo de finos y modernos, en las profanadas hojas de la Prensa.

Pero, ¿qué vamos a esperar de los galicongrios que no hallan sabor ni substancia en un honrado caldo de puchero si no le ponen el apodo de «consommé»?

Cuando estas dañinas e irrisorias majaderías no tengan remedio posible, habremos de aplicar a nuestro sacrificado idioma—tan poderoso, tan rico, tan fecundo—lo último que habló Cristo Crucificado: *Consummatum est.*

CERO, Y VAN DIEZ

Pero, ¡si estamos conformes, Sr. Gay!... Y a fe que un estudiante de segunda enseñanza, como el que suscribe, no puede menos de sentirse muy orgulloso al coincidir con profesor tan distinguido y publicista de españolismo tan acendrado.

Explicando la palabra «operosidad» (cuya legítima raíz me complací en poner al descubierto) escribe en *El Mundo* el Sr. Gay:

«He tenido el atrevimiento de creer, sin ser hablista, que nuestro idioma tenía recursos más que sobrados para hacerle ganar la elasticidad que reclama la riqueza de representaciones modernas, amén de las que ya son viejas y no tienen puesto en la lexicografía oficial. Como algunos aspectos cualitativos de las cosas escapaban al estudio por falta de nuevos vocablos, que podían formarse empleando racionalmente los afijos, he creído que podrían concretarse haciendo uso de castizas desinencias sin grave ofensa para el ritmo y la expresión que nos recomienda la Gramática.»

No es otra la «norma loquendi» a que en su modestísima esfera se atiene este estudiante, lo mismo cuando se atreve a tejer nuevas y necesarias voces — el «balompié», por ejemplo, enfrente del «football» — que al recordar otras cien mil de nuestro tesoro léxico, tan claras como castizas, que hacen innecesario, servil y vergonzoso el uso de los barbarismos introducidos de contrabando en el lenguaje, tanto por el vulgo ignorante y extranjerizado en cursi como por algunos falsos «intelectuales» en quienes la sobra de hueca pedantería encubre torpemente la falta de buen gusto, buen juicio y conocimiento del idioma.

Suponer—como ha supuesto algún criticastro perteneciente a la incurable casta de los «sordos que no quieren oir» —, suponer, repito, que yo soy un enemigo en seco y sin discernimiento de toda clase de neologismos, echándomelas de purista intolerante y arcaico, es lo mismo que suponerme enemigo del petróleo, del gas y de la luz eléctrica, porque Cervantes escribía a la luz de un velón o de un candil.

Vengan norabuena cuantos neologismos hagan falta, así en el lenguaje vulgar como en el literario y el científico; mas siempre dentro de nuestra habla tan rica, flexible y elástica, como dice el Sr. Gay, siempre con arreglo a la índole del idioma, a su estructura gramatical y a aquella noble claridad, sin la cual toda lengua se convierte en jerigonza.

Cuando el castellano no suministre elementos

suficientes para el neologismo necesario, o por prurito de romancear se dé en lo híbrido y en lo chabacano, ahí están el latín progenitor y el socorrido griego, de quienes la ciencia se ha valido y se está valiendo abundantemente en sus innúmeras aplicaciones y en sus múltiples novedades.

El propio Sr. Gay, necesitado de cierto neologismo filosófico, me proporciona un ejemplo palpable de lo que acabo de indicar, cuando expone la siguiente duda:

«Los pensadores alemanes emplean palabras que los intelectuales españoles no traducirán nunca si para hallar el equivalente han de esperar el permiso de la Academia Tinta sudó el filósofo español que quiso traducir el sustantivo femenino del *Yo* filosófico como lo escriben los alemanes: *Ychkeit.* ¿Egoidad? ¿Yodad?»

Yodad—del castellano «yo»—es horrible, es tan grotesco como repugnante. Egoidad, en cambio—del latín «ego»—, me parece perfectamente admisible *en el lenguaje docto,* ya que en pos del corriente «egoísmo» han surgido y se han impuesto el «egotismo» y la «egolatría» para significar ciertas manifestaciones y derivaciones del *satánico yo.*

Pero ¡mucho cuidado con abusar de la lengua madre y del idioma abuelo! Sería lamentable que por huir de Herrera entrásemos en Carbonera; que por no caer en los barbarismos nuevos, cayésemos en el error de aquellos latinistas, tan justamente aborrecidos y vapuleados por D. Julio Cejador

que en el punto mismo de haber alcanzado el castellano su plena soltura, su carácter propio, su fecunda vida y su independencia absoluta, tornaron a empobrecerlo y encadenarlo con todas las trabas, complicaciones y rigideces de una lengua muerta.

Todo es cuestión de pulso, de buen gusto y.. de verdadero amor a nuestra lengua. El mejor estilo es el que Juan de Valdés, adelantándose a Cervantes, recomendaba con su propio ejemplo: «El que tengo me es natural y sin afectación ninguna. Escribo como hablo; solamente tengo cuidado de usar de vocablos que signifiquen bien lo que quiero decir, y dígolo cuanto más llanamente me es posible, porque, a mi parecer, en ninguna lengua está bien la afectación.»

Admirable principio, que vale por todos los tratados de retórica, como dice D. Julio Cejador en su *Historia de la Lengua y Literatura Castellana (época de Carlos V)*, recientemente publicada.

Y nada más, mi muy querido y muy estimado Sr. Gay, sino advertirle que no se debe decir ni escribir *magüer*. La verdadera palabra era *maguer*, y digo era, porque bien podremos darla por enterrada definitivamente. Esa leve correccioncilla no es de mi pobre cosecha. El Sr. Rodríguez Marín la tiene consignada y cumplidamente demostrada en sus notas al *Quijote*.

«COMPETICIÓN»

Sr. D. Antonio Micó.—Presente.—Mi distinguido amigo y dueño: A poco de haberse efectuado en la primavera pasada los concursos del Tiro Nacional, un comunicante anónimo me dirigió la siguiente preguntilla: «En los programas (se refería a los oficiales) se da repetidamente a las tiradas el nombre de *competición*. ¿Qué opina de esto el «Chico del Instituto»?»

El interpelado dejó sin respuesta esta consulta anónima, aunque indirectamente expuso su completa conformidad con el uso del precitado vocablo, empleándolo tan pronto como se le vino en su debida sazón a las mientes y a los puntos de la pluma. El mejor predicador es fray Ejemplo.

Si ahora predico sobre lo mismo con el son y compás que sin duda deseaba el preguntón anónimo, no lo hago por complacerle a él, sino por tener el gusto de ponerme al lado de usted, ya que también me pide opinión sobre lo mismo, por ser usted el padre o padrino de la susodicha *competición* en

los referidos programas del Tiro Nacional, y por habérsele censurado nada benévolamente el uso de tal locución.

Lego en deportes, nada tengo que aprobar ni reprobar en la aplicación a las tiradas del vocablo puesto en tela de juicio. Por lo que toca a la palabra en sí—tachada, no sé por qué, de incorrecta y exótica—diré rotundamente que *competición* (del latín *competitio, competitionis)* se halla por su origen, por su estructura total y por su perfecta concordancia con el verbo «competir» y con el adjetivo y sustantivo «competidor», tan dentro del genio y las leyes del idioma como la más castiza y pura de nuestro opulento léxico.

¿Que se usa muy poco esta palabra? Pues a eso hay que ir: a usarla, haciendo justicia a su adecuada propiedad, con toda la frecuencia que sea menester. Y, en tal sentido, allá va mi insignificante pero sincero parabién a los hablistas del Tiro Nacional; porque demuestran que en sus tiradas o competiciones no disparan *ad vultum tuum*, sino con certera y segura puntería.

¿Que el tal vocablo no le gusta ni le suena bien a Don Fulano o a Don Mengano? A esto nada tenemos que objetar usted ni yo. *De gustibus et coloribus non disputandum*

Dos verbos poseemos: «competer» y «competir». Ocioso es puntualizar sus diferentes significados. El sustantivo *competencia* se aplica indistintamente a la aptitud, a la idoneidad (del verbo «competer»)

y a la contienda, disputa, rivalidad u oposición entre dos o más personas que aspiran a lo mismo (del verbo «competir»).

Esa ambigüedad y confusión cesan desde el momento en que dejamos la *competencia* para los competentes en tal o cual materia y aplicamos la *competición* a los competidores en tal o cual terreno de los hechos o esfera de las ideas.—Ejemplo al canto: «La suma competencia que en el arte del toreo tiene Perengano hace inútil, hoy por hoy, toda competición con este lidiador de reses bravas.»

Habrá de seguro algún Maese Reparos que no esté conforme con demostración tan clara y terminante. ¿Qué vamos a hacerle? Dejarle con su disconformidad y no malgastar el tiempo en controversias con ningún partidario de la zaragata y el embrollo. *Chacun son goût*, como dicen allende el Pirineo, y ¡adelante con los faroles!

Reciba usted, señor don Antonio, mi pláceme y mi saludo.

PARA UN TOLEDANO

Sr. D. Santiago Camarasa.—Toledo.—Muy señor mío y benemérito cofrade en el culto de la patria: Con mucho placer he recibido y leído el primer número con que la revista de arte, autorizada con el soberano nombre de *Toledo*, entra en la segunda época de su publicación, renovando su presentación externa y el esfuerzo interno que la anima.

Cosas de gran provecho y benéfica acción puede hacer la revista que usted dirige en la tarea de contrarrestar, dentro del sano espíritu toledano y de ese ambiente sacratísimo para los amantes del Arte en todo el mundo, la cursilería suicida de los que pretenden «dar la puntilla» a esa Ciudad Museo, ya tan estropeada y profanada, *modernizándola* a tontas y a locas, y despojándola poco a poco de todos los característicos primores con que en ella reviven las edades fenecidas.

Con mucho gusto, vuelvo a decir, he leído ese número de la revista *Toledo;* pero semejante gusto

se me ha amargado al ver que ¡hasta en Toledo! priva y triunfa un disparate que los toledanos deben ser los primeros en arrojar al Tajo y no permitir que vuelva a estamparse en los papeles.

Al hablar de las ferias toledanas en un interesante y ameno artículo, el que lo firma—siguiendo una corruptela que lleva camino de trocarse en ley—copia en esta forma el tan hermoso cuanto manoseado endecasílabo de la tragedia *Raquel:*

TODO júbilo es hoy la gran Toledo...

Ese «todo júbilo» es un desatino garrafal que destruye el verso y el concepto. Empezó por encajárnoslo la ignorancia, y luego lo ha refrendado de tal suerte la rutina, que ya es rarísimo el que cita el famoso endecasílabo según lo escribió Huerta.

«TODA *júbilo*», etc., es lo que puso el ilustre don Vicente; porque el adjetivo inicial no se refiere al sustantivo subsiguiente, sino a la gran Toledo. Para eso soy «Chico del Instituto». Para hacer lo que me enseñan mis maestros: la ordenación en prosa de lo que está elegantemente traspuesto en poesía. «TODA la gran Toledo es hoy júbilo... y algazara, y regodeo, y retozo, y faltas de sintaxis.»

Hay que devolver a Huerta lo que es suyo, restituir el famoso endecasílabo a su pureza y brío naturales, y no corromper con desatinos ramplones la elegancia sin par de esta lengua, cuyos más

finos y celosos guardadores fueron—al decir de un tal Cervantes Saavedra—los hijos de la gran Toledo: TODA mérito y honor, en la historia, en la leyenda y en las artes, del solar hispánico.

Reciba usted, señor don Santiago, mi saludo y mi norabuena.

* * *

¿QUÉ SON LAS COTAS?

No hablo de las de malla, ni de las que Mamá Naturaleza ha otorgado a los jabalíes, sino de otras que ahora se mencionan frecuentemente en los periódicos.

Con membrete del «Casino Español» de Estella, me escribe don R. P., rogándome que «rompa una lanza contra los malandrines que traducen los partes de la guerra y nos llenan los periódicos con la «cota» 305 y la «cota» 297, teniendo en nuestra lengua la palabra «loma» y alguna más que con seguridad no escapará» a ciertas dotes que me atribuye este comunicante: tan afectuoso para conmigo como injusto con otros periodistas.

No hay tales malandrines, señor mío. Como la observación precipitada no es la primera que se me dirige en sentido igualmente erróneo, bueno será poner las cosas y las cotas en su punto, para que nadie cuelgue a la Prensa más desatinos de los que ya circulan.

Con dos regulares diccionarios, uno francés y

otro español, hubieran salido de dudas los que me hacen la merced de apelar a mis cortas luces.

Una cosa es la *côte*, con acento circunflejo (costa o cuesta, según los casos, en nuestro idioma, más rico que el francés), y otra es la *cote*, sin ningún acento, que ahora, aplicándole el número que corresponde a su nivel, se mienta repetidamente en las noticias de la guerra.

A esta «cote» la define así Larousse: «Chiffre destiné à indiquer sur un plan le niveau.» ¿Cómo se dice esto en español? Exactamente lo mismo.

«*Cota.*—Número que en los planos topográficos indica la altura de un punto, ya sobre el nivel del mar, ya sobre otro plano de nivel.» Así lo trae el Diccionario de la Academia. Y cotar, como acotar, se dice del «poner números o cotas en los planos topográficos, para indicar las alturas de los puntos notables del terreno, sobre el nivel del mar o sobre otro plano de nivel.»

En el centro de Madrid y en la fachada del ministerio de la Gobernación hay una placa muy a la vista que marca aquella altura en metros sobre el nivel del Mediterráneo. Esa es una cota: la cota 650 del plano de Madrid.

¿Está claro lo de la cota 305, la cota 297 y demás cotas que tanto dan que hacer a alemanes y franceses?

Retire, pues, mi lector de Estella lo de «malandrines», y si acaso, reserve tan duro calificativo para el que, al topar en los planos de Verdun con

la *côte du Poivre* (cuesta, loma, cerro, o lo que fuere), la llame «cota de la Pimienta», confundiéndolo con las cotas propiamente dichas. Este sí que sería desatino garrafal.

Perdonen los doctos que se moleste su atención con cosas tan sabidas; pero estamos en un país donde los más pintados confunden Ginebra con Génova, llaman «obús» a la granada, y al encontrarse en un periódico francés con los «officiers du génie», preguntan si el genio de esos oficiales es bueno o es malo; porque como el diario gabacho no lo dice...

¡EN CIERNE, EN CIERNE!

No es testarudez, sino seguridad, y a verlo vamos.

Ante todo, cúmpleme manifestar mi gratitud al señor don Julio Casares, de notoria y temida competencia en estas cuestiones, por la defensa—espontánea de toda espontaneidad—con que me ha favorecido en su artículo *Tiene razón el «Chico»*, publicado en *La Acción* y copiado en *El Imparcial* de anteayer 22.

Era de estricta justicia que el alegato del señor Casares se reprodujese en el periódico que había prestado galante hospitalidad al vapuleo con que don Antonio de Valbuena obsequiaba a la Academia Española y a «Un chico del Instituto».

Y le llamo obsequio porque el varapalo, en vez de levantar el menor verdugón, sirve para que nos regodeemos con los textos clásicos que abonan «la cierne» (sustantivo) y el modo adverbial «en cierne», según define estas locuciones el Diccionario académico.

Donde hay textos irrebatibles, huelgan dimes y diretes, donaires y chanzonetas agridulces. Vamos al grano, que es grano de verdad. Estas espigas del fértil campo de nuestras letras no están EN CIERNE, sino muy bien granadas.

Según el señor Valbuena, la locución «en cierne» que trae el Diccionario de Autoridades, apoyándose en la del padre La Parra, pudo ser una errata de este autor.

Bueno; pues allá va una rica almorzada (¿se puede decir almorzada?) de *erratas* exactamente iguales:

1.ª—Cierne (sustantivo femenino).—El padre Bernabé Cobo, en su *Historia del Nuevo Mundo*, del primer tercio del siglo XVII, aunque publicada en nuestro tiempo, en Sevilla, tomo I, pág. 413: «... Son como agraz que sale de *la cierne*...»

2.ª—En cierne (en su acepción natural).—*La Ulixea de Homero*, traducida por el licenciado Gonzalo Pérez (Amberes, 1556), libro VII, fol. 122 vuelto:

> «... y en su tiempo
> En una parte de ella se vendimia,
> En otra están pisando ya las uvas,
> En otra está en agraz, y se le cae
> La flor, y está aún *en cierne*, y no muy lejos
> Comienza a madurar el dulce fruto.»

3.ª—En cierne (en su acepción natural).—Fray Luis de León, *Traducción literal y declaración del Libro de los Cantares*, cap. II:

«... Las uvas pequeñas dan olor, esto es, *están*, COMO DECIMOS EN ESPAÑOL, *en cierne*.»

Y poco después:

«... Porque dijo que su viña estaba *en cierne*.»

Hasta seis u ocho veces más repite fray Luis de León lo que, según nuestro censor, no es más que errata de imprenta o disparate académico.

4.ª—En cierne (en su acepción natural).—El maestro Valdivielso, *Vida, excelencias y muerte del patriarca San Josef* (1608), canto XIX:

> «¿Qué mano sin piedad furiosa quita
> A la temprana viña que florece
> Los racimos *en cierne*, que, colgando,
> La enamorada vid está abrazando?»

5.ª—En cierne (en su acepción natural).—Don Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana*, cuya primera edición es de 1611, en el artículo *cerner:*

«*Cerner las vides*, empezar a mostrar el fruto en flor, y porque parece con lo blanco haber cernido sobre ellas harina, se dice *estar en cierne*.»

6.ª—En cierne (en su acepción natural).—El doctor Jerónimo de Alcalá, *El Donado Hablador*, cap. V:

«... Sacando entre los dientes algunas pocas y malogradas espigas que ya estaban *en cierne*.»

7.ª—En cierne (en su acepción figurada).—De un tal Cervantes, *Viaje del Parnaso*, cap. I (folio 1 vuelto en la edición original, Madrid, 1614):

«Mas mil inconvenientes al instante
Se me ofrecieron, y quedó el deseo
En cierne, desvalido e ignorante.»

8.ª—En cierne (en su acepción figurada).—De un tal Lope de Vega, *Castelvines y Monteses*, acto III:

«JULIA. ... Dios la dé un novio,
Señora, si está *en cierne* de casada,
Que se le envidien las que ya lo fueren,
Y las que no, de pura rabia lloren.»

9.ª—En cierne (en su acepción figurada).—De un tal Calderón de la Barca, *Hado y divisa de Leonido y Marfisa*, jornada I:

«DOÑA ALDONZA.—Todavía está *en cierne* esa sobrina.»

Si la índole de estos trabajillos y las condiciones de *El Imparcial* lo consintieran, se podrían citar muchas más autoridades: Rojas, Zorrilla, Ruiz de Alarcón, Pedro de Oña, Coello, el *Estebanillo González*, etc.; tantas, que llenarían una de estas planas, y aun quedaría un puñado de citas para la siguiente.

Bueno es decir, para que no se repita lo del grajo de la fábula, que en la enumeración anterior le «ha llevado la mano», como suele decirse, a este modesto estudiante alguien que en nuestra literatura y nuestra erudición es hombre de mano tan maestra como de espíritu cortés y generoso. El señor Casares me ha «echado un capote» a lo Joselito.

Estotro señor, como quien es: como un Lagartijo del saber y del ingenio en tierras españolas.

Se dirá en algunas de ellas la *cierna* que don Antonio proclama y preconiza como único vocablo de recibo. Así será, y basta que lo afirme nuestro amigo el Sr. Valbuena; pero sin atajar a nadie su gusto, y después de responder con esta honrada concesión a las que no se nos otorgan, el aprendiz infrascrito debe declarar que entre el *sermo rusticus* de gañanes y cachicanes y las autoridades del Siglo de Oro, a quienes sigue y se atiene el Diccionario de la Academia (¡siempre estuviera tan acertado!), la elección no es dudosa para un sencillo y leal servidor de esta habla, que por ser tan flexible y elástica, variada y opulenta, da ocasión a tales divergencias entre devotos de un mismo culto.

Acompáñese cada cual con quien mejor se acomode. La Academia Española y el monacillo que abajo firma se acompañan muy gustosamente en lo que escriben con las «erratas» y los «disparates» de fray Luis de León, Covarrubias, Valdivielso, Cervantes, Lope de Vega, Calderón de la Barca, y otros que se fueron del mundo en cierne, en agraz, en flor, en embrión, en germen, en estado de crisálida, en estado de canuto o en estado de merecer.

* * *

En rigor, y después de los textos y autoridades que se adujeron en el «Limpia y fija» de 24 de ju-

nio próximo pasado, no es menester dar más vueltas a cosa tan clara y definida.

Con todo, a «Un chico del Instituto» le importa consignar que el erudito y fecundo investigador don Emilio Cotarelo ha venido a remachar el clavo, tratando el mismo asunto en el último cuaderno (junio de 1916) del *Boletín de la Real Academia Española*.

En favor del sustantivo «cierne» y la frase «en cierne», el señor Cotarelo cita a fray Antonio de Guevara (en tres pasajes), Lope de Vega (dos, en verso y en prosa), el doctor Laguna, el doctor Jerónimo de Huerta, Pérez del Castillo, Jerónimo de Alcalá, don Bernardo de Valbuena, Calderón, Cervantes, Tirso de Molina, Ruiz de Alarcón, Monteser, el *Estebanillo González* y Torres Villarroel (dos textos).

Y esta enumeración, viniendo del Siglo de Oro a nuestros días, queda rematada con tres citas de Bretón de los Herreros, sacadas del poema *La Desvergüenza* y las dos comedias *El editor responsable* y *Lo vivo y lo pintado*.

¿Hace falta más? Pues algo queda todavía de repuesto, y a fe que es de suprema calidad en nuestra lexicografía; pero, después de lo alegado, será como llevar agua a la mar, hierro a Vizcaya y melocotones a Campiel.

Salud, señores, ¡y hasta otra!

DEL «CARNET»

A propósito del manoseado «carnet» escolar (q. e. p. d.) me preguntan unos estudiantes de mucha más talla que yo, pues alcanzan al último curso de Derecho, si hay o no hay en tierra de garbanzos, tomates y melones, algún vocablo que honradamente sustituya a ese «carnet» gabachizo de que tanto usan y abusan los castradores del idioma.

No ya «algún vocablo», su media docena de ellos hay en lengua española para los diversos significados que los franceses encierran dentro de la sola palabra «carnet».

Según sus diccionarios más corrientes viene de la latina *quaternetum* y quiere decir «petit livre de notes, de compte, etc.»

A esto se le llamaba ya en nuestro siglo XVI libro de memoria (en singular, no en plural, como decimos a la moderna) y con tal nombre se le cita en cien obras, poniendo por encima de todas ellas al *Quijote*; pero como ese librito de anotaciones estrictamente íntimas y privadas es cosa distinta

del documento semipúblico, pues sirve de identificación individual, que recibe ahora de los galiparlantes el nombre de «carnet», fuerza es buscar otra u otras palabras en nuestro léxico.

Ahí están, por de pronto, las de *cartilla* y *libreta*. De la cartilla dice el Diccionario oficial (tercera acepción del vocablo en la edición 13.ª) que es la «libreta donde se anotan ciertas circunstancias o vicisitudes que interesan a determinadas personas, como la que la policía da a los sirvientes, las Cajas de Ahorros a los imponentes, etc.» ¿Qué era sino una libreta o cartilla de esas el difunto «carnet» estudiantil?

¿Que no le placen ni le satisfacen a Maese Reparos las palabras españolas que se citan? ¿Que no le parecen bastante finas y elegantes? Amigo, yo no tengo la culpa de que estos remilgados papahuevos, después de admitir a carga cerrada los más pobres, torpes e impropios voquibles de extranjis, se muestren respecto del habla española tan absurdamente escrupulosos como aquella célebre limpia de Burguillos, que lavaba los huevos al freíllos... y escupía después en la sartén.

CONSULTAS

Para el señor don R. H. (Jacometrezo, 44), en Madrid.

En mi particular y modesta opinión, y para demostrar a algunos que no adolezco de empacho de purismo, creo que no temblarían las esferas, ni se hundiría el firmamento, si se convirtiera en adverbio y palabra compuesta (apesar) lo que ahora es un modo adverbial y dos palabras distintas (a pesar). Lo propio digo de «apropósito» por «a propósito».

Pero esta separación de las dos voces es la que prevalece en el uso general y la que preceptúa la autoridad de la Academia.

La prueba de que lo contrario no sería una enormidad, está en que también la Academia escribe y manda escribir «en seguida»; y sin embargo, «enseguida», juntando aquellas dos palabras, es lo que escribe la casi totalidad de las gentes, y a su cabeza, escritores muy escrupulosos, elegantes y atildados.

Otra prueba mucho mayor.

«Asimismo», de una vez y de un tirón, nos ordena escribir la Academia; y ¿qué es semejante adverbio sino un compuesto de dos vocablos, que todavía escriben algunos «así mismo»?

Muchos más ejemplos pudieran salir a plaza; pero dejémoslos quietos, no vaya a hacer el diablo que me echen tres o cuatro seguidos al corral, como sucedió en la memorable corrida de toros del pasado domingo 27 en la Plaza de Madrid.

Entretanto, hay que escribir «a pesar», lo mismo que «a propósito».

¿«Entretanto» he escrito? Así lo escribo siempre, y así lo trae en su diccionario la Academia, y de dos palabras distintas se compone ese solo adverbio verdadero.

De modo que... expresiones a la lógica.

* * *

Para el señor don J. L. V., en San Clodio (provincia de Lugo).

La consulta con que me favorece este señor es un poco rudimentaria y primitiva; pero la afable ingenuidad de mi comunicante exige cortés respuesta.

Conque ¿algún diccionario trae «pelirubio», en vez de «pelirrubio», y vuesamerced quiere salir de dudas?

«Pelirrubio» ha de escribirse, si se quiere escri-

bir con el debido decoro gramatical: como se escribe petirrojo, Caparrota, Barbarroja, pararrayos, portorriqueño, contrarrotura y contrarrevolución, aunque no ha mucho, y a propósito (o apropósito) de ciertos disturbios de ahí al lado, a mano izquierda, mirando al Norte, algunos periódicos ponían con letras tan gordas cuanto flaca ortografía: «*La contrarevolución en Portugal.*»

Contrarre... contrarre... Lo mismo que en «contrarrestar» y en «contrarregistro».

La erre fuerte, dentro de tales vocablos, sólo se escribe como la suave cuando la precede una consonante. Por eso, ni aun entre los más heterodoxos y rebeldes pueden pasar: sinrrazón, enrramada, honrrar, Enrrique e Isrrael. Por eso, junto a las dos Villarrubias de las provincias de Ciudad Real y de Toledo, tiene que quedarse con una letra de menos la *Honrubia* de la provincia de Cuenca.

Todo esto es el abecé (¡otra palabra compuesta, y con mucho donaire!); pero cuando hay personas muy finas y discretas, que hoy es y todavía no saben a qué carta quedarse... obra de misericordia es la que aquí se cumple.

La misma que orgullosamente rechazan cien «pedescribidores» de oficio, tenazmente empecatados en los repugnantes solecismos y barbarismos de que se les avisa con tan buena cuanto malograda voluntad.

GALICISMO PAPISTA

¿Quieren ustedes hacer el favor de no ofender la humildad cristiana de Benedicto XV, atribuyéndole dictados a que no tiene derecho?

Muchos periódicos—entre ellos algunos que la echan de muy católicos—han dado en la flor de llamar al Papa *el Santo Padre*. Está lejos, muy lejos de serlo. Para ello le sobran muchos siglos de catolicismo y le faltan las obras que en materia de fe dejaron escritas los primeros doctores de la Iglesia.

Santo Padre es, verbigracia, San Agustín. Al Pontífice romano se le denomina en nuestro flexible idioma *el Padre Santo*. Pero los franceses le llaman «le Saint-Père», y al pie de la letra lo traducen y nos lo encajan los que no saben discurrir ni hablar más que por boca *d'oie* (ganso en francés).

Los galiparlantes dirán, si por ventura conocen el dicho, que estos son repulgos de empanada, y que el orden de los factores—la santidad y la pa-

ternidad—no alteran el producto. Pues sí que lo alteran. Sucede en esto algo parecido a lo de la milicia: no es lo mismo cabo segundo que segundo cabo.

Entre un Padre Santo como Alejandro VI y un Santo Padre como San Jerónimo media un abismo que solamente la gracia de Dios puede llenar.

Muy de celebrar sería, para gloria del Papado y del actual Pontífice, que Benedicto XV mereciese asumir entrambos títulos; pero conste que hoy por hoy, y en buena lengua castellana, el «servus servorum Dei» no es Santo Padre, sino «solamente» Padre Santo.

Y así me lo confirma—para que se vea que estas no son cosas del otro jueves—un chico del Seminario que todavía anda con las súmulas a vueltas.

«EN CIERNES»

No hay tales ciernes, señor mío, ni es lícito el uso de semejante plural cuando se dice de una cosa o persona que está en flor.

En un solo caso no puede haber más que un solo cierne.

El «señor mío» a quien va enderezada la advertencia es un Maese Reparos que *se extraña* (así lo escribe su merced, y lo escribe mal) de que el señor Rodríguez Marín, en su admirable conferencia sobre «El yantar de Alonso Quijano el Bueno», haya denominado a este hidalgo lugareño, cuyo nombre había de llenar el mundo, *nuestro caballero en cierne.*

«Si es errata (añade el reparón) no he dicho nada.»

Pudiera vuesamerced habérselo ahorrado todo, con echar un vistazo al Diccionario de la Lengua, donde hallaría que *cierne* es sustantivo masculino, significa «acción de cerner», y se aplica al punto en que se fecunda la flor de algunas plantas,

Así se dice del olivo, de la vid, del trigo, que están en cierne; y así, en sentido figurado, decimos lo mismo de algo que está en el comienzo de su elaboración; en sus preliminares, como también suele decirse; en capullo, que es término muy gracioso; en estado de crisálida, que ya es algo pedantesco; y, por fin, en estado de canuto: modismo bochornoso que la plaga de la langosta ha metido en el lenguaje indígena.

Cierto que lo corriente y moliente es decir «en ciernes»; pero decirlo y escribirlo así es tan impropio, tan desatinado, como declarar que una persona está *en camisas* cuando no lleva más que una por toda prenda de vestir.

DEL «CONTABLE»

¿Queda todavía en España algún contador? ¿Queda algún tenedor de libros?

Lo pregunto, porque ya no hay más que *contables*. Así se denominan ellos y así lo vemos a diario en todos los anuncios de oferta y demanda de esa clase de empleados.

El «comptable» francés ha vencido en toda la línea. Pocos quistes de esos han prendido más rápida y decisivamente en el profanado cuerpo de nuestro idioma. Los galiparlantes y galicursis pueden estar satisfechos de nuestra Beocia mercantil e industrial.

Y bien sabe Dios que el tal «contable» es del todo intragable, por muy fácilmente que se lo hayan tragado los beocios del aprisco y por mucho empeño que los «renovadores» de mogollón pongan en hacernos tragar ese «voquible» a todos los demás fieles cristianos.

No es una palabreja de capricho o «de fantasía», como dicen ellos; porque tampoco saben lo que es

fantasía en español. Es una corruptela horteril que ataca derechamente—si en estos desavíos cabe derechura—al verdadero significado de una palabra decente, que ningún daño había hecho.

Contable, en honrado y limpio castellano, es lo que puede contarse, sean hechos, dichos o cantidades; como *incontable* es lo que no se puede contar.—Así (pues no basta que lo diga yo) lo tiene puntualmente definido el Sr. Martínez Mier en su excelente y minucioso «Método de Ortografía Española».

Claro es que de nada servirán estas advertencias; pero conste que llamar «contable» al contador y al tenedor de libros es lo mismo que si saliéramos llamando *cantable* al cantante, al cantor y al cantador.

«Aquel gran cantable que inmortalizó el apellido de Gayarre...»

«El ruiseñor, que es el rey de los pájaros cantables...»

«Entre los cantables de su tiempo, hubo un Juan Breva que...»

El primer osado que salga pedescribiendo en esa forma, siempre que lo haga con todo aplomo y con toda la seriedad de Aliborón, puede estar seguro de una victoria, que ni la de Rocroi; y cito la de Rocroi, porque fué sobre España y contra España.

Está visto, probado y comprobado. No hay como soltar un desatino, cuanto más gordo y más exótico mejor, para tener prosélitos a millares.

«DEVENIR»

Un caballero de ilustre apellido y notorios méritos me pregunta, haciéndome con ello excesiva merced: «¿Es lícito emplear en castellano el verbo *devenir* en la misma forma que en francés o en italiano, es decir, en la acepción de *llegar a ser?*»

Ni el Diccionario oficial ni los hablistas de autoridad indiscutible han admitido el susodicho verbo. Sin embargo, me guardaré yo muy bien de declararlo ilícito, arrogándome una autoridad de que carece este pobrecito escolar.

En primer término, debemos tener presente que la voz *devenir* se ha usado ya en nuestro idioma, aun cuando no ha salido de un tecnicismo especial. Cuando la filosofía alemana vino a iluminar algunos cerebros españoles y a trastornar muchos más, sus adeptos se encontraron con que el verbo *werden* (llegar a ser) no tenía la precisa y elevada equivalencia ideológica que ellos deseaban. El sig-

nificado que apunto les parecía vago, inexacto y vulgar; y entonces, tomándolo del francés, introdujeron el *devenir* en el lenguaje filosófico. Sanz del Río, si no estoy equivocado, fué el primero que usó tal palabra.

Conviene, no obstante, consignar que los krausistas—aunque tan dados a hacer mangas y capirotes del idioma—muy rara vez conjugaban el verbo *devenir*. Lo dejaban en el presente de infinitivo, usándolo generalmente a la manera (claro es que no en igual sentido) que se usa el nombre sustantivo «porvenir».

Y ahora, por cuenta propia y para satisfacer en todo lo posible los deseos de mi amable comunicante, voy a lanzar «urbi et orbi» una declaración que dejará atónitos a más de cuatro de estos salteadores de cuartillas, para quienes la defensa del habla—cifra gloriosa de nuestra alma—es una maniática y ridícula ranciedad. Como el doncel que esto escribe no es ningún fanático del purismo, se permite creer que el verbo «devenir», empleado con discreción y oportunidad, no causaría grave daño al idioma, ni en su esencia ni en su estructura. Falta no hace mayormente; pero tampoco habría de repugnar su compañía a los verbos convenir, prevenir, provenir, subvenir, intervenir, contravenir, etc. El prefijo «de» bien podría alternar con esos que se leen.

De todas suertes, el neologismo *devenir* sería infinitamente más admisible, tolerable y llevadero

que los grotescos y bárbaros entrenar, debutar, reprisar, interviuvar, epatar, y otros estiércoles que nos están sirviendo a diario en las hojas periodísticas la ignorancia, la rutina, la cursilería, la pereza mental y la depravación del gusto.

«DEBATIRSE»

Con lastimosa frecuencia venimos leyendo de poco tiempo acá—porque los vicios del lenguaje se propagan con más rapidez y virulencia que la peste bubónica—este fétido galicismo, pues ya quedó al descubierto su podredumbre en tiempo de Baralt: «Las dificultades con que *se debate el Gobierno...*» «Al *debatirse* Don Fulano con sus acreedores...»

Eso no puede pasar en modo alguno donde se escriba y se hable en español. El autor del *Prontuario de Hispanismo y Barbarismo* nos da la razón gramatical: «En castellano el verbo *debatir* no admite forma reflexiva por cuanto no se usa con régimen de persona, sino de cosa tan solamente, a fuer de pasivo.»

Por ejemplo: «La cuestión que *se debate* en el Congreso...» Esto está dicho con toda rectitud, aun cuando no siempre se debatan en el Congreso las cuestiones con la rectitud necesaria.

«Los navieros bilbaínos *se debaten* con el ministro de Hacienda...» Esto (¡y esto ha salido en letras

de molde!) es hacer con nuestro idioma lo mismo que hacen los submarinos alemanes con todo lo que se les pone al alcance del periscopio y el torpedo.

El *se débattre* francés, forma reflexiva del verbo «débattre», significa forcejar, forcejear, bregar, sacudirse, agitarse, menearse, revolverse, hacer fuerza para librarse, desembarazarse o quitarse de encima algún estorbo.

Me parece que hay algunos modos de decirlo a la española, sin necesidad de caer en el burdo galicismo que el venezolano Baralt sepultó bajo siete estados de tierra, y ahora resurge en la de España para *debatirse* violentamente con la gramática y con el divino genio de nuestro idioma.

Fácil es de entender lo que ocurre. Un buen hombre (si la hombría de bien se compadece con el desprecio de la lengua materna), atiborrado de lectura francesa en periódicos y noveluchas, pero ayuno de buenas lecturas españolas, topa con el *se débattre*, y al punto nos lo encaja, literalmente traducido, sin hacer el más leve esfuerzo por vencer su pereza o su ignorancia.

No hace falta ser hablista, purista, estilista, casticista, y mucho menos preciosista (¡Dios nos libre!), para evitar que nuestro corto o largo entendimiento *se debata* en mala forma con el genio del habla, cuando tan llano y sencillo, a más de copioso y fecundo, es el romance corriente desde Pamplona hasta Quito, desde Sigüenza hasta Santiago de Chile.

«DELIKATESSEN»

Reseñando la solemne fiesta que hubo el sábado en la Academia de Infantería, dice un diario de la noche que la reina Victoria Eugenia llevaba «un magnífico sombrero con *sprit*».

En primer lugar, no se escribe *sprit*, como hacen nuestros más contumaces galicursis, sino *esprit*. Nadie está obligado a saber tocar las castañuelas; pero de tocarlas, hay que tocarlas bien.

En segundo lugar, lo que el referido galiparlante ha puesto en francés se llama en castellano *airón*. ¿Verdad, discretas y castizas lectoras, que es un nombre muy bonito? Desgraciadamente, es netamente español, y por ende, inservible para la gente «bien», como se dice ahora.

¡Ahora!

«Clarín» dijo que en todo andábamos aquí a la penúltima moda. Se quedó corto; porque los más adelantados, progresivos, modernistas, europeizantes, etc., toman como el «dernier cri», que dicen ellos, lo que en París ya empezaba a apolillarse

cuando hicieron presidente de la República al mariscal Mac-Mahón.

A propósito del susodicho galicismo, que «ahora» da tanto gusto a los compinches de Vicente de la Recua, barón de Reata, me dice mi padrino y tutor:

—¡Cómo se reirá de ellos Luis Medrano! Veinticinco años ha que este hombre verdaderamente «bien» nos colocaba con mucha elegancia ese terminillo allá en su linda «garçonnière» de Valencia.

Mi tutor y padrino no ha dicho precisamente «garçonnière»; pero yo lo pongo así, para que se vea que también sé gabachear y agabachizarme cuando se me antoja, con el «charme» que Dios me ha dado.

El cual «charme» se lleva ahora en letras de molde tanto como los sombreros de paja por las calles y la paja a secas en muchísimos escritos.

Hay dos o tres revisteros de salones (esto no va con el pulcro «Monte-Cristo») que no saben halagar a una dama «que recibe» sin sacar a relucir el consabido «charme». Lo aprendieron en viernes.

Con alabar el peregrino encanto de la marquesa de Aguas Turbias y el singular hechizo de la condesa de Trapisonda, estábamos los lectores del otro lado, sin tropezar en un agravio hecho al idioma de Cervantes.

¡Y pensar que estos manoseadores del «charme» galicursi serán probablemente unos tremendos germanófilos!... Si lo son de veras, les invito a que en

adelante alaben el *zauber* de la duquesa del Membrillo y el *wunderding* de la baronesa de Cientrampas.

Serán barbarismos de mayor novedad; y como no habrá de entenderlos el ruin vulgacho, los agradecerán infinitamente más que el «charme» todas las damas «bien» en nuestra España «mal».

¡Ay, marquesa! ¡U semos u no seinos germanófilas!...

«DISLOCACION»

También yo quiero festejar—así sea a mi humilde modo—la Jura de la Bandera.

En las «Prevenciones para el cumplimiento de la orden general del día 7 de abril de 1910» hay un párrafo, el último, que se intitula *Dislocación.* Así lo vienen diciendo sus señorías, de algún tiempo a esta parte. ¿Está bien o mal dicho?

Acerca de semejante punto, no ha mucho que recibí una carta con este membrete: «*Círculo de Recreo.—Valladolid.*» No sé por qué me huele mi comunicante a aforado de Guerra.

Después de varios piropos, que sólo habrán de leer mis condiscípulos de la segunda enseñanza—para que se enorgullezcan o para que rabien de envidia—dice mi amable comunicante valisoletano:

«... Acudo a V. para denunciarle una nueva impropiedad en nuestro idioma, que comienza a ponerse de moda entre los militares, y que seguramente se corregiría, si V. la tomara en cuenta, y pareciéndole oportuno, la pusiera en solfa.

»Se trata de la palabra *dislocación*, que mala-

mente se viene empleando en las órdenes de formación. Tal palabreja se usa hablando de los huesos, y en general de aquellas partes «unidas» y «encajadas» que forman un todo; pero paréceme (salvo error mío) que seres semovientes, los cuales accidentalmente se juntan, se reúnen o se congregan, no se *dislocan*, sino que se separan o se disgregan.

»Tal sucede con los soldados que forman una compañía; con las compañías que forman un regimiento, y con los regimientos y unidades que forman una brigada o un ejército. Se reúnen o se congregan en una zona para formar la unidad, y luego se separan o se disgregan, cuando esta unidad se disuelve.

»Si se llama «dislocación» a la separación de batallones o regimientos para una formación, también se llamará así a la separación de cofradías y demás pelotones eclesiásticos después de una procesión; lo mismo que a la disolución de «meetings», de cuyos concurrentes no diremos que se separan, sino que se dislocan.»

Nada me toca añadir a estos razonamientos. Primero, porque no soy voto en la materia, y luego, porque su merced se lo dice todo, comentándolo como un Julio César (salvo que lo hace en castellano).

Con lo cual, y con mi correspondiente saludo a la Bandera, me *disloco* y me largo hacia mi cuartel, a aguardar el toque de rancho.

DEL REPÓRTER

Pero, señores míos, ¿por fuerza han de denominarse ustedes en inglés? ¿No hay medio de que ostenten un honrado nombre español?

Ya sé que el Diccionario de la Academia admite la voz «reportero», del verbo «reportar» en su tercera acepción y de la clásica voz «reporte» (noticia, suceso o novedad): circunstancia que evidencia una vez más cómo la lengua castellana no nesita vivir de prestado y cómo muchos vocablos que se aceptan a cierraojos sólo por venir de fuera, ya existían análogamente con claro y viejo abolengo en nuestro idioma.

Mas también tengo noticias, señores del arte de narrarlas en la prensa, de que la palabra «reporteros» se les ha atragantado a ustedes y se niegan a emplearla. A fe que lo comprendo. Su estructura nada tiene de elegante. No parece sino que el reportero es un portero doble, el portero del portero o un portero eminentemente porteril.

Ocurre además que el Diccionario no aplica a

ustedes taxativamente la definición de esa palabra, que es así: «Dícese del que lleva reportes o noticias.» Y como las noticias o reportes lo mismo que a los periódicos pueden llevarse a los cafés, a las tertulias, a las sacristías y a los locutorios de monjas, cátate que cualquier correveidile o cualquier trotaconventos tiene derecho a la denominación de reportero o reportera.

Mayor y mejor derecho es el que ustedes, los de ese ramo o rama de la profesión periodística, tienen a una denominación categórica y especial que se aparte de aquella otra, harto general, vaga y aun equívoca.

El nombre de «reportadores» no les cuadra, porque ese ya tiene su significación peculiar en los obradores de artes gráficas. ¿Por qué no usar el título de *reportistas?*... Ignoro si se ha empleado ya en la prensa. Celebraría mucho que así fuese, porque ello indicaría que no he incurrido yo en ninguna sandez al formular esta modesta proposición.

Si ustedes se dignasen refrendarla, dejarían perfectamente sentado y determinado que entre el reportero y el reportista existe igual distancia que entre el novelero y el novelista.

Si el «Centro de Reporters judiciales», que suele tener felices iniciativas, se decidiera a dar ejemplo, cambiando el mote a la inglesa por el nombre a la española, podría ostentar entre sus títulos el de «benemérito del habla».

EL ÁRBOL DE NOEL

Así han dado en denominarlo cacógrafos y cacólogos. Sigue haciendo estragos la enfermedad reinante, la *congritis gringoide*, según la definición largada en *El Imparcial* por mi tío, padrino y maestro en el castizo juego del rentoy.

Teníamos por acá, para divertirnos chicos y grandes, alegre y familarmente, los tradicionales «belenes» o «nacimientos», al ser llegadas las Pascuas de Navidad. (Felicísimas las tengan mis lectores.)

Ha venido luego, traducido de usanzas extranjeras, y para dar más variedad a las fiestas de familia, el árbol a que me refiero. También me gusta mucho, aunque ya estoy crecidito. A chicos y grandes les complace en extremo todo aquel aparato de candelillas, dulces, juguetes, etc., con que se adorna el arbolillo o el arbusto de moda, para repartir luego juguetes y golosinas entre la gente menuda.

Mas ¿por qué darle, gabachizando sandiamente,

el apodo de «árbol de Noel», cuando en buen romance se le puede y se le debe llamar «árbol de Navidad»?

De Pirineos abajo, y dondequiera que se hable y se escriba limpiamente en español, no hay más árbol de Noel que un árbol plantado, cuidado o traído a España por el Sr. Noel (don Eugenio), escritor de fama y flamencófobo irreductible.

Como «reclamo» para el Sr. Noel, pase el «árbol de Noel» que nos plantan en tierra de garbanzos, galicursis y galiparlantes. Como sustitutivo el voquible «Noel» de nuestra «Navidad» y nuestra «Nochebuena», no puede pasar más que entre renegados de su casta, su raza y su lengua.

Mil veces preferibles—desde Chipiona hasta Jadraque—son el *Nadal* de los catalanes y el *Gabon* de los vascos. Son voces españolas.

Pero estoy poniéndome tonto «una vez más». ¿Para qué recomendar nada español a los que viciosamente se entregan a la sistemática corrupción del habla de sus padres y de la tierra donde han nacido y han de ser enterrados?

Salvo, y lo digo por eso del entierro, si se fueran a pedescribir y a morirse en China o en la Nueva Zelanda, país antípoda del nuestro. Se darían gusto a sí mismos, se harían justicia a sí propios... y a los que no renegamos de la estirpe y el solar, nos harían un grandísimo favor.

Y ahora, lector amado, ¿quieres festejar conmigo el «Cristhmas»?... Así diz que lo dicen los super-

finos—superiores en esto a los del «Noel»—que desdeñan la Nochebuena, la Navidad, el Nadal y el Gabon, como cosas de gañanes y patanes.

Por algo se agarran al «árbol de Noel» o del «Cristhmas», huyendo de nuestros «nacimientos» y «belenes». Les disgusta ver a la mula y al buey que acompañan al Niño Jesús en el pesebre. ¡No quieren espejos!

«ENTENTE»

Antánt, antánt, antánt...

Parece que se está dando de martillazos sobre un yunque, o repicando algún bendito caldero de esos que, con pretensiones de campana, nos aturden desde lo alto de las iglesias y conventos matritenses.

¡Cuidado que se abusa de esa sonante y resonante palabrilla!

Ya sabemos que el francés es el lenguaje diplomático, y que por ser así, algunos de sus términos han recibido carta de naturaleza (o al menos, patente de uso general) en el habla y los escritos de todas las naciones civilizadas; pero ¿ha de admitirse por eso a cierraojos cualquier vocablo cancilleresco, desdeñando el propio y equivalente que para cada caso posea cada idioma? ¿No hay medio de designar la dichosa «entente» en castellano, de modo que se enteren los lectores que aun no han dado en la manía de llamar al pan, pen, y al vino, ven?...

Leo en un diario muy popular:

«Ha sido acogida en París con legítima satisfacción la *entente* francoalemana acerca de Marruecos. Esta *entente*, cuya iniciativa tomó el gobierno alemán, etc., etc.»

Y pocas líneas más abajo, leo lo siguiente:

«Se confía en que el acuerdo tendrá buena acogida en San Petersburgo, Madrid y Londres.»

¡Hola, seor periodista! ¿Acuerdo dijisteis? De acuerdo estamos y celebro que hayáis tenido el buen acuerdo de acordaros del vocablo español. Pero, pardiez, si sabéis decirlo en buen romance ¿a qué sobar y resobar tanto la «entente» exótica?

A fin de que no se me tache de exclusivista e intransigente a ultranza («à outrance» dicen los que ignoran que poseemos el mismo giro desde el siglo XVI), yo no negaré que de cuando en cuando, y viniendo a pelo. dé cierto saborete al yantar casero tal cual ingrediente de extranjis. Ello es cuestión de oportunidad, de discreción, de buen gusto, o de picardía literaria. «Lo poco agrada y lo mucho enfada», dice mi abuelita.

Y nada más enfadoso que este continuo suplantar voces españolas por terminachos extranjeros a roso y velloso, a trompa y talega. Es prueba patente de indigencia mental, de incultura verbal y de cursilería abollada.

¡ESTRIDENCIAS, NO!

Hay palabrejas que de pronto se ponen de moda—por lo común, las más impropias y más innecesarias—y el «vulgum pecus» da en usarlas tan a roso y velloso, que llegan a empalagar al jamelgo de mejor boca.

Y no se me recuse el símil; porque todo eso es, en efecto, paja del lenguaje.

Tal sucede ahora con las «estridencias». ¡Cuidado que se abusa de ese vocablo! A cada triquitraque, venga o no a cuento, lo sacan a relucir los innumerable parientes que en el gremio de políticos y en el arte de llenar cuartillas tiene Vicente de la Recua, barón de Reata.

De mí sé decir que tengo ya las tales «estridencias» montadas en las narices.

Y no sólo por la monotonía y pesadez de la muletilla, sino porque esa palabra tiene de castellana lo que Prat de la Riba tiene de andaluz.

Sí, señores monos de imitación y señores loritos de repetición; las «estridencias» son puro género

catalán. De lo mejorcito que se fabrica en Tarrasa y Sabadell; pero inservible para el que quiera vestir, digo, hablar y escribir correctamente nuestro idioma.

No sé quién fué el primer catalán o catalanista que nos colocó las «estridencias»; mas si por ello se cobraran derechos de autor, a estas horas sería archimillonario el importador de ese «voquible» tan afortunado como impertinente. Nos lo dan como lanilla, y no es sino jerga.

—Pero—se me replicará—si se dice «estridente», ¿por qué ha de estar mal dicho «estridencia»?

Porque el adjetivo «estridente» tiene estotro sustantivo a quien seguir y obedecer: ESTRIDOR.

Así se dijo siempre, del latín *stridor;* así lo usaron los clásicos, y así ha constado y consta en el léxico oficial.

Sacar la «estridencia» del «estridente» es lo mismo que si de lo caliente, lo ferviente y lo oliente, inventásemos ahora la *calencia*, la *fervencia* y la *olencia* dando al diablo el calor, el fervor y el olor.

¿Está claro?

Y sépase, para instrucción de distraídos y rutinarios, que también don Daniel de Cortázar ha protestado contra (contra, contra, y no *de*, señores malhablados) la intrusa y enfadosa palabreja en el *Boletín* que ha empezado a publicar la Real Academia Española.

Al refrendar mis observaciones con un voto de

tan buena calidad, cúmpleme dar las gracias al señor Cortázar por la alusión preferente con que ha favorecido a este humilde estudiante de súmulas en el artículo *El Purismo* que trae el primer cuaderno de dicho *Boletín.*

ESOS RÓTULOS...

Para los escritores festivos ha sido, en frecuentes ocasiones, fecundo filón esto de los letreros ridículos, absurdos, incongruentes, hiperbólicos, presuntuosos, estrambóticos, cursis, incomprensibles, rimbombantes o chabacanos, que ostentan muchos establecimientos públicos de alta, mediana y baja estofa.

En el negociado de «Un chico del Instituto» sólo entran los letreros en que se falta a la Gramática y aquellos otros que continúan redactados en galiparla, a pesar de los mil y un avisos que se han dado a los tenderos, por lo visto incorregibles.

El crespón sigue anunciándose como «crepé», la felpa como «peluche», la estameña como «étamine», y los colchones de muelles como «sommiers», y hasta como *sommieres* y *somiés*, que todos estos disparates se leen por ahí, a la vuelta de cualquier esquina.

Cuento de nunca acabar sería ir citando las falas de ortografía de que están plagadas las mues-

tras callejeras. En el Ayuntamiento hay quien se halla encargado de este género de «Limpia y fija»; pero como si no. En semejante punto, Madrid pinta tanto como Baticola de Abajo o la Puebla del Ronzal.

Hoy mismo, y en paraje bien céntrico, me he echado a la cara este rótulo: *No se despaha los domingos.*

Más grave, por pertenecer a un establecimiento de importancia, es el letrero que en plena calle de Alcalá reza así: *Artes de floricultura artificial reunidos.*

¿Conque «reunidos»? Sepa el señor florista que eso es faltar a la reunión... El arte en singular es masculino, y en plural (las artes) femenino. Pero, ya se ve, como en francés es siempre masculina esa palabra, así nos lo endilga el apreciable floricultor artificial, obsequiando al transeunte con una concordancia completamente bizkaitarra.

De la misma laya, y más desatinados todavía, son esos sempiternos rótulos de «La moda parisién», «La elegancia parisién», etc., etc. ¿Sobre cuántas veces se habrá advertido que eso es una barbaridad? Sepan los que incurren en ella que es como si anunciaran «La butifarra catalán» o «La bodega andaluz».

«Parisién», vocablo que de ningún modo puede pasar en español, es adjetivo masculino que sienta a un sustantivo femenino lo mismo que a un Santo Cristo un calañés. Ni aun como masculino es tole-

rable en nuestra lengua, porque es palabra estrictamente francesa, y en español se debe decir parisiense, parisiano, parisino, pariseño... De cualquier modo, siempre que no sea ese «parisién» que nos encajan por ahí la ignorancia y la rutina.

¿Pues qué diremos de «La Villa de París», «La Villa de Lyon», «La Villa de Pekín», etc.? Traducir «ville» por «villa» es, además de galicismo escandaloso, inexactitud tan grande y tan cursi como en otra proporción sería anunciar «La Ciudad de Madrid» o «La Ciudad de Bilbao».

Lo mismo que el abuso del «en», tan corriente, moliente e incurable, de los consuetudinarios letreros: «Gran surtido *en* géneros ingleses». «Grandes existencias *en* ropa blanca». ¡Qué horror al *de*, que es la preposición legítima! Así, a lo mejor, se leen grotesqueces tan garrafales como aquella con que se hizo célebre una camisería de la calle de Carretas: «*La mar en calzoncillos*».

Ya sé que todo esto es predicar en desierto, pero... se continuará. Tengo en cartera notas que me parecen aprovechables, al menos para distracción del discreto lector, ya que no sirvan para enmienda de beocios.

LA GALIPARLA TRIUNFANTE

Y triunfante en la forma que más debe dolernos: al amparo del pabellón español y bajo los generosos auspicios de sus más bizarros defensores. Gran pena para esta patria en donde la espada y la pluma se hermanaron siempre con gloriosos lazos.

Al despedirse el general Jordana del ejército de Melilla, para ocupar el alto puesto en que tanto se espera de él, ha dicho en su alocución: «... Os he exigido sacrificios extraordinarios, penalidades de todo género, que son indispensables en la vida de campaña para *entrenar* las tropas y colocarlas a la envidiable altura, etc.»

¡Ea, ya pueden los galiparlantes cantar victoria! Ya tiene sanción oficial el burdo galicismo que va trascrito de cursiva. ¡Y qué sanción! La más satisfactoria, la más apetecible para nuestros invasores; pues también los vocablos extranjeros, al metérsenos violentamente dentro de nuestra habla, son invasores tan dañinos como los que pudieran atropellar nuestro territorio.

¿Ya no sirve adestrar o adiestrar las tropas? ¿Ya no vale ejercitarlas? ¿Tampoco es posible prepararlas activamente? No, señor; «entrenar» ha de ser. Hasta ahora solamente lo decían los deportistas en su revuelta jerga, los que acogen todo terminacho extranjero como si fuera oro molido y algunos caballeros particulares que se meten a escribir como los ciegos pudieran dedicarse a pintar. Mas, ¿quién osará ya rechazar el vocablo intruso, cuando solemne y oficialmente lo usa un español tan español, un caudillo tan ilustrado y tan discreto como el general Jordana, al decir de cuantos tienen el gusto de tratarle?

Nada, no tenemos más remedio que darnos por vencidos; pero... sin capitular. Esta sólo es una retirada en orden como las que dirige el Gran Duque Nicolás de Rusia. Repleguémonos ante el triunfante «entrenar» y ante la autoridad del alto comisario de España en Marruecos. Dios mejorará sus horas, si quiere compadecerse de los moscovitas y de la causa que defiende el aprendiz de cosaco (dígolo por lo moscón) que hoy, ¡nada más que hoy!, canta esta leve y pasajera palinodia.

«FORMATO»

Ya escampa, y llovían galicismos de punta, como chuzos, contra el habla española y contra el buen sentido.

El *formato* (del *format* francés) es el barbarismo de que más recientemente se han prendado los prevaricadores del buen lenguaje, como llamaba Don Quijote al pobre Sancho Panza, que si estropeaba a lo rústico algunas palabras, no lo hacía introduciendo en su abundoso y sabroso romance terminillos sustraídos de mala manera a los idiomas extranjeros.

Formato se ha dado en llamar al tamaño, configuración y hechura exterior de libros, folletos, revistas y publicaciones periódicas de todo género.

Veamos primeramente cómo definen los franceses su *format:* «N. m. (du latin *forma*, forme). Dimensions d'un livre imprimé: *format in-18.* Dimensions en général.»

¿Cómo se ha venido significando eso mismo en

nuestra lengua hasta que ha salido en ella este nuevo tumorcillo?

Entre las diversas acepciones de la palabra *forma* tenemos la siguiente: «Tamaño de un libro en orden a sus dimensiones de largo y ancho, como folio, cuarto, octavo, etc.»

Claro está que la misma acepción se extiende en general a las dimensiones y configuración de cualquier otra publicación impresa en menos páginas de las que constituyen un libro o un libraco.

¿Hacía, pues, alguna falta el *formato* que pretenden encajarnos los galiparlantes? La misma que tantos otros quistes de que está plagado el cuerpo de nuestro idioma.

Pero algunos llaman a esto renovar la lengua. Sí; al modo del que renovase su ropa interior poniéndose las camisetas viejas del vecino. Viejas y sin lavar.

«FLIRTEO»

Una señorita—cuyos pies no beso, porque no los tengo al alcance de mis labios—tiene la bondad de preguntarme si «flirteo» es sinónimo de «coqueteo».

¡Qué ha de ser, señorita! «Flirteo» no es sinónimo de nada en la lengua de Cervantes; porque es un barbarismo que en buen romance no pega... ni con cola de carpintero.

Lo que mi comunicanta (sí, señorita, comunicanta la llamo a usted y sé lo que me escribo) desea saber es la equivalencia que el *flirt* de los ingleses, y claro está que también de las inglesas, tiene en nuestro opulento idioma.

En la sección de locuciones extranjeras que trae el Diccionario de Viada se dice de la *flirtation* británica: «Acción de coquetear y galantear a una persona.» Esta definición es evidentemente defectuosa: porque el «flirt», «flirtage» o «flirtation» que el Diccionario de Larousse interpreta como *manège galant* es una esgrima verbal entre galán y dama,

en que ésta pone el coqueteo y aquél se vale de las mil y una flores que brotan en el jardín del galanteo.

¿Flores he dicho? En pos de ellas viene, como traída por la mano de Adonis en su *flirt* con Venus, la locución que de ningún modo podía faltar en el lenguaje de gentes tan dadas al jugar y al juguetear del amorío—ya se den mayores, ya menores—como las gentes de nuestra tierra española.

Supina necedad, como tantas otras de la misma broza extranjeriza, es la de querer encajarnos el rudo *flirteo*, que nada quiere ni puede significar en español, cuando ya teníamos el suave, gracioso y expresivo *floreo*.

Al «floreo» le aplica el Diccionario de la Academia (edición 13.ª) la tímida definición de «conversación vana y de pasatiempo». Hacia algo más que pasatiempo y vanidad suelen encaminarse los coloquios del floreo; pero mientras no se llegue al *fruteo* (perdóneseme este juego de locuciones) que los adolescentes como «Un chico del Instituto» no están lícitamente en el caso de explicar, cosa de vanidad coquetil y galante pasatiempo es el *floreo*, que harto se cultivó en España antes de que nos endilgaran su *flirteo* galancetes descastados y damiselas cursis.

Si la señorita que me favorece con su consulta tiene el buen gusto de leer a Cervantes, hallará el siguiente parrafillo en *El casamiento engañoso:* «Finalmente, nuestra plática *se pasó en flores* cua-

tro días que continué en visitalla, sin que llegase a coger el fruto que deseaba».

A los muchachos se nos alcanza poco de estos lances; pero me parece que en ese parrafillo de Cervantes está la más elegante y significativa definición del *floreo* a la española.

¿Quién ignora, por añadidura, como no sea algún cacógrafo y galicursi, lo que en nuestra habla antigua y moderna quiere decir «pasar el tiempo en flores»?

Por muy aprovechadas tendré para la señorita de quien tomo pie (¿qué más quisiera yo sino tomarlo de veras?) para el presente «Limpia y fija» todas cuantas flores traiga consigo el presente abril; pero vaya con ellas un consejo que me atrevo a darla dentro de las cortas entendederas que tiene mi poca edad.

Renuncie «por siempre jamás, amén» a usar el ridículo y exótico voquible *flirteo*. Huya asimismo ¡en todo lo posible! de nuestro *floreo* indígena; porque si la palabra es muy linda y muy gentil, la cosa está repleta de peligros. Si por las vísperas se conocen los santos, también diz que tienen las suyas los demonios.

En cuaresma, como estamos, no es ociosa esta cristiana amonestación. El floreo no es de recibo... hasta el Sábado de Gloria, o como dijo el cura de Cieza en su celebérrimo sermón, hasta que tocan a pecar.

«CHARME»

La misma comunicanta se digna preguntarme con qué se come eso de *charme* que encuentra un día sí y otro no en determinadas revistas de sociedad. Se come con lo que se quiera; porque es una salsa francesa que sabe a todos los gustos y sirve para todos los guisos.

Recuerdo que el tal *charme* sacaba de sus casillas a mi profesor en este Instituto del Cardenal Cisneros D. Fernando Araujo (que en paz descanse). Varias veces vapuleó de lo lindo en *La España Moderna* a los contumaces manoseadores de dicho voquible. Fué como predicar en desierto y machacar en hierro frío No tengo la petulante esperanza de ser más afortunado; pero, en fin, por complacer a mi amable preguntona, allá van equivalencias a porrillo, a granel, a manta de Dios, sin necesidad de pedir prestado el *charme* francés, para lisonjear a damas y galanes, señoras mayores y personajes provectos.

El agrado de su trato... El atractivo de su carác-

ter... La gracia de su persona... El encanto de su conversación... El hechizo de su porte... La amenidad, la agudeza, el gracejo de sus coloquios... Su natural donaire... Su refinada donosura... Y más familiarmente, el ángel de Fulanito y el gancho de Zutanilla; al cual gancho llamaban nuestros abuelos garabato (como se puede ver en D. Ramón de la Cruz, Jovellanos, Moratín, Vargas Ponce y tantos más) para significar, con sal, salero y sandunga, el aire, garbo, gallardía y gentileza con que embelesaban y cautivaban a los hijos de Adán las requeteguapas hijas de España, ya fuesen duquesas, ya majas de rumbo.

Agrado, atractivo, gracia, encanto, hechizo, amenidad, agudeza, gracejo, donaire, donosura, sal, salero, sandunga, aire, garbo, gallardía, gentileza, embeleso, gancho y garabato.

Veinte palabras justas—las primeras que en jovial tropel han venido a iluminar el presente apunte—hallo en nuestra pobrecita lengua para variar, mudar y remudar la expresión, según el caso y la persona, dando vida multiforme y multicolor a lo que franceses y galiparlantes encierran dentro del único y socorrido vocablo *charme*, con que remedian unos y otros la indigencia de su léxico y su discurso.

Me replicarán—¡como si se les oyera!—que su adorado y manoseado *charme* vale, él solito, por las precitadas palabras castellanas todas juntas, y me limito a decir castellanas, pues si sacásemos a

relucir las andaluzas, aragonesas, valencianas, catalanas y gallegas, ¿adónde iríamos a parar?

Harina de otro costal es la justificación de la réplica que supongo y propongo. Justifíquela quien pueda, y si me convence, cantaré la palinodia en lo filológico como la han cantado en lo religioso el Padre Ferrándiz, la hija del capitán Sánchez y el ex diputado Sr. Talavera.

Espero que «Una hija del pueblo de Madrid» (bastaba con llamarse honradamente madrileña), a falta de otros favores que por mis pocos años no puedo solicitar de su afabilidad femenina, me hará la merced de confesar que este «Chico del Instituto» es un chico de algún despejo y de un poquitín de chispa.

Mas ¿qué acabo de decir? ¡Chispa, despejo, afabilidad! ¡Otras tres equivalencias del único y resobado vocablo de extranjis!... Voy a acabar por ser un potentado del idioma.

Nom d'un chien! Voilà que, nouveau Narcisse, je suis épris, moi-même, de mon CHARME *à moi!*

HOLGÁRAME YO...

Las huelgas, con todo lo que acarrean—más de malo que de bueno—están, como suele decirse, sobre el tapete... No siempre han de triunfar en él, sin otra competición, las barajas francesas y españolas.

Las huelgas han prendido en esta tierra con un arraigo que para el trabajo honesto y constante, para la sana y tenaz acción, quisiéramos don Patricio Buenafé y el ingenuo adolescente que esto escribe.

No podía menos de ser así en donde el reposo, la quietud, el descanso, el sosiego y la siesta constituyen el sumo ideal de Juan Español; en donde el verbo «holgar» tiene tan copiosas y variadas derivaciones; en donde, en fin, hasta un santo monasterio burgalés se ufana con el profano nombre de «las Huelgas», por haber sido antes un sitio realengo de solaz y diversión.

Antes, muchísimo antes de que surgiesen las modernas huelgas, habíamos tenido en nuestra ha-

bla la *holgura*, que a muy pocos es dado alcanzar honradamente; la *holganza*, suprema aspiración del indígena, sea forzosamente laborioso, sea perezoso de por sí; el *holgorio*, a que todos somos tan propensos, y Dios nos conserve el buen humor dentro de nuestra pobreza; y, por último, la *holgazanería*, cifra y compendio, eminentemente nacional, de todo lo anterior.

Antes, muchísimo antes de que aparecieran por estas latitudes los huelguistas y de que vinieran los «juerguistas» a corrompernos las oraciones y el lenguaje, habíamos tenido el *holgado* (sea el traje, sean los zapatos, sea el sujeto de situación desahogada); el *holgachón*, amigo de pasarlo bien y trabajar poco; el *holgón*, que renuncia a todo trabajo; y en definitiva, el *holgazán*, que realiza el españolísimo milagro de trocar en oficio, y de los más saneados, un vicio que la ética reputa como el más pernicioso, por ser padre de todos los demás.

«Holgárame yo...» Hasta para significar que uno se alegraría con tal o cual cosa, se usa en buen romance el verbo «holgar».

Es de los más castizos que tenemos, aunque por «folgar» en demasía en la ribera del Tajo, según la leyenda, perdió su imperio hispánico el consabido monarca visigodo.

Como Don Rodrigo sucumbió valerosamente, no podemos decir que fué un «viva la Virgen»; pero su lema, antes de tener que luchar por su trono y por España, había sido el de «¡viva la huelga!»

Este grito se tiene hoy por muy moderno, y hasta por eminentemente modernista. Doce siglos de fecha cuenta entre nosotros. Por esto, sin duda, como por mil vicisitudes más, se dice que estamos en todo tan atrasados.

¡Diga usted que no, vecina! La huelga, amén de sus derivados, será todo lo peligrosa que se quiera; pero que es esencialmente española no se puede dudar, después de lo que se deja dicho.

Y más que se diría, si no lo impidieran «fuerza mayor» y el temor natural a que alguien me corte el *huelgo*, como todavía llaman al resuello algunos que trabajan más que huelgan, y antes se complacen en laborar y en sufrir que en holgazanear de tal o cual manera: a la del rico ocioso, a la del pobre indolente, a la del «chupóptero» oficial y a la del muñidor de trastornos públicos.

«CHANTAGE»

«Chantage», «chantage» y más «chantage». ¡Cuidado que se repite esta inmunda palabreja gálica a trompa y talega, como si no se pudiera decir lo mismo en nuestro idioma! Inmunda la llamo, por el vil significado que tiene.

«¿Es posible (se me pregunta) que ese vocablo no tenga correspondencia en español? Honrados somos, por regla general, y esta no es tierra abonada para los *chantagistes* a la francesa; pero donde la bribia, el hampa y la gallofa «en todas sus manifestaciones» siempre cursaron asignaturas pícaras que ahora se nos endilgan en gabacho, desearíamos saber cuatro estudiantes si el *chantage* ha tenido y sigue teniendo alguna equivalencia lingüística en esta tierra donde no suelen medrar esos frutos ponzoñosos, pero también se dan de cuando en cuando.»

Alguna, en efecto, debe de haber; porque la picardía infame de los llamados *maîtres chanteurs* no

es patrimonio exclusivo de franceses ni de otros extranjeros corrompidos.

El *chantage*, que es en su origen un eufemismo, se llama en honrado y enérgico español *la forzosa*.

Estudien los cuatro estudiantes de esa consulta las diversas aplicaciones y derivaciones de ese sustantivo femenino, y se convencerán de que este desaprovechado condiscípulo suyo no está diciendo ninguna tontería.

El francés «*faire chanter*» a Don Fulano es el español «*hacerle la forzosa*» a Don Mengano. Así lo hubiera dicho Monipodio, si el padre del hampa sevillana hubiera conocido y practicado esa treta criminal, que en todo el mundo moderno lleva un nombre francés; y a fe que semejante dominio no es el que más honra a la patria del pulquérrimo Racine y del grandilocuente Bossuet.

Dice Mr. Durand: «*C'est un gredin qui veut me faire un chantage*».

Y dice el amigo Gutiérrez: «Es un tunante que quiere hacerme la forzosa».

Esto es menos elegante que el francés, porque no se trata de cantos ni de *faire chanter* a nadie; pero es más claro y más significativo, pues se expone la fuerza que por malos medios hace un bribón a cualquier sujeto que tuvo en la vida corriente algún descuido social o individual.

El Diccionario de la Academia no trae la acepción que señalo. ¡Es tan difícil estar en todos los toques viejos y nuevos de la lengua sin par que ha-

blamos y escribimos, sin llegar nunca a poseerla y gozarla!... Espero, con todo, que me saldré con la mía (que es también la de Cervantes y Quevedo) cuando los periodistas y periodiqueros se enteren de que «la forzosa» es el «chantage» y escriban algo por este estilo:

«*Denuncia.*—La ha presentado ante el Juzgado de Buenavista D. Pedro Pérez de los Andurriales por la forzosa que le querían hacer Juan Guiñapo y Diego Piltrafa, exigiéndole cierta cantidad por decir que le habían visto en compañía de personas poco convenientes para la tranquilidad conyugal del susodicho D. Pedro, tan conocido y respetado en todo el vecindario matritense.»

¿Cuándo se escribirá así? Probablemente cuando nos conquiste algún extranjero y sólo por llevarle la contraria; nunca por amor a lo nuestro... que aquí está y nadie lo cultiva, ni siquiera lo conoce, lo ama y lo respeta.

LA GUERRA DE «USURA»

La guerre d'usure, dicen y escriben los franceses, para lo cual tienen perfecto y absoluto derecho. Es lo que hacen, y hasta ahora, al parecer, no les va mal con ello, dentro de los horrores que toda guerra trae consigo.

Pero es el caso que aquí en España, en cuyo idioma nacional hay vocablos y expresiones para todo, los galicursis—unos por desidia, otros por ignorancia—comentan, traen y llevan a cada triquitraque la consabida guerra «de usura». Los más discretos y avisados se limitan a poner esta ramplona secuela: «Como dicen los franceses».

Bueno; pero, ¿no saben o no gustan de traducirlo al limpio y expresivo romance que tenemos el honor de hablar? Alguna que otra versión he visto. Ninguna exacta. La guerra «de usura» (como dicen los franceses, y lo repite aquí Vicente de la Recua, barón de Reata) es guerra muy vieja y muy española en un país donde hay y donde medran tantos usureros; pero..

Pero lo que en el Norte de Francia hacen los generales Joffre y French a la francesa y a la inglesa, se debe llamar a la española *guerra de desgaste.*

Es la misma que los politicastros hacen a España dentro de su propia tierra.

EL HANGAR

Ahí tienen ustedes otro intruso gabacho ¡que ni José Bonaparte!

Dejo de poner ese nuevo quiste del idioma entre comillas, por no ser menos que algunos redactores de noticias deportivas o de «pies» para los dibujos y fotograbados.

Hay quien tiene la bondad—por el bien parecer ante los bien hablados—de colocarnos el *hangar* así, con letra bastardilla, como para hacernos saber que ya sabe el que eso no es cosa de casa; pero lo más frecuente ¡ay! en los periódicos distraídos o descuidados es encontrarnos el «hangar» francés impreso a lo corriente, igual que si fuese tan indígena y de tan castizo abolengo como nuestras angarillas.

Quizá, quizá sean parientes, dado que el latín *angaria* implica cosa de armazón y de acarreo... Mas no nos metamos en tiquismiquis lingüísticos. Los que nos han entremetido el impertinente «han-

gar» en los reportes de los deportes (¿qué tal me ha salido ese giro?) hanlo hecho así porque se figuran, sin duda, que es nombre técnico, especial, privativo, de las construcciones destinadas a guardar los aparatos voladores, desde el ligero aeroplano hasta el enorme «dirigible».

Y no hay de qué, señores, no hay de qué. «Hangar» se dice en francés de todo cobertizo, así se dedique en una granja a los aperos de labranza, o en una estación de ferrocarril a cualquier clase de mercancías, o a las *ballenas de los aires* (y ustedes dispensen la figura) en un parque militar de aerostación.

¿Que no les gusta a ustedes la palabra «cobertizo», por su humilde estructura, por su rústica apariencia, para aplicada al resguardo de chismes tan pomposos e importantes como los novísimos artefactos de volar... y de romperse la crisma?

Pues ahí tienen ustedes—a elegir, como en todo ocurre—el *tinglado,* que significa lo mismo y suena mejor hasta en las cumbres de los Andes.

Y hasta en Barcelona también. A lo mejor vienen las buenas enseñanzas de donde menos las espera uno.

Un periódico barcelonés escribía, no muchos días ha: «Dentro de los tinglados del muelle de la Paz se colocaron...»

El Genio del Habla se lo pague a quien tal puso. En Madrid hay muchos que habrían escrito: «Dentro de los *hangares* de Guadalajara...»

Pero ya se ve: como decir «cobertizo» o escribir «tinglado» es tan ordinario, tan vulgar...

Peor que ser vulgar y ordinario es ser cursi, y por añadidura galicursi.

LA IDOLA

Así, *la ídola,* se ha dado en llamar a una danzarina muy sandunguera y cantadora, o lo que fuere, muy gitana, cuyos pies no beso, porque de un pobre chiquillo como yo no se dejará besar nada fácilmente. Además, está casada con un célebre torero, y yo no tengo ganas de morir con dos pinchazos en hueso y de media atravesada. ¡Las mulillas para los «primos» en puntas!

Me parece muy bien, de perlas y aun de brillantes, esa innovación en nuestro atrasado idioma. Felicito de todas veras a los escritores que han implantado la *ídola* en las columnas de la prensa y en el habla de las gentes «bien».

¡Bien, muy bien! ¿Había por ahí quien tachase al pobre «Chico del Instituto» de conservador, de reaccionario, de regresivo, de retardatario, de retrógrado, y otros horrores semejantes? Pues si alguien lo ha dicho y si insiste en decirlo, téngase por un vil calumniador. Yo soy más revolucionario que Pucheta y más radical que el Carbonerín.

Eso de la *ídola* me parece de tan sana renovación y tan elegante regeneración en el lenguaje, que juro no decir en adelante «la reo» ni «la testigo». ¡Abajo esa ranciedad común de dos! Hay que decir la *rea* y la *testiga*, para que la *ídola* vaya bien acompañada.

Y cuando yo deje estos estudios de la segunda enseñanza, para tomar la alternativa de estoqueador en las tablas (hablo de las teatrales), me apresuraré a escribir, si no me plagian antes la proposición otros «fusileros» de la Prensa:

«Loreto Prado es la *fenómena* del teatro por su gracejo y su resistencia sin rival.»

«Margarita Xirgu es la *monstrua* del verismo escénico.»

«La Chelito es la *símbola* del desparpajo a telón descorrido y pierna alzada.»

¡La ídola, la rea, la testiga, la fenómena, la monstrua, la símbola!... Admiremos la flexibilidad y elasticidad de este idioma sin segundo que nos deja hacer con sus palabras lo que un jugador de manos hace con un limón: sacar de él dos alpargatas y una lata de sardinas.

«IRROMPIBLE», NO «INROMPIBLE»

Cuatro palabras solamente, por vía de apostilla, a la contestación con que me favorece don Eduardo Marquina.

Yo no tengo para qué ponerme de acuerdo con la Academia. La Academia es la que tiene que entenderse y concertarse consigo misma, por haber dejado correr ese «inremunerado» subversivo, aunque sea colocándolo entre las voces anticuadas y fuera de la circulación. Esa golondrina (o más bien golondrino) no puede hacer verano.

Por lo que toca al uso, claro está que hay usos buenos y usos malos. Y contra un uso erróneo e incipiente—que en tal caso ya no es uso, sino abuso—debe apresurarse a alzar su veto el uso constante, legal y general. Hay que distinguir asimismo entre el uso vicioso, descuidado o familiar en el lenguaje hablado y la obligada corrección en el lenguaje escrito. Casi todos decimos «estao, entrao, cantao, bailao, etc., etc.»; pero nos guardamos muy

bien de escribir en semejante forma esos participios.

Si el decir «inrompible» es cosa usual, yo no la he oído más que en labios de ciertos vendedores de la Puerta del Sol, entre los cuales también es uso persistente decir «haiga, diferiencia, aztor, ivierno», «ayer merendemos en la Bombi» y pregonar «la guía de los *ferroscarriles* a dos *rales*».

Pero ¿a qué insistir? El mismo señor Marquina declara—y a tal declaración ya me adelanté haciéndole justicia—que él escribió «irrompible», y no «inrompible». Pues entonces...

Y como veo, con mucha complacencia, que en todos los carteles y anuncios del Teatro del Príncipe Alfonso se imprime *La muñeca irrompible,* nada me queda que añadir, si no es dar gracias a *El País* por la buena nota que le he merecido. ¡Así las quisiera en junio!...

«LUPA»

Don L. M. se sirve hacer la presente consulta: «¿Está bien usada la palabra *lupa* para designar la lente biconvexa que aumenta la vista de los objetos? El Diccionario de la Academia no la trae; pero es de uso general. Este uso ¿es lícito o es disparatado?»

Es un abuso más de la galiparla.

Loupe llaman los franceses (del latín «lupia») a lo que en español llamamos lobanillo, y también lupia, conservando fielmente el vocablo de la antigüedad romana. En sentido traslaticio, se dió el mismo nombre al utensilio de que se trata, por su configuración y acaso también por ser cosa de abultamiento.

De suerte que ningún pecado se habría cometido contra el genio del idioma si se hubiera llamado lupia en español a la consabida lente. El mismo derecho hay aquende y allende el Pirineo para estas familiares y expresivas traslaciones de los significados.

Llamar *lupa* a la *loupe*, sobre ser un galicismo de los más serviles, es un agravio manifiesto a las reglas etimológicas... y un agravio también a la lente biconvexa; porque la pobre, aunque a veces no se haga de ella un uso absolutamente honesto, es tan honrada y limpia de por sí como la luz que la atraviesa.

La lupa (del latín *lupa*, *lupœ*, la loba) no es ni puede ser en nuestro romance más que la hembra del lobo, y en otro sentido, *la huéspeda del lupanar*.

Tales son los podridos frutos de la galiparla, mezcla de ignorancia y cursilería. Además de desfigurar el lenguaje, pone un mote vil y vergonzoso a uno de los más inocentes y útiles instrumentos con que el hombre suple la deficiencia o mejora la potencia de su vista.

LAS DOS NEGACIONES

Algunas veces me entran ganas de achicarme más de lo que indica mi firma y cambiarla por la de «Un niño de la Escuela». Se me hacen preguntas y consultas (yo no escribo, aunque me aspen, *se me hace* preguntas y consultas) que ya debería tener contestadas y evacuadas desde la niñez todo el que ha aprendido las primeras letras.

Pero entre los desaprensivos que tratan el idioma como las fregonas el estropajo y los escrupulosos que lo juzgan cosa de mírame y no me toques, las nociones más claras y elementales se tornan confusas y más obscuras que boca de lobo.

Muchos de estos escrupulosos son como la famosa limpia de Burguillos, que lavaba los huevos al freirlos, y escupía después en la sartén. Toman muy al pie de la letra cualquier precepto gramatical—por ejemplo, el de que dos negaciones juntas afirman—y luego nos sueltan una «banalidad» que saca de quicio a la Puerta Otomana y a la Puerta del Sol.

No digo esto último por «Un Thebussianista»

(así se firma), pues parece persona discreta y de natural esmero en su lenguaje; mas sí apunto lo anterior a propósito de esta consulta con que aquel señor me favorece, en lugar de dirigirse, como era lo más indicado y justo, a su maestro el Doctor Thebussen: «¿No está mal dicho *no asistió persona ninguna?* Yo creo ha de ser *persona alguna...*» Mi comunicante suprime el *que* entre «creo» y «ha de ser», por prurito de corrección. Yo le juro, por las barbas de Cervantes y las antiparras de Quevedo, que no hay ningún motivo—¡ya solté mi dictamen!—para evitar, como si fuese el diablo, aquella lícita copulación entre dos verbos.

Lo propio se debe opinar acerca de las dos negaciones juntas en una frase. Sobre este punto, que no importa nada—¡ya he vuelto a soltar el chucho!—han escrito recientemente cosas muy sabrosas e instructivas, y omito autoridades anteriores, así don Julio Cejador, en diversos lugares, como don Francisco Rodríguez Marín en sus notas críticas del *Quijote* (edición de *La Lectura* Ambos han probado de sobra y resobra que la repetición de negativos o de afirmativos es de fuerza muy castiza y expresiva en nuestra flexible cuanto enérgica lengua. ¡No que no! ¡Sí que sí!

Y al contrario. El afán de atenerse literalmente al susodicho precepto gramatical, muy bueno para el tiempo y el habla de Quintiliano, hace el estilo desmayado, flojo, soso, ñoño, casi tonto y medio bobo.

Todo es cuestión de tecleo, y de algo que en seguida se dirá. Me guardaré de escribir «no asistió persona ninguna», porque suena mejor «no asistió persona alguna»; pero, como ya se habrá notado más arriba, no tengo ningún inconveniente en declarar que ningún resentimiento he de tener con quien no quiera dar apoyo alguno a mi opinión.

En el parrafillo precedente (bendita y alabada sea el habla que lo parió) quedan claramente puestas las tres formas. ¡A elegir y a cala! como los melones. ¡A elegir y a prueba! como el requesón.

Todo es cuestión de tecleo... y de gusto, señor «Thebussianista». Sin el gusto, *nulla est redemptio* en estas materias que tratamos con nuestra pluma pecadora.

Digan lo que quieran los favorecidos por Apolo Délfico y Palas Atenea con la ciencia infusa, es imposible escribir con propiedad y corrección sin conocer la gramática, aun cuando no se la domine como la recia Alemania domina hogaño a las desventuradas Bélgica y Servia (¡escarmienten en cabeza ajena los pequeños!); pero, amigo, sin el don del gusto, exquisito don de los dioses, el mismísimo Antonio de Nebrija enviaría todo su saber gramatical adonde dice el desenfadado vulgo que se fué el Padre Padilla, traductor a su modo del *Quò vadis*.

¿Nada tengo que agregar a lo antedicho? No, señores; no tengo nada que añadir.

LOS PRIMATES

Nada, que no hay ya poder humano que libre de ese denigrante remoquete a los personajes de mayor cuenta en los partidos políticos.

Como ellos, por lo común, son gente de muy escasa instrucción general, han aceptado el apodo tan satisfechos y ufanos; porque su raíz y su desinencia — el sonsonete más bien — les suscitan la idea de «primacía» y de «magnates».

A esta sugestión—meramente de oído, y de oído ineducado – debió de obedecer el primer periodista o parlanchín del Salón de Conferencias que denominó «primates» a los priostes de quita y pon que manejan las cofradías políticas.

En castellano claro y limpio, los que tienen alguna primacía son *primados*. No sólo al arzobispo de Toledo corresponde esta denominación.

¡No está mala primacía la de los primates!... Es lisa y llanamente la que un orangután tiene respecto de un perro de presa o un chimpancé respecto de un jumento.

«Primates» (que sólo se usa en plural por quienes debidamente emplean este vocablo zoológico) es el nombre masculino de un orden de mamíferos que comprende los designados vulgarmente con el nombre de monos, y en el cual no falta quien incluya al hombre. Los «primates», como en cualquier manualete se puede leer, se dividen en catarrinos (monos del Antiguo Continente) y platirrinos (monos del Nuevo Mundo).

De modo que ya lo saben el orondo Don Fulano y el inflado Don Mengano. Cuando en los periódicos se les da el mote de «primates», no se hace más que equipararles con los cuadrumanos que empiezan en el gorila y acaban en el tití.

Y ya lo saben también los que siguen a los tales «primates». Respecto de ellos no son más que unos mamíferos inferiores: lo que es un humilde borrego al lado de un travieso papión.

Siento mucho quitar ilusiones a ningún hijo de vecino ni padre o padrastro de la patria; pero yo no tengo la culpa de que la jerga política esté reñida con el buen romance y con el conocimiento de la Historia Natural.

¡LÓGICA, GALICURSIS!

Esta vez no me dirijo a todos en general, sino únicamente a los que nos obsequian en periódicos y en libros (por lo común traducciones malas) con cada Themis, Thespis, Thais y thé, que es un encantho y un conthentho.

Ese «thé», en particular, es verdaderamente exquisito.

Pero es lo que pregunto yo a sus señorías: si tanto les gusta escribir «thé», como han dado en poner nuestros más selectos horteras en anuncios y letreros, ¿por qué escriben «tetera», y no «thetera»?

Los franceses son lógicos. Si escriben «thé», escriben también «théière».

¿De dónde provienen aquellas inoportunas haches? Que no me vengan sus señorías con lilailas de etimologías u ortografías griegas y latinas; porque los más están de latín y griego a la altura del Enagüitas o de la Chelito.

Lo hacen sus señorías porque así lo ven en las

gálicas letras de molde. Y luego les siguen otros, que ni aun leer en francés saben, porque así ven que lo hacen el amigo López Hangar, el compañero Pérez Entrefilet y el compadre García Ordubres.—A tales galicursis de segunda mano ¿cómo les llamaremos? ¡Galicursilones!

Todos ellos, señores de mi mayor respeto personal y de mi menor consideración gramatical, pueden seguir escribiendo como se les antoje, y como lo harán de seguro. Ni les han de aplicar por eso la ley de Imprenta o la de Jurisdicciones, ni han de «entrar por derecho» en el «terreno de la verdad», porque así lo pida un pobre alumno de segunda enseñanza.

Lo único que les pide el alumno es lógica. ¡Lógica, galicursis! Si sus señorías invocan para colocarnos sus Themis, Thespis, Thebas y Thais (el thé no es griego ni latino, que se sepa), ciertas grecolatinerías y armas al hombro, a lo Don Hermógenes y del todo impertinentes en la escritura española, escriban también sin rebozo y sin empacho: Atheneo y theatro, thermómetro y theología, thaumaturgo y thuriferario, Thalía y Theseo, Athanasio y Theodoro, Thomás y Theresa, atheo y arithmética, pósthumo y pathético, thesis y thema, apotheosis y mytho, therapéutica y pathología, rethórica, éthica y esthética, thórax y éther, sin olvidarse de Thyrso de Molina, Thyrso Escudero y Thyrso Rodrigáñez, que quedarán en extremo agradecidos.

Y puestos ya a dar el salto atrás, que sea por completo, y no nos dejen sin gozar el phonógrapho y el teléphono, Phebo y Phedra, la typographía y el typhus, la gamma y la summa, el telegramma y la grammatica, el chromo, la chrónica y el Christo... Ya el «Chico» que estas indicaciones se permite, hubo de disfrutar ¡y en un libro de texto! de una Sapho y un Phidias, que le dejaron patidiphuso.

Tendría mucho chiste que ahora, cuando en Francia precisamente—según me dicen mis profesores—se quiere instaurar la escritura fonética y echar abajo las que ellos llaman supersticiones de la escritura tradicional, saliéramos recogiendo en España los desechos, desperdicios y caspicias del vecino.

A todo se puede llegar en un país que, teniendo la neta, clara y sobria *suscrición*, la ha sustituído con la pedantesca, ridícula e inflada *subscripción*.

LOS BAJOS FONDOS

Durante una larga tanda de años se llevaron «las últimas capas sociales». A esta figura, que parece de sastrería y está tomada de la estratificación geológica, ha reemplazado—venciéndola en toda la línea—otro lugar común que se prodiga en discursos y periódicos a trompa y talega.

«Los bajos fondos de la sociedad...» «Los bajos fondos de la política...» «Los bajos fondos del hampa artística...» Estos bajos fondos están ahora muy en alza, al revés de lo que antes acontecía, porque antes no se hablaba de otros fondos bajos que de los fondos públicos cuando estaban en baja.

«¿De dónde (me pregunta un amable comunicante) han salido estos «bajos fondos» que tanto gusto dan ahora?» Por complacer a su merced, y no por corregir a nadie, pues sería empeño inútil, dedico la presente nota a la tal frasecilla, que parece de hondo significado, y no es sino una tontería

de marca mayor, como casi todos los terminachos que nos vienen de extranjis.

La palabra «fondo», en singular y en plural, tiene diversas acepciones en castellano. Alguna, como «el fondo de la cuestión», que es perfectamente castiza, fué tachada de galicismo inadmisible nada menos que por Capmany y Baralt. ¡Figúrense ustedes lo que aquellos escrupulosos hablistas dirían de los «bajos fondos»!

Entre dichas acepciones, según las define puntualmente el léxico de la Academia, a ninguna clase de fondos—como no sea a los precitados fondos públicos—corresponde en puridad el adjetivo de bajos. Es albarda sobre albarda; porque el fondo del mar, el fondo de un río, los fondos de un bajel y los fondos de las alcantarillas claro está que son y se hallan naturalmente bajos de suyo.

Si el símil proviene, como parece provenir, de la extrema profundidad que alcanzan los mares, también es impropio el adjetivo. De haber bajos fondos en el Océano, ¿dónde están los altos fondos? Lo más que se puede decir, y eso en incorrecto español, es «los grandes fondos submarinos».

Los «bajos fondos» de que en sentido figurado tanto se usa y abusa en la algarabía corriente son traducción servil de ciertos *bas-fonds* que han puesto en boga muchos escritores y oradores franceses para significar... precisamente todo lo contrario de lo que significa esa frase en francés.

Y ¡aquí te quiero, escopeta! La perdigonada va a

dar en la pieza por encima de los mismísimos Pirineos. Se la brindo a *El hombre de los bosques*, sumo juez en deportes de esta clase.

Bas-fonds en buen francés (lo mismo en plural que en singular) son aquellos sitios del mar, de un río, etc., en que el agua es poco profunda. ¡Lo contrario, vuelvo a decir, precisamente todo lo contrario de lo que se quería demostrar!

El vocablo francés tiene en español la equivalencia de *bajo*, y para mayor riqueza la de *bajío*. «Bajo», según la Academia y según el Habla de quien vive la Academia, es «en los mares, ríos y lagos navegables, elevación del fondo que impide flotar a las embarcaciones».

De suerte—¡mala suerte de los idiomas!—que tanto en castellano como en francés los susodichos «bajos fondos» son sendos desatinos de los que pudiendo y debiendo hablar bien se obstinan en hablar mal y escribir peor.

¡Qué «bajos fondos», ni qué berenjenas, ni qué niño muerto, ni qué tomar el rábano por las hojas!... De sobra sé que nadie será servido de atenderme, como me ha sucedido con mis ciento cincuenta y tantas advertencias anteriores; pero conste que en nuestro romance, el más copioso y expresivo entre todos sus hermanos, primos, entenados y parientes de toda laya, esto es lo que se dice con típica y decisiva mezcla de brío y de desdén: «La hez de la ralea literaria...» «La hez de la política...» «La hez de la sociedad...»

Sí, por Dios. Prefiero la «hez» en la lengua de Cervantes, Santa Teresa de Jesús y el hereje Juan de Valdés, a los «bajos fondos» en galicursi y en galimatías. ¡Qué ordinario y qué «retrógrado» es uno, mi querido Galicóngriez!

EL LATINISMO EN PUNTAS

¡Albrícias, maese *Sobaquillo!* La literatura taurina está de mil norabuenas. ¿Sabe usted quién ha resucitado en sus extensos y luminosos dominios? Aquel antiguo tocayo de Paco Frascuelo denominado *el Brucense*, hombre divino, según Menéndez y Pelayo, en materia de humanidades.

En su sección taurina ha publicado un popular diario de la noche lo siguiente:

«En Salamanca se han constituído en empresarios varios admiradores del buen torero Rodolfo Gaona, y como complemento de las fiestas taurinas de feria de aquella capital, darán una corrida en la que el mejicano será único espada, habiéndoselas con seis buenos mozos de don José Manuel García, poseedor de reses que antes fueron de Arribas.

»De sobresaliente *fungirá* el también torero mejicano Samuel Solís, y la corrida en cuestión se dará el 14 de septiembre.»

Ese «fungirá» en una vulgarísima noticia de

toros me ha conmovido gratamente, aun cuando, de buenas a primeras, no haya alcanzado a comprenderlo con toda claridad.

Dentro de mis cortos estudios como alumno de segunda enseñanza, sé que hay bienes «fungibles». Siendo éstos los que se consumen por el uso, también puede haber toreros «fungibles»; pero ¿toreros «fungientes»?...

Como el Diccionario de la Academia no «funge» en el presente caso, he apelado a mi viejo vocabulario latino (*Valbuena reformado*, París, 1853), y, en efecto, allí he topado con el verbo «fungor, fungeris, functus, fungi», cuya principal acepción es la de hacer, cumplir, ejercitar.—De ahí «functio, functionis» y por consiguiente, funcionar.

Por si estos informes no bastaran, el señor don Melchor Cantín, que es el Antonio de Nebrija de *El Imparcial*, me asegura, con no recuerdo cuál texto de Cicerón, que «fungi» es «funcionar con autoridad»; por donde sacamos en claro que el consabido diestro mejicano Samuel Solís toreará en Salamanca con más fueros que el propio Gaona, porque funcionará, digo, fungirá en competencia con el mismísimo señor presidente.

¡Vea usted, maese *Sobaquillo*, dónde diablos va a refugiarse el latinismo en estas infandas calendas de estólida ínsipiencia y estulticia ignara!... En una simple noticia de toros.

Día glorioso para las letras y las astas será aquel en que un revistero «funja», describiendo así la

muerte de un toro de Veragua por el «recién astro» Florentino Ballesteros:

«El estrenuo tauricida saldubense occidió al cornupeta del cornícola columbino de dos ictos de gladio, el primígeno infrainciso, y el finiente, máximo y óptimo, en la misma cúspide dorsal de la inmolada bestia. Hasta la sede superna de los númenes inmortales debió de ascender el tonitruante y unifórvido clamor del jocundo pópulo que circunfería el tauríbulo mantuano carpetano, sacriformando al vernal gladiador de la insecundada Cesaraugusta como ingente y exupérico luminar de la Hesperia cornifungiente.»

LATINES IMPERTINENTES

Con motivo de la hermosa fiesta gimnástica que se dió el domingo de Ramos, dice un revistero deportivo que en Madrid hace falta un verdadero «stadium» y que debe construirlo el Ayuntamiento.

Conformes. Constrúyalo quien deba, pueda y quiera; pero que se le dé su justo nombre en buen romance, que para eso es lengua mayor de edad y gloriosamente emancipada del latín.

¡Qué «stadium» ni qué «puer mortuus»!... *Estadio* se dice en español, y es voz tan usual, que hasta en sentido figurado tenemos el «estadio de la prensa», el «estadio parlamentario», y otros igualmente divertidos. Esto lo saben hasta los niños de la escuela.

¿Que los suecos (pongo por gimnastas a lo moderno) dicen «stadium»? También dicen y escriben «lyceum» y «atheneum». La lengua escandinava no admite adaptaciones que en nuestro idioma son tan naturales y espontáneas como los varios frutos de un mismo árbol.

Todo esto que se va diciendo es infantil, de puro elemental; pero conviene cerrar el paso a un latinajo presuntuoso, que no nos hace falta alguna, y además puede dar origen a horrísonas barbaridades.

Como esta, por ejemplo, que he visto en los anuncios de un acreditado almacén: *linoleums*.

A este plural tan tosco y desatinado, que ni en latín macarrónico se puede sufrir, da lugar el ridículo prurito de usar latines impertinentes.

Si al aceite mineral damos el nombre de *petróleo*, españolizando dos palabras latinas, ¿por qué no nos valemos de la misma, exactamente de la misma forma, para designar al tejido impermeable, hecho con yute, aceite de linaza y raspaduras de corcho?

Con decir *linóleo* estábamos del otro lado con toda comodidad; pero a los horteras—semejantes en esto, y en otras cosas más, a muchos escribidores de remedo y rutina—se les figura que «linoleum» es lo adecuado y lo fino, porque así lo escriben y lo anuncian los mercaderes de extranjis.

El madrileño que anuncia sus «linoleums», ignorando que el plural de «linoleum» es «linolea», evitaría muy fácilmente ese atentado a una lengua que desconoce sólo con llamar en la suya *linóleo* (igual que dice petróleo) al tejido que expende, y mucho que expenda en paz y en gracia del divino Mercurio.

Esto de «latinizar» a tontas y a locas, sin haber

saludado siquiera el *musa musæ*, da ocasión a monstruosidades que tiran de espaldas a la impertérrita Cibeles.

Dentro de tal anarquía, muy poco tiene de bárbaro el referido plural de «*linoleums*», cuando se le compara con otros que hemos visto puestos en letras de molde por manos que pretenden arreglar la vida pública. Sí, señor; hay quien ha escrito y quien ha impreso *memorandums* y *ultimatums*, porque ignoraban—y nadie les obligaba a barbarizar tan groseramente—que los plurales de «memorandum» y «ultimatum» son «memoranda» y «ultimata», en el idioma del insigne Lacio, como ha escrito recientemente quien yo me sé, imaginándose el pobre que Lacio fué algún compatriota de Horacio, de Estacio y de Virgilio.—La ignorancia es la hermana gemela de la petulancia.

Todo esto va para impedir, en lo posible, que mañana salgan diciendo los salteadores del idioma: «No es sólo en Madrid, también en Barcelona y en la Puebla de Sanabria se está pensando en construir los correspondientes *stadiums*...»

¡Tan fácil como es decirlo todo en nuestra honrada lengua, y tan difícil como se les muestra la misma claridad meridiana a los buhos, lechuzas y mochuelos!

Misterios del organismo,
que sólo la ciencia explica...

MACHACA, CHICO, MACHACA...

Si uno fuera onza de oro, ningún hijo de Adán le pondría mala cara. ¡Y de las hijas de Eva no se diga! Careciendo, como carece, «Un chico del Instituto» de aquella preciada condición, es muy natural que haya quien se pudra y se repudra por todo lo que escribe este mínimo estudiante.

Al que esté en este triste caso de putrefacción crítica, yo no le puedo remediar más que de un modo. Enviándolo piadosamente a aquel «Hospital de los podridos» que fundó Miguel de Cervantes Saavedra.

Mientras el paciente se alivia de su triste mal, mejor y más a gusto me alivio yo de la podredumbre ajena con los bondadosos estímulos—por tales los tomo, no por merecidas alabanzas—que me animan en mis modestos ejercicios de «barrido hacia afuera», como dijo el P. Mir. Imposible es desatender tales estímulos, cuando vienen de autoridades tan cumplidas y escrupulosas en el culto

de Nuestra Santa Madre el Habla como D. Antonio de Valbuena.

Y para que vea el maestro «Miguel de Escalada» cuán presto se obedecen los consejos que daba ayer al «Chico del Instituto» en «Los Lunes de *El Imparcial*», hoy mismo quiero brindarle la presente bagatela, en espera de mejor ocasión para mayor agasajo.

¿Sabe el gran vapuleador de escribidores chirles si algún buen hablista, antiguo, moderno, español o ultramarino, ha usado el verbo *enceguecer?* Para mí es de absoluta novedad.

He topado con él, y aun por dos veces, en una carta de París que ha publicado un diario matutino (o mañanero, como dicen algunos literatos de confitería y repostería) y va suscrita—¡cuidado con poner *subscripta*, señores tipógrafos!—por un escritor de reconocido talento.

Esto del talento me tranquiliza en algún modo; porque los neologismos que antes prevalecen son los que lanzan, segregan o eyaculan los reconocidamente necios.

Pero el verbo *enceguecer* (por *cegar*, ofuscar u ofuscarse el entendimiento, etc.) tiene todos los requisitos para obtener el rápido triunfo que para sí quisiera cualquier ejército de los que ahora luchan. Es un verbo totalmente innecesario, de estructura dificultosa y de pronunciación malsonante.

«Hacer enceguecer» escribe dicho señor. *¡Hacer*

enceguecer!... Tres «ces» seguidas y cinco «es» en retahila. Pronuncie eso el propio autor diez veces consecutivas y dará al diablo el trabalenguas, a menos que su merced (vascongado, según creo) pretenda erigirse en campeón del ceceo a la andaluza.

Como estas indicaciones no han de servir para maldita de Dios la cosa, el inútil y feo neologismo triunfará en toda la línea. Y así como hasta ahora se decía, verbigracia: «*antes ciegues que tal veas*», muy pronto se dirá: «*antes enceguezcas que tal cosa visualices*».

Esto de «visualizar» por «ver» lo invento yo, para emparejarlo (para hacer «pendant» como dícen los galicursis) con el «enceguecer» por «cegar»; pues también por acá ¡qué demontre! tenemos derecho para vestir de máscara las voces españolas, haciendo irrisorio Carnaval de nuestro noble y franco idioma; tan rico «por su casa», que de cualquier retazo suyo puede hacerse el primer caprichoso un pintoresco disfraz a la medida de sus antojadizas invenciones.

* * *

No quiero dejar la pluma—luchando valerosamente con un voceador de papeluchos que berrea debajo de mis ventanas—sin mencionar un gustazo o gustico, que entre muchos disgustos, ha tenido estos días el infrascrito acólito del sacerdocio literario.

Cada día sale a la plaza un nuevo periodiquillo, periodiquejo o periodiquín. Y parece cosa de milagro. El último que sale es siempre el peor escrito, sobrepujando («batiendo el record» en la jerga vandálica) a todos los que le han precedido en el abuso de la imprenta.

Por fortuna, Dios aprieta, pero no ahoga. En esa riada de solecismos y barbarismos hay excepciones. Una de ellas es la que me complazco en mencionar, por lo mismo que nadie me la ha pedido y por lo mismo que no sé a punto fijo—aunque me lo figuro fundadamente—quiénes son los que hacen el periódico dominical *Gedeoncito*.

Aparte de su punzante gracejo y limpio desenfado, batalla con mucha energía y manifiestas razones por los fueros de la propiedad y corrección a que están obligados todos cuantos manejan en público nuestro idioma. Y el palo cae sobre quien lo merece. *Gedeoncito*—como su compañero *Gil Blas*—aplica el documento gramatical al «documento humano» sin más contemplaciones que las impuestas por la buena crianza.

Señor don Antonio de Valbuena: *Gedeoncito* es digno de las bendiciones gramaticales de vuesamerced. De las apostólicas nada digo, porque vuesamerced debe reservarlas para los venturosos tonsurados que no caigan dentro de los *Ripios eclesiásticos* que vuesamerced tiene prometidos al buen gusto, al sentido común y a la soberana lengua de los insuperables místicos españoles.

Lo sé de buena tinta. Cuando vuesamerced publique esa obra de justicia (y también de caridad para clérigos y frailes *subjecti ad tentationem diaboli litterarum)*, el Padre Isla, en lengua de Tierra de Campos, le dirá alguna cosilla en un «Despacho del otro mundo». Dios sobre todo, y los barbarizantes, aunque lleven mitra, en las aulas de Pedro Botero.

«¡MOCERILES!»

Tales son—diciéndolo al modo de los que renuevan el lenguaje como renuevan la cocina los figoneros que dan gato por liebre—, tales son, vuelvo a decir, los deberes que obligan a «Un chico del Instituto», a enviar su saludo, su admiración y un abrazo fraternal a los chicos exploradores que en un periquete han conquistado los Madriles, cuando en tres semanas de ataques espantosos no han conseguido los alemanes apoderarse de Verdun.

No sólo *pisando la nieve fría*, como dice el cantar del Pirineo aragonés, sino aguantando nieve hasta las rodillas y arrostrando las heladas ventiscas de una sierra y otra sierra, han venido desde Zaragoza a Madrid, tragándose sus treinta y tantos kilómetros por día, unas veces a pie, otras andando, y cuando no, en el coche de San Francisco, sin perder un punto el compás y la energía.

Y todo ¿para qué? Para una niñería, que en el Domingo de Piñata debió hacérseles caer la cara y

la careta de vergüenza a los mozalbetes que andaban por ahí disfrazados de *bebés*, de chulapas y de histrionisas a precios reducidos. Esa niñería de los chicos zaragozanos no era sino una cuádruple obra de fe, de esperanza, de caridad y de voluntad.

Por eso, y porque tengo la honra y la dicha de estar con ellos (por los cortos años digo, no por mis cortísimas fuerzas), cumplo gustosa y rendidamente, respecto de los valientes y ejemplares exploradores zaragozanos, con el mayor y el mejor de mis deberes moceriles.

¿He dicho algo?

Sí, señor; he dicho una solemne tontería. Y por añadidura, algo inconveniente, impertinente, con algo más que cenefas y puntas de importuna deshonestidad.

«Moceril» han dado en llamar a todo lo «juvenil», sin distinguir de colores y a carga cerrada, los que presumen de innovadores de la lengua (¡remendones que fueran, si Dios les diese lezna y tirapié!); y a fe que esa mudanza es de las más torpes que se están haciendo en el ridículo baile modernista.

Mocero, en buen romance, es el dado a mozas. *Moceril*, por consiguiente, será lo que toque y corresponda a los «moceros», a los que hacen tabla rasa de los deberes higiénicos y morales, para rendir culto exclusivo a determinadas imposiciones de la sensualidad.

De suerte que si el *mocero* es, como dice el Dic-

cionario de la Academia, el «dado a la lascivia y trato con mujeres», ¿qué papel vendrá a representar en este vicioso tabladillo el *moceril?*... En las columnas del Diccionario donde las palabras empiezan con «alc» puede hallar cualquier curioso la respuesta.

Muchachos españoles: dad al diablo a todos estos cacógrafos y cursis que, so color de daros nombres nuevos y sonoros, os ponen los apodos más repugnantes que trae consigo nuestro idioma.

«¡ESCULTISMO!»

Otra que te pego, como decía el otro.

Vuestra victoria, exploradores zaragozanos, ha sido una victoria del *escultismo*. Así lo he leído en letras de molde. ¿Podéis darme cuchara y tenedor para salir de mi apuro? Porque en verdad os digo que eso del «escultismo» no sé con qué se come.

Al que en la Gran Bretaña es un muchacho como cualquiera de vosotros se le llama *boy*, y al que hace lo que vosotros hacéis admirablemente se le denomina *scout*, que se pronuncia *escáut*, y equivale exactamente al *escucha* de nuestra habla y de nuestra milicia.

De sobra sé que no os agradaría el nombre de «escuchismo», aplicado a vuestra acción resuelta y a las claras. Os parecería veros metidos entre los ruines personajes que describió Quevedo en *La dueña, el entremetido y el soplón*.

Si al traer la cosa desde Inglaterra, se hubieran atenido los importadores a la fonética estricta y vulgar, habrían podido endilgarnos el *escautismo*,

que siempre sería un barbarismo, y al fin y al cabo, podría imponerse en el habla como tantos otros, pero nunca sería una barbaridad como esa tan grosera y absurda del «escultismo».

El «escultismo», en la lengua que tenemos la honra de hablar, no corresponde, ni puede corresponder, más que a algo referente a la escultura. Si entre todos vosotros esculpís a la España nueva (vaya esto por vuestro compañero Beltrán el marmolista), me parece muy bien el «escultismo» que os atribuyen; pero dicho en la forma tan bárbara como cursi que se dice, me parece muy mal, y protesto contra esa ofensa que se hace al habla y al sentido común.

Muchachos buenos, chicos de temple ejemplar: para andar, y andar, y andar por España, a ver si la pobre sale de su letargo, hacen falta tres cosas: los pies que tenéis, el corazón que demostráis y el respeto, el culto y el amor a vuestra habla, que debéis otorgarla, porque es el alma española, para limpiarla de pegotes extranjerizos, que al irla corrompiendo poco a poco, os corrompen el gusto y nos corrompen a todos las oraciones.

Mi saludo, y ¡a esforzar! *¡Sí, sí, hurra!*

DEL MAL ENDÉMICO

Dos «casos» tiene la bondad de señalarme un comunicante anónimo; y a fe que siento el incógnito que guarda, porque es persona que sabe tomar el pulso a nuestro dolorido idioma.

El primer caso es el siguiente:

«En un programa (va adjunto) de una de las Sociedades artísticas madrileñas más cultas se anuncia una obra de Bach con el título de *El clave bien temperado*. Podrá aparecer así en las ediciones; mas es indiscutible que por la clase de instrumento a que se refiere la composición, el título debe ser *El clavicordio bien templado*, ya que los instrumentos de cuerda se *templan* y no se *temperan*.»

El correctivo está muy en su punto. Ahora sólo falta que los profesores aludidos—todos de oído finísimo—no lo oigan como quien oye llover; porque ¡se lee cada cosaza en esos programitas musicales!...

El segundo «caso» se ha presentado en las morbosas columnas del periódico oficial.

Helo aquí:

«Hace pocos días la *Gaceta de Madrid*, a quien desde luego ha de concederse menos autoridad que al Diccionario de la Academia, publicó una Real Orden relacionada con la batallona cuestión de subsistencias y habló del *stock* de materias alimenticias. Estos anglo cursis del ministerio de Hacienda no han podido, a lo que parece, encontrar vocablo castellano que represente el concepto de mercancías almacenadas. Y sin embargo, la palabra *repuesto* parece que responde a la idea y podría muy bien eliminar, por inútil y por antipática, la palabra inglesa que nos están colocando.»

Así es la verdad. Y para convencerse de ello no hay más que cotejar el «repuesto» y el «stock» en dos buenos diccionarios y se verá que los significados son idénticos.

«Repuesto» hubieran dicho y escrito desde el contador Quintanilla, el gran hacendista de los Reyes Católicos, hasta don Juan Alvarez Mendizábal. Y eso que el insigne desamortizador, instruído y educado en Inglaterra, tenía cierto derecho a que se le deslizara algún que otro «stock» en el lenguaje.

Pero ¡váyales usted con «repuestos» a los que todavía se emperran en decir «presupuestar», «presupuestado», etc.!

El «stock» lo traen y lo llevan ahora mucho los exotistas de baratillo. Los organismos oficiales, obligados a usar el lenguaje oficial del Estado, no

tienen derecho alguno a hablar en gringo. Cuando tropiecen con un vocablo extranjero, y no sepan ponerlo en la lengua del país que les paga, no tienen más que acudir en consulta a otro organismo oficial, que para eso está precisamente y para eso también lo paga la nación.

Ese organismo se llama la Real Academia Española, y que no es incompatible con el ministerio de Hacienda puede atestiguarlo (los salteadores del idioma dicen «testimoniar») el señor don Juan Navarro Reverter.

P. S.—Sr. D. A. A. P , calle de Ruiz, 5.—Decir *prieto* por *apretado* no es ningún disparate ridículo. Podrá ser un vulgarismo para un purista, para un preciosista de éstos que llaman exquisitos, como si fueran llemas de San Leandro; pero en el lenguaje corriente no hay para qué tacharlo. Además, está sancionada esa acepción del «prieto» por la Academia.

Sr. D. R. G., en Bilbao.—Tiene gracia lo de la *Lavandería* que funciona en esa heroica villa. ¡Pereció para siempre el ramplón y anticuado «lavadero»! El inventor del neologismo se ha quedado corto. Ya que en su obrador se lava y se plancha la ropa, ha debido denominarlo *Lavandería y Planchaduría.*

«NÉE»

Una comunicanta (no tuerza usted el gesto, *Maese Reparos*, porque sé lo que me digo), una comucanta que firma «Una hija del pueblo de Madrid» y que no sabe francés, ni está obligada a saberlo, me pregunta si hay algún medio de servir en castellano al respetable público esa palabreja *née* de que tanto se abusa en letras de molde.

¿Que si se abusa? Se ha llegado hasta el punto de que un pobre hombre, desconocedor de lo que significa el voquible gabacho con sus tres letras, haya soltado esta barbaridad desde un periódico: «El Fenómeno de Triana, NÉE Juanito Belmonte...»

No algún medio (como solicita «Una hija del pueblo de Madrid») sino un puñado de ellos hay para decir con la debida claridad cuáles son el nombre de pila y el apellido de cuna de la señora de Barringoitia o la marquesa de Picos Pardos.

En primer lugar, los galiparlantes que han aprendido en viernes la palabra *née* podían hacer un ligerísimo esfuerzo y traducirla al pie de la letra:

«La condesa de Casa Pachulí, *nacida* Juana Manojos...» Siempre sería este un galicismo de los innumerables que padecemos; pero al menos las gentes quedarían enteradas.

Otro medio para uso de revisteros de salones: el que usaba don Ramón de Navarrete, fundador de este género en el periodismo español. El célebre «Asmodeo» se había educado en Francia y manejaba el francés con tanta soltura como el español. Sin embargo, huía de decir lo que no todos habían de entender. Y escribía: «La señora condesa de Castillo-Fiel, que fué de soltera la gentilísima Pepita Tudó...»

Doña Emilia Pardo Bazán suele escribir: «La condesa viuda de Casa-Miranda, Cristina Nilsson por su cuna...»

Otro medio liso y laso es el poner el nombre y apellido de doña Mengana después del apelativo «señora de Pérez» entre paréntesis y sin ningún pegote extranjerizo.

Y finalmente (que también puede ser primeramente), en casa tenemos el uso netamente español de decir, por ejemplo, «Doña Carmen Cobeña de Oliver» sin la menor necesidad de incurrir en la gabachesca fórmula: «La señora de Oliver, *née* Carmen Cobeña.»

De nada servirá esta respuesta a la consulta de «Una hija del pueblo de Madrid», porque ¡ay, hija! en la Prensa y fuera de la Prensa hay mucha gente *née* tonta de remate.

«OPEROSIDAD»

El Mundo, en un artículo editorial encaminado a poner en linda solfa el «manifiesto de los intelectuales» en favor de Francia, Inglaterra, Rusia, Italia y nacioncillas adyacentes, escribe lo que a la letra se copia: «¿Qué autoridad pueden tener las divagaciones médicas contra Alemania de «Azorín», hechas trizas por los entendidos en la materia? ¿Qué pensar de la adhesión del señor Azcárate, cuya *operosidad* en el asunto no conocemos todavía?»

¡Operosidad!

Dos condiscípulos míos—más que en la segunda enseñanza, en el noble juego del billar—se han quedado turulatos ante esa inflada y resonante palabra, que parece voz correspondiente (más bien de barítono o de bajo que de tenor o tiple) a las operaciones propias del Teatro de la Opera.

Y ambos amigos míos me preguntan por eso de la «operosidad» del señor Azcárate. Como yo, por mi corta edad y ninguna autoridad, no puedo acu-

dir en consulta a don Gumersindo y al articulista de *El Mundo*, he puesto mano en el Diccionario de la Academia, y en él he hallado algo que saca de su «operosidad» a mis amados preguntones.

Reza el mamotreto oficial: «*Operoso, a, (latín operosus.)*, adj. Que cuesta mucho trabajo y fatiga.»

El sustantivo correspondiente a ese adjetivo—más comprensible en el antiguo Lacio que en la presente Alcarria—no lo trae el Diccionario oficial en su edición décimotercera; pero el articulista mencionado lo emplea en uso de un derecho «latinohispano» que la misma Academia le concede.

De modo que la sorprendente «operosidad» (por los sudores y fatigas que a don Gumersindo le haya costado firmar un documento contra la patria de Kant, Hegel, Schelling y Krause) no es un vocablo absolutamente tenebroso ni un desatino manifiesto.

Lo que hay es que son poquísimos los que siguen el consejo de Maese Pedro al zagalón de su aventurera compañía: «Llaneza, muchacho, no te encumbres; que toda afectación es mala.»

«OBLIGATORIEDAD»

Esta ya es harina de otro costal, o mejor dicho, paja de otra trilla.

¿Han visto mis lectores el sinfín de vueltas y formas que los payasos del circo dan a sus flexibles sombreretes? Pues otro tanto se puede hacer con nuestro flexible idioma. Se le echa mano y lo mismo se hace con cualquier vocablo un par de mangas que un par de capirotes.

En un artículo periodístico sobre asuntos militares—artículo muy discreto, por otros estilos—he topado con una *obligatoriedad*, que al pronto me ha asustado tanto como si se me vinieran encima todas las huestes de Hindenburg y Mackensen, con todos sus gases lacrimógenos y asfixiantes.

Mas luego he vuelto *en sí*, como escribió aquel articulista de *La Iberia:* he recapacitado, con arreglo a la lógica que nadie me ha enseñado en el Instituto, y he caído en la cuenta de que si lo notorio y lo perentorio engendran la notoriedad y la perentoriedad en el habla al uso, también lo obli-

gatorio tiene derecho a producir esta *obligatoriedad*, que al pronto asusta, pero muy presto persuade al más escrupuloso de los puristas.

Ya en tan buen camino, ¿por qué hemos de quedarnos sin la «conminatoriedad» y la «murtuoriedad» que expresan lo conminatorio y lo mortuorio? Lo propio digo de la «sanatoriedad» que debe resplandecer en un sanatorio; de la «dormitoriedad» que es precisa en todo dormitorio; de la «suspensioridad», en fin, que es menester en todo suspensorio digno de tan noble función.

Al Consistorio matritense—pongo por excepción—no se le puede aplicar la calidad equivalente a su nombre. En este caso hay que acudir al prefijo negativo, y decir, por decir algo: «El Consistorio de la villa y corte de Madrid, con su inconsistente *inconsistoriedad...*»

De este desatinar dicen algunos que es enriquecer el lenguaje. Ni siquiera con moneda falsa, hermanos. Esa al menos se puede vender, por lo que pese el metal, a ciertos «metalúrgicos» del Rastro; pero lo acuñado a capricho en los cartones de la esteorotipia no puede ir sino al carretón del trapero.

«POURPARLERS»

Al dar noticia de las interminables entrevistas, conferencias, conversaciones, coloquios, etc., etc. del embajador francés en Berlín y del ministro alemán de Negocios Extranjeros, algunos periódicos españoles, y aun de pura casta y raza, usan la palabra «pourparlers» a todo ruedo y a todo trapo. Y hasta a tontas y locas; porque el otro día, en las noticias políticas de un apreciable diario, vi que también se daba la impropia denominación de «pourparlers» al palique que gasta diariamente el ministro de la Gobernación con los noticieros políticos.

Están en su derecho los que escriben «pourparlers» en la recta acepción de esta palabra francesa; pero como entre los lectores de sus señorías habrá muchos—porque si los tienen muy instruídos, también los tendrán de muy escasa minerva—a quienes se les atragantarán los tales «pourparlers», o Dios sabe qué significado les darán, me atrevo a opinar que nada costaría a aquellos cultos periódi-

cos intitular dichas noticias, aparte de otras varias y claras maneras que hay de decirlo (la de «negociaciones», por ejemplo): «*Los tratos francoalemanes.*»

Porque eso, y no otra cosa, significan los «pourparlers».

Tiene la palabra el compadre Larousse:

«*Pourparler.*—Nominativo masculino. Conferencia a propósito de un negocio. Usase principalmente en plural. Ejemplo: *Engager des pourparlers.*»

Y eso, en español mondo y lirondo, quiere decir *entrar en tratos.*

Así, en límpido romance, se denominó siempre ese género de negociaciones.—De los tratos, que son lo previo, salen luego los tratados o los contratos, que son lo definitivo en la vida política o en la vida jurídica.

Conque antes de salir escribiendo, como me da temerosamente el corazón, «*Los pourparlers francoespañoles*» (en los cuales Dios nos coja confesados), aténganse los puristas, lo mismo que los legos, a la castiza, sobria y clara palabra de «tratos», que es la que tiene en su abono mayor número de ilustres y perennes autoridades en nuestro idioma y nuestra historia. Y no me descuelgo con un regular manojo de textos y citas, porque ¡ay mísero de mí! me encuentro—en este punto nada más—al nivel de Espronceda, cuando dijo:

Yo, con erudición, ¡cuánto sabría!

SE PASA, SE PASA...

Un día sí y otro también estamos leyendo en las revistas de salones una locucioncita (de algún modo hay que llamarla) con un saborete a «vainilla» tan pronunciado, que ya estomaga.

Véase la clase, con referencia a cualquier casa donde se reciba a los invitados con amabilidad... y suculencia:

«En aquellos salones SE PASA muy agradablemente.»

Y no dice más el revistero.

Se pasa... se pasa...

¿Qué es o quién es lo que, el que o la que «se pasa» en aquellos salones?

El arroz no será, porque no es costumbre guisar en los salones, aunque a ellos acuden muchos aficionados a oler donde guisan.

Tampoco será la lumbre la que «se pasa», porque eso no es propio de salones elegantes y caldeados a la moderna, sino de tertulias con camilla.

¿Es el dueño de la casa el que «se pasa» de bueno?

¿Es la señora la que «se pasa» de madura?

¿Es algún invitado el que «se pasa» de listo?

¿O algún otro ¡caso inverosímil! que «se pasa» sin probar nada de lo que allí se da de comer y de beber?

¿Se trata de algún *punto* que «se pasa» en el juego o de algún descontento que «se pasa» al enemigo?...

Los que emplean aquella viciosa y empalagosa locución, tal cual queda apuntada, me dirían, si se dignaran recoger estas observaciones:

—Hombre, ya se sobreentiende que lo que «se pasa» agradablemente es el tiempo, el rato, la noche...

Pues hay que decirlo así, señores míos. No vale, ni se le puede pasar al más pintado, que al usar el verbo reflexivo «pasarse», se engulla el sujeto de la oración, como si fuera un pastelillo o un emparedado.

¿Que la tal frasecita es de empleo corriente en la jerga insustancial de la gente fina?

Pues para el bien decir es tan inadmisible y desagradable como cualquier solecismo de los que abundan en la jerga incorrecta de la gente basta.

El buen tono no debe estar reñido con el buen castellano.

Se puede decir que la gente lo pasa bien o mal en algún sitio; pero está muy feo eso de decir (y

escribirlo es mucho más pecaminoso) que en tal o cual casa «se pasa» agradablemente, sin expresar si es el rato, el tiempo, la noche, las horas...

Supongo que estos honrados sustantivos no estarían mal vistos ni habrán sido declarados malsonantes en los aristocráticos salones de los señores de Cachupín.

PROTESTA DE UN PROTESTANTE

Así se intitulaba un artículo, que se publicó en *El Imparcial*, habrá ya sus tres años bien corridos, con la firma de mi padrino don Mariano de Cávia.

¿Quién era el protestante que protestaba? El verbo «protestar».

¿De qué o contra qué protestaba? Protestaba de su respetuoso amor a su padre el Idioma, y a su madre la Gramática; y protestaba contra el inveterado y, por lo visto, incorregible vicio en que le hacen caer los que se lanzan a escribir y hablar a tontas y a locas, que son noventa y nueve de cada cien escritores y habladores.

De nada, absolutamente de nada, sirvió aquel artículo, en el cual quedaba apurada la materia y la demostración. En su inmensa mayoría, cuantos salen por ahí protestando contra alguna cosa—¡y cuidado que llueven protestas a diario!—se empeñan en decir que protestan «de» ella, con lo cual

dicen lo contrario, todo lo contrario, de lo que quieren dar a entender.

Así resultan, a lo mejor (a lo peor, para la gramática) anfibologías tan lamentables y confusas como ésta que hallé el otro día en un estimable periódico.

Tratando del proceso de Cullera, ponía en un sitio «que el pueblo de Sueca protesta en general de los crímenes» y unas cuantas líneas más arriba había escrito, en la reseña del Consejo de guerra: «Los dos últimos procesados protestan de su inocencia y nada dicen referente a los malos tratos.»

Los malos tratos son los que padece el habla española.

Si protestar unos «de su inocencia» es lo mismo que protestar otros «de los crímenes», vendremos a parar en que los procesados susodichos no habían afirmado su inocencia, sino que la habían negado.

Supongo que mi humilde protesta contra ¡contra! ¡¡contra!! el disparatado abuso que se hace de la preposición «de» dará el mismo resultado que el artículo aquel a que me he referido. Es inútil cuanto se haga por apear de su burro a los innumerables parientes, compañeros y admiradores de Vicente de la Recua, barón de Reata.

¡Y cuidado que la cosa es sencilla a más no poder! Véanse los ejemplos que trae el Diccionario de la Lengua:

«Asegurar con ahinco y eficacia: PROTESTAR DE

su inocencia.—Declarar uno que en un acto hay violencia, miedo o ilegalidad, a fin de que no le pare perjuicio: «PROTESTAR CONTRA *la calumnia.*»

Esto es de una claridad meridiana; pero a los topos ¿qué les importa la luz del sol?

PLURALES ABUSIVOS

Leo en una noticia necrológica: «Abogado de extraordinarios talentos...»

Con que el señor a quien se alude hubiese tenido, efectivamente, extraordinario talento en singular, pudo darse por muy satisfecho.

El talento, hermanos, puede tener diversas manifestaciones o aplicaciones; pero no es más que uno en cada individuo.

De «los talentos» no es lícito hablar más que en dos casos.

O por sinécdoque:

«Reunidos en asamblea aquellos grandes talentos...»

O en la primitiva acepción de la palabra:

«Pericles gastó en aquella fiesta veinte talentos de plata.»

No ocurre con el talento lo que con la virtud; porque sólo en el Catecismo de la Doctrina Cristiana se enumeran catorce virtudes distintas con sus respectivos nombres, y así podemos decir que

don Fulano o San Mengano fué «varón de extraordinarias virtudes».

Ahora se prodigan los plurales innecesarios e incorrectos con un énfasis que tiene mucho de cursilería.

Así leemos: «Pondré en esta empresa todos *mis entusiasmos...*» Que es como si pusiera usted todos sus olfatos en oler donde guisan o como si usted me ofreciera todas sus amistades. Sus amistades son sus amigos; pero usted no dispone más que de una sola amistad, la cual puede repartir entre cuantas personas tenga por conveniente.

«El señor ministro del ramo se propone en esta ocasión desplegar *sus energías...*» Como si el pobre hombre poseyera juntas la política, la física, la moral y la mental de Cisneros, Sansón, Sócrates y Newton.

¿De dónde viene esa corruptela? ¡De dónde ha de venir! De la hinchazón a que son tan dados nuestros vacuos oradores, notables en esto de estirar palabras, frases y conceptos; y luego, de la escasísima estimación en que tenemos hoy la sencillez, la naturalidad y el buen gusto.

PARA EL SEÑOR BURELL

Mis condiscípulos en la segunda enseñanza y muchos estudiantes de las diversas Facultades me honran con una comisión, que yo—aun siendo el menos autorizado y más humilde de todos ellos—acepto muy gustoso: la de hacer público su aplauso y atestiguar su gratitud al señor ministro de Instrucción Pública, por la «revolución desde arriba» que acaba de hacer en los rutinarios métodos de la enseñanza oficial y que ayer comentaba luminosamente en *El Imparcial* don Félix Lozenzo.

La asistencia obligatoria era un absurdo (y aun por eso ha tenido tan larga vida) desde el momento en que la suficiencia académica se nos reconoce por medio del examen. Aquí de la célebre disyuntiva: «Si votos ¿para qué rejas? Si rejas ¿para qué votos?» Si la asistencia es la que da la ciencia ¿para qué los exámenes? Si en éstos se aprueba la suficiencia ¿para qué las listas y faltas a estilo de cuartel?

Suprimida esta antigualla, quedan en pie los

exámenes. También a ellos, señor ministro, es menester que alcance la iniciada «revolución desde arriba».

Los pigres, los novilleros, los zoquetes que tienen el padre alcalde y demás polilla del templo de Minerva, están que bailan de gozo con ese decreto redentor. Los que presumimos de aplicados, aunque nos esté mal el decirlo, esperamos fundadamente que estas novedades no han de ser a beneficio de la pigricia, la tuna y las consabidas «influencias» a fin de curso.

Como a los estudiantes estudiosos no nos duelen prendas, solicitamos respetuosamente del señor ministro que se sirva poner el necesario complemento a su liberal disposición, dictando otras, en la forma y ocasión que estime más oportunas, a fin de que los exámenes dejen de ser una farsa legal. Y digo legal, señor Burell, aludiendo a la ley del encaje y la ley del embudo: únicas leyes, que en la mayor parte de los casos y de las escuelas, rigen la elástica y desacreditada prueba oral de fin de curso.

Radical, severa, de amplísimo carácter y rodeada de todas las garantías que requiere una prueba digna de tal nombre, ha de ser la reforma que solicitamos con todo respeto y sin ningún temor. Que vaya a clase el que quiera y haga rabona el que de ello guste; pero luego, *a la hora de la verdad*, como dicen los taurófilos, que a todos se nos apriete de veras las clavijas por procedimientos más serios,

más racionales, más positivos y completos que los usados hasta ahora: tosca y vetusta red donde se embaraza y padece cruelmente el pez de buena fe, pero tímido o sin amparo, mientras la burlan guapamente todos los congrios de la petulancia superficial, del «empollamiento» automático, o lo que es peor y más frecuente, del favoritismo arbitrario y la recomendación injusta.

Se han suprimido las rejas. ¡Muy bien, señor ministro! Pero quedan los votos. ¡Que sean de verdad, señor Burell! Benemérito de la patria, de la cultura positiva y de la probidad general, será vuecencia, si se digna completar su reciente decreto, dictando la norma fija y segura para que los títulos académicos vayan dejando de ser patentes de corso, diplomas decorativos para andar por casa o salvoconductos para entrar a saco el campo de las nóminas oficiales.

Justicia es, más que gracia, esta que esperan del señor ministro de Instrucción Pública—valiéndose de mi humilde mediación—todos cuantos estudiantes, mayores y menores, se precian de no jugar con el estudio, el tiempo, el gasto y el porvenir, como quien juega a la pelota, al billar y al balompié: tres juegos que me gustan mucho, porque en ellos *se examina uno de verdad* y no le valen tretas, artimañas, trampantojos, intrigas y recomendaciones de don Fulano ni de doña Mengana, de la infanta Micomicona ni del Nuncio de Su Santidad.

PARDINA

—¿Es Pardiñas? ¿Es Pardinas? ¿Es Pardina?

Así he preguntado a un mi tío y padrino de pila bautismal, que es de la tierra (desgraciadamente, en este caso) donde nació el inicuo matador de Canalejas y presto justiciero de sí mismo.

Y me ha respondido su merced:

—Lo de Pardiñas, que se dijo en los primeros momentos de correr la infausta noticia, solamente siguen diciéndolo aquellos que no dan el brazo a torcer, y no atienden más que al sonsonete que les sea algo familiar. Por ahora, no hay más Pardiñas que el general de este apellido y la conocida parada del tranvía de las Ventas del Espíritu Santo.

—De modo que...

—Pardina, hijo, Pardina; que este es apellido muy frecuente en Aragón, y tan honrado como el que más; pues no ha de «malmeterlo», como allí se dice, el crimen de un loco que andaba suelto, y era bien conocido, por la inexcusable negligencia de algunos a quienes ninguna responsabilidad se les

exige. ¿Para qué más anarquismo que éste?... Pero no quiero divagar, mi buen sobrino y ahijado. Aquí tienes la última y excelente edición del «Diccionario de Voces Aragonesas», de don Jerónimo Borao, maestro ilustre; ábrelo por la página...

—Por la página 281.

—Y lee.

Y leí lo siguiente, dejando a un lado los ejemplos que el «Diccionario» trae, como bueno, porque un diccionario sin ejemplos es una osamenta sin carne, ni sangre, ni nervios, ni piel:

«*Pardina*. Despoblado, esto es, yermo o sitio que en otro tiempo tuvo población. Se halla incluído, por primera vez, en la penúltima edición de la Academia.»

Y aun cuando por mi corta edad de alumno de estudios menores, no puedo tener los alcances muy largos, me quedé algo meditabundo, y dije luego a mi tío y padrino:

—¡Qué propio está! Pardina... Despoblado... Yermo... Sitio que en otro tiempo tuvo población... Así debía de tener el alma el matador de Canalejas: yerma y despoblada, habiendo sido creada por Dios, y por los progenitores el cuerpo, para ideas de luz y para actos provechosos, en beneficio propio y en ayuda de los demás humanos.

—Nene, no te explicas del todo mal; pero ¿no sacas más consecuencias del significado de la palabra aragonesa?

—Otra, y termino, si no te enfadas.

—¡Para luego es tarde!

—Pardina llegará a ser toda España, dentro de poco, si no se asegura a su población pan y justicia.

—¡Caracoles con el crío!

Y no ha dicho más mi tío.

PARA UNA PREGUNTANTA

Una profesora (en Francia sería *professeur*, lo mismo que los hombres) ha dirigido una solicitud a cierto superior jerárquico suyo; porque esta profesora lo es de primeras letras. Al exponer sus méritos en dicha solicitud ha usado la siguiente expresión: «Sobre otras pretendientas...»

Y el aludido superior jerárquico—que a la cuenta debe de ser algo pariente del maestro Ciruela—ha rechazado la solicitud tan sólo porque opina que la profesora debió escribir: «Sobre otras pretendientes...» ¡Redicho y remilgado es, a fe mía, ese señor!

La desahuciada y afligida maestra me hace la merced de consultarme acerca del caso y me pregunta: «¿Tan gordo es mi pecado contra la Gramática, para sufrir tal pena? Paso porque sea venial el pecadillo; pero no puedo creer que llegue a mortal. ¿Cree usted lo mismo?»

Creo que no es mortal ni venial; porque no hay

tal pecado, pese al estrado catedrático que usa manga tan estrecha.

«Pretendientas» ha escrito usted, señora, con tan buen derecho como puede escribir y decir: presidenta, comedianta, asistenta, parienta, estudianta, infanta, giganta y elefanta. Figúrese usted si en tal punto tiene este estudiantillo la manga ancha, que a usted, castigada por *pretendienta*, la denomina por añadidura *preguntanta.*

Y no lo hace por puro capricho. Va nada menos que en compañía de Miguel de Cervantes Saavedra y de un su anotador autorizadísimo. En la segunda parte del *Quijote* y en el episodio de la cabeza encantada se lee lo siguiente:

«Y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la mujer de don Antonio, y lo que le preguntó fué:

—Dime, cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa?

Y fuéle respondido:

—Sé muy honesta.

—No te pregunto más—dijo la preguntanta.»

El señor Rodríguez Marín, que este es el grande y mejor anotador del *Quijote,* derrotador definitivo de todos los Clemencines, anota lo copiado de esta manera: «Así; la *preguntanta*, pese a los feministas de hoy que quieren que se diga *la consejero, la presidente, la catedrático* y *la maestro.* Cervantes lo entendía como Lope de Vega, que

escribió *representanta* en el epígrafe de un soneto a la muerte de cierta cómica. Ya que muchas mujeres, cuando les tiene cuenta, quieren cambiar de sexo, consérvenlo, a lo menos, en las palabras.»

Con esas de Rodríguez Marín—que son cabalmente las del verdadero y puro feminismo—puede la profesora de mi cuento, que no es cuento, dar de recio en las narices de su escrupuloso superior y dejarle más chato de lo que es, sin que esto sea señalar a nadie.

—¿De modo—puede ser que me diga el tal—de modo, seor aprendicillo de estudiante, que usted hubiera llamado a la actual reina madre «la Reina Regenta?»

—No, señor; porque de hablar así, también diría que usted tiene preguntas muy «cargantas». Hay que distinguir entre el sustantivo y el adjetivo. «Reina» es sustantivo; «regente» es adjetivo. Por eso no se dice «la presidenta es muy condescendienta», sino «muy condescendiente».

—Entonces ¿cómo es que Leopoldo Alas intituló *La Regenta* a su novela célebre?

—Por la misma razón que se dice la comandanta, la coronela y la generala; porque son sustantivos, y no adjetivos, los nombres que familiarmente, y académicamente también, damos a la mujer del comandante, del coronel o del general. Es la forma femenina del masculino consustancial.

—Pues si a la reina que rige en nombre y en lugar de su hijo no se la puede llamar regenta, sino

regente, ¿cómo es que a la mujer que pretende por sí misma no quiere usted llamarla pretendiente, sino pretendienta?

—Pues por eso mismo: porque pretende por sí propia y no por cuenta de otro.

—De suerte que usted diría la mujer pretendienta...

—No, señor; porque ahí están bien definidos el sustantivo y el adjetivo. Hay que decir «la mujer pretendiente».

—Pues en tal caso, ¿por qué dice usted «la señora presidenta»?

—Porque en caso tal el vocablo «señora» no es sustantivo, como el de mujer, sino un mero adjetivo de cortesía que se aplica al sustantivo «presidenta».

—Tiene usted respuesta para todo.

—Quien la tiene es nuestro idioma, que además de ser el más flexible y copioso de los vivos (aunque tan maltrecho por los desahogados malandrines como por los que se ahogan en dos dedos de agua gramatical), es el del verdadero y puro «feminismo» en toda la independiente y amplia acepción de esta palabra, tan mal empleada por quienes intentan meter a las mujeres en el masculinismo de imitación. El habla española sabe dar a la mujer todo lo suyo, sin quitar nada al hombre, ni llegar a la absurda confusión de sexos.

Eso en *Madame l'Archiduc*, opereta de Offenbach, o más seriamente en la Dieta de Hungría,

cuando decían los magnates (y aún en latín para mayor solicismo): «*Moriamur pro rege nostro Maria Theresa.*»

Aquí se distingue; y por eso mi afligida preguntanta (según Cervantes y Lope de Vega) ha hecho muy bien en escribir «las pretendientas», dado que lleven faldas, dejando lo de «las pretendientes» a las que quieran ir con pantalones a la Escuela Normal... y medrar después con alguno de sus redichos y remilgados superiores jerárquicos. ¡Qué cosos pasan, por no decir qué cosas!

PARA USTED, LECTORA

Para usted, dama o damisela, cuyos pies beso, se escribe el presente apuntillo; porque en él no se trata de enmendar tales o cuales yerros y chapucerías, sino de brindar a usted una curiosa bagatela femenil.

Supongo que habrá usted leído en *El Imparcial* de ayer el telegrama de Ciges Aparicio referente a la proyectada boda del príncipe de Gales y la princesa Yolanda, hija de Víctor Manuel III. Y supongo también que, al leer la noticia, habrá usted pensado, y quizá dicho a quien tenga el gusto de conversar con usted: «¡Yolanda! ¡Qué nombres tan lindos hay en Italia! ¿Cómo es que no tenemos ése en el santoral español? Es una lastima; porque...»

No, señora o señorita, no es una lástima que falte tal nombre en España, ni debe usted caer en el pecadillo de envidiar a nadie—ni siquiera a las princesas—su partida de bautismo.

También tenemos en castellano el nombre equivalente del de Yolanda; y a fe que no queda por debajo del extranjero en gallardía y elegancia señoril. Ahora está en desuso; pero ha sonado muchísimo tanto en las páginas de la Historia como en las obras de nuestros ingenios.

Un soneto me manda hacer Violante...

Ahí tiene usted, lectora mía, el nombre de Yolanda en su españolísima forma, llena de gracia y brío, y aun de cierta arrogancia, que dice muy bien a las ricas hembres y a las mozas de rejo.

Ninguna novedad se cuenta en el presente «Limpia y fija»; pero sospecho que no vendrá mal la noticieja a más de cuatro. El saber, como dice el vulgo, no ocupa lugar, aunque luego no nos sirva para maldita de Dios la cosa lo que aprendemos por nosotros mismos o los demás nos enseñan.

Huelga decir que no tengo la ridícula pretensión de que en nuestros periódicos se trueque el nombre italiano de Yolanda por el español de Violante. A cualquier hora se descuelga uno con semejante demanda en un país donde todo lo exótico, extranjerizo y forastero tiene soberana y sagrada primacía sobre lo indígena y nacional.

Lo más que podemos pretender—y no te canso más, lectora afable o zahareña—es que no salga algún modernista, refundiendo a Lope en esta forma:

Un soneto me manda hacer Yolanda
y en mi vida me he visto en tal aprieto;
catorce versos dicen que es soneto;
burla burlando, cuatro van por banda.
Cumpliendo voy lo que Yolanda manda;
héte aquí promediado otro cuarteto.
¿Qué digo promediado? Está completo,
pués nadie me interrumpe la parranda...

Dejémosla en tan punto, para que la rematen a su antojo los que topan en algún diario extranjero con un Alexis, un Otto o un Roch, y no saben—o no se atreven ¡porque les da vergüenza!—a llamarles Alejo, Oton y Roque en la lengua de nuestras abuelas, nuestras madres y nuestras hermanas.

De nuestras primas ya no me atrevo a hablar. Leyéndome están dos de ellas. Una se llama Lourdes Rubio. La otra Betty Pérez. ¡Absurdas disonancias! ¡Horrible guirigay!... Primitas mías, ¿no encajarían mejor con vuestros nombres los apellidos de Leblond y de Peterson?

La familia y la patria quedarían hechas cisco; pero la lógica saldría indemne de tan atropellada mudanza. La lógica... y el provecho. Ahí está la tan renombrada Concha la Jamona. Se ha puesto en las tarjetas *Shell Ham*, y ya está para casarse con un rico naviero bilbaíno.

¡QUE ES MOURE, Y NO MOORE!

Si alguien hubiere hecho ya esta rectificación sirvan las presentes líneas para remachar el clavo y como una advertencia más—que probablemente caerá en saco roto—a los señores que andan a vueltas con las letras de molde.

Hay todavía algunos—parientes sin duda de don Patricio Buenafé—que se toman el estéril trabajo de enojarse ante la obstinación de los franceses en escribir «alcade», «auto da fe», «camerera», «prima spada», «Velasquez», «Ribeira», y otros desatinos por el estilo.

Pero no hay quien remedie, a pesar de lo que nos hemos esforzado algunos infelices, los innumerables estropicios que padecen el idioma francés y otros extranjeros en libros, periódicos, rótulos, anuncios, documentos oficiales, etc.

Como arraigue un error, ¡para rato hay!

El error que ahora está de tanda es el de apellidar Moore, a la inglesa, al eminente profesor oto-

rinolaringólogo que suele asistir a Don Alfonso XIII.

Nadie ignora que Moore, en inglés, y Moure, en francés, se pronuncian de igual modo: Mur.

De suerte que en la pronunciación nadie se equivoca; pero en la escritura yerran todos cuantos se empeñan en apellidar Moore al profesor de Burdeos.

Es Moure, señores míos, Moure; y quien lo dude no tiene más que consultar el indispensable «Bottin», donde no falta francés alguno que tenga dos onzas de notoriedad.

Mi humilde personilla lo ha comprobado con toda claridad tipográfica y toda evidencia caligráfica.

El «Chico del Instituto», aunque adolescente que para nada necesita los hipofosfitos y el aceite de hígado de bacalao, padece también sus achaquillos, lo mismo que cada rey y cada Roque.

Recientemente fué asistido por el doctor Compaired, especialista que no ha menester de reclamos, y en su gabinete de consulta tuvo el infrascrito ocasión de saludar al doctor *Moure* por dos veces y sin refundiciones británicas.

La primera vez en la portada de un libro técnico del profesor francés, y la segunda en la dedicatoria de un retrato suyo al doctor español, trazada con un carácter de letra que dió muy buena idea al «Chico» del firme y seguro pulso de que goza el renombrado operador de Burdeos.

Conque ¡basta ya de operarle a él malamente el apellido!

Pero ¿quién va a hacer caso de estas enmiendas forasteras, si dentro de casa hay quien todavía insiste en llamar «del Cano» a Sebastián de Elcano?

Zumalacárregui se empeñaron en llamar a Zumalacarregui, y ni don Benito Pérez Galdós consiguió arreglarlo. Años ha, y no pocos, había un distinguido caballero y publicista español que se llamaba don Arturo de Marcoártu. Se obstinaron los periódicos en poner Marcoartú, y a la tumba se fué el buen señor con ese «agudo final», como el tenor en *Lucía*.

A mi padrino y tío carnal don Mariano de Cávia, según me ha dicho su merced en sus pláticas docentes, suele preguntarle tal cual gramático repulguero por qué acentúa innecesariamente su apellido. Por necesidad que acredita la rancia costumbre de familia, por evitar que lean y pronuncien «Cavía» los que sólo se fijan en lo que les trae cuenta.

Hoy es, y quedan no pocos distraídos de ésos. El excelente y también asustadizo torero Fernando Gómez (el primer «Gallito chico», que éste es el legítimo apodo de la casta) jamás acertó a saludar a mi padrino y tío carnal sino de este modo:

—¿Cómo está usted, señor de Cavía?

Todos estos son importantísimos datos para la Historia; y como también el doctor Moure, que no Moore, es un personaje histórico...

UN QUITE AL IDIOMA

Entre los muchos estragos que causa la tauromanía reinante también entra el de salir encornado en la pelea el idioma español, como si fuera un infeliz jamelgo.

De algún tiempo a esta parte se ha dado en llamar «cornalón» a una cornada grande. Y esto—dejando a los que yerran de viva voz—se repite con tal frecuencia en reseñas y noticias taurinas, que no es posible achacarlo a errata de imprenta.

¡Qué ha de ser errata! Es prurito de trastornar y estropear el lenguaje en sus significados más claros y terminantes, yéndose detrás, a guisa de los consabidos carneros panurgianos, del primero que hace un estropicio de éstos. Más vale caer en gracia que ser gracioso.

«Cornalón» no es la cornada grande. CORNALÓN se ha llamado siempre, y siempre se debe llamar, al «toro que tiene muy grandes los cuernos». Así mismo lo consigna el Diccionario de la Academia, y eso que el léxico oficial no brilla, según dicen,

por la abundancia ni por la exactitud de las definiciones taurinas.

Sánchez de Neira escribe lo siguiente en su *Diccionario Tauromaco*: «*Cornalón.*—El toro que tiene demasiado largas y grandes las astas, pero en su dirección natural. Aunque en estos últimos tiempos hay matadores que se resisten a lidiar toros de gran cornamenta, siempre han sido de lidia, y a gala tenían los antiguos diestros lucirse con ellos.»

Lo que no es de lidia es llamar «cornalón» a una cornada descomunal.

El aumentativo, más familiar que elegante, correspondiente a la palabra «cornada», no es ni puede ser otro más que el CORNADÓN; de igual suerte y en la misma forma que se llama «entradón» a una «entrada» exorbitante en la Plaza de Toros, en el teatro o en cualquier otro espectáculo público.

Quizá, por no dar el brazo a torcer, haya quien se disculpe con el socorrido estribillo de que el uso lo ha arreglado ahora de otro modo, como lo de llevar el corazón a la derecha en *El médico a palos.*

No hay uso que valga en abono de lo irracional. El uso qne vale, como decía Hartzenbusch, es el uso de los que hablan y escriben bien. Lo otro es el abuso de los que no quieren tomarse el trabajo de aprender a hablar y escribir con propiedad y corrección,

UN RÓTULO SUSTANCIOSO

Varias veces—y sin conseguir nada más que darme ese gustazo—he denunciado los delitos que a la luz del sol, a la luz del gas y a la luz de los focos incandescentes, se cometen contra el sentido común, contra la gramática castellana y hasta contra España misma en las muestras de las tiendas y los rótulos de establecimientos públicos. La policía urbana es en Madrid una quimérica apariencia, y en ese importante ramo suyo se perpetran impunemente desaguisados que constituyen una verdadera ignominia para la cultura y el decoro de la capital de la nación.

Por fortuna, aun cuando son rarísimas, no faltan algunas gratas compensaciones. Letreros, hay en que ningún agravio reciben el buen sentido y el buen gusto. Y también el paseante en corte tropieza a lo mejor con inscripciones que tienen la gracia por arrobas: demostración perenne de que la sal española, como ya dijo Cervantes, compite victoriosamente con la sal ática.

A ese honrado linaje de letreros pertenece el que se puede ver, y aun admirar, subiendo por la calle de Pelayo y antes de llegar a la de Gravina; el cual, en lindas letras blancas sobre fondo verde, dice así:

SE EXPENDEN
INTERIORIDADES

A primera vista, ese rótulo es para alarmar al transeunte y llevar el terror a todos los hogares de la villa y corte.

Al verlo, he recordado una cáustica ocurrencia de Roberto Robert. Decía el satírico redactor del antiguo *Gil Blas* que cuando leyó por primera vez en el zaguán de una iglesia el anuncio *Se saca ánima*, apretó a correr, porque creyó que era un pasquín.

Peor que un pasquín le hubiera parecido el susodicho letrero, porque hubiera creído que se trataba de una expendeduría escandalosa de chismes, cuentos, injurias y calumnias.

—¡Ya sé—hubiera dicho Roberto Robert—dónde vienen a surtirse las comadres, los maldicientes y los libelistas difamadores!

Interioridades, según la definición académica, son las «ocurrencias privadas y secretas de las personas o familias».

Y eso, se me preguntará, ¿cómo demonios se puede expender públicamente en una tienda? Por ahora, lo ignoro; porque el rótulo arriba copiado es lisa y llanamente el de una casquería, tripería, mondonguería o como se la quiera llamar.

El bueno del expendedor, para huir de una denominación asaz vulgar y nada elegante, se ha valido de un eufemismo que eleva lo más prosaico y material de las reses muertas a toda una categoría moral con trascendencia social e individual.

Ese eufemismo tiene además puntas y ribetes de un humorismo pesimista que haría las delicias de Schopenhauer y don Mariano José de Larra; porque, en efecto, las interioridades de muchas personas y familias no valen más que el liviano de una vaca, la asadura de un carnero y el mondongo de un cochino.

De todos modos, felicito al autor de «*Se expenden interioridades*». Un cursi, de los muchos qne tienen por ahí tienda abierta, hubiese puesto «*Au bon gras double*» o alguna otra majadería por el estilo. El expendedor de la calle de Pelayo se expresa en buen español, y por añadidura, con sustanciosa originalidad.

Su letrero, lectores míos, es el más gracioso que hoy puede verse en Madrid, mientras no venga otro que lo *saque de puja* y se le *lleve la gala*, como decían nuestros abuelos de lo que ahora se dice en bárbaro «batir el record».

«RAZZIA» ES «RIZA»

Se me pregunta si la «razzia» que tan a menudo se usa en su sentido recto, y aun en otros muchos figurados, tiene alguna equivalencia en español.

Milagro fuera que en un país donde la guerra, con todas sus brutales consecuencias, ha sido el estado normal durante siglos y siglos, faltase alguna locución anterior a esta de la «razzia»; voz arábiga que los franceses aprendieron en Argelia y luego han difundido por todo el mundo.

«Riza» se llamó siempre por nuestros soldados, nuestros historiadores y poetas al estrago que se hace en tierras del enemigo. Como locución militar trae la de «hacer riza» (equivalente a la de hacer una «razzia») el Diccionario de la Academia—¡lagarto, lagarto!—; y por si algún Maese Reparos supone que estas son antiguallas de algún académico arcaizante, le manifestaré que la misma palabra «riza» y la frase «hacer riza» están consignadas en el fundamental y magistral *Diccionario Militar*, eti-

mológico, histórico y tecnológico, del general Almirante.

Finalmente: para satisfacción de los que no hallan a su gusto ningún vocablo que no tenga algún matiz exótico, algún sabor extranjero, les diré que la palabra española «riza», en este significado guerrero, proviene de la alemana *riss* (rotura, destrozo, desgarrón). Así, al menos, lo declara el léxico oficial.

A los galiparlantes no les convenceré; pero los germanófilos me agradecerán esta modesta noticia.

RUMANIA, Y NO RUMANÍA

Está en lo cierto el distinguido comunicante que me escribe acerca de cómo se debe pronunciar el nombre del reino moderno en que se fundieron los viejos principados de Moldavia y Valaquia.

¿Valaquia y Moldavia he puesto? Valaquía y Moldavía deberíamos decir, por la misma razón y con el mismo derecho—si cabe dar tales nombres a lo torcido y caprichoso—que hemos dado en decir Rumanía, sin saber lo que nos decimos.

Rumania, y no Rumanía, debemos decir y escribir los españoles: como Hispania, Lusitania, Germania, Alemania, Aquitania, etc. No expongo las razones fundamentales; porque esto no entra en la modesta esfera de «Un Chico del Instituto». Sería preciso escribir un estudio filológico-histórico como el que Don Lope Barrón, pongo por ejemplo, publicó el año pasado con el título de *Cantabria, y Logroño*, y en el cual, además de otras curiosidades, se contienen noticias muy instructivas acerca

de las raíces, desinencias y transformaciones de los nombres geográficos ibero-romanos.

Lo hispano-latino es «Rumania», y los que se obstinen—como de fijo se obstinarán todos estos carneros de Panurgo—en escribir y pronunciar Rumanía, sin más fundamento que la pronunciación francesa *Rumaní*, deben ser lógicos y consecuentes consigo mismos y con sus gabacheces, pronunciando y escribiendo Serbía, Bulgaría, Rusía, Italía, *et sic de coeteris*.

Nada nuevo digo a mi comunicante; porque todo ello es de clavo pasado. Por eso mismo, ya verá su merced el caso que se hace de estas elementales advertencias. ¿A que no hay un solo periódico que caiga de su Aliboron? (Lo digo en francés literario para que nadie se enoje.)

Ni siquiera se enmendarán los papeles galófobos, que suelen venir tan plagados de galicismos—¡la concordia y fraternidad ante el disparate!—como los diarios galófilos más galiempecatados.

N. B.—Con motivo de mis comentarios sobre el rótulo «*Se expenden interioridades*» he tenido el gusto de recibir media docena de cartas, contándome que también se anuncia en ciertos letreros la venta de «idiomas y talentos», por decir «lenguas y sesos». Esta humorada matritense tiene ya algunos años de fecha y fué oportunamente comentada en estas mismas columnas por el señor que me lleva la mano y corrige las cuartillas desde que rompí a escribir.

REDIMIR AL CAUTIVO

Hoy quiero y debo practicar esa obra de misericordia.

Los hermanos Quintero anuncian para esta temporada el estreno de una obra intitulada *El Duque de El.*

Estoy seguro de que los siempre aplaudidos autores conseguirán un triunfo más; pero ya pueden apretar las clavijas de su ingenio. A ese pobre «El» (aunque sea duque) se le tiene hoy declarada guerra sin cuartel en muchos periódicos, y se le pone en tan cruel como injustificado cautiverio.

A cada paso se lee:

«Según *Heraldo de Madrid...*» «Dice *Diario Universal...*»

¿Por qué encerrar en incógnitas mazmorras al artículo «el», y por enda al «la», que ningún daño hacen, y tan honrada primacía se les ha concedido siempre en nuestro idioma?

Se me dirá seguramente:

—Porque aquellos periódicos, y cien más que están en igual caso, no emplean el susodicho artículo en el titulo que llevan al frente del papel.

Tampoco, señores míos, usa su correspondiente artículo el periódico oficial, y a nadie se le ocurre escribir, y mucho menos decir:

«Hoy publica *Gaceta de Madrid* unos decretos...»

Tampoco en los rótulos de calles, plazas y paseos se emplea el artículo, y no hay cristiano, ni judío, ni moro, ni librepensador, que incurra en la inmensa cursilería de hablar en esta forma:

«Al pasar hoy por Puerta del Sol...» «Fulano, que vive en calle de Carretas...»

Si fueran lógicos y consecuentes los que han «colado» en las columnas de la Prensa aquella corruptela indefendible, deberían también salir diciendo y escribiendo:

«Al entrar hoy el señor Barroso en Ministerio de la Gobernación...» «Al salir anoche Loreto Prado de Teatro Cómico...» «Dos sujetos que cenaban en Café Oriental...»

Porque tampoco el café, ni el teatro, ni el ministerio susodichos, como todos los demás, llevan el artículo «el» en sus respectivos rótulos.

Conque a ver si prescindimos de impertinentes novedades, y nos dejamos de estropear el habla más de lo que está.

Siento tener que expresarme como un dómine; pero no hay otra forma de dirigirse a los que escriben peor que párvulos.

«RESTORÁN»

Hasta cuando se pretende españolizar algún vocablo extranjero se ha de hacer desatinadamente, con manifiesto agravio del lenguaje y la sindéresis.

Ahora han dado algunos muy estimables, pero muy equivocados periodistas, en la flor de escribir *restorán*, por "restaurant", rindiendo a la estricta fonética un culto—harto pueril y ramplón en este caso—que no se cuidan de tributar a la lógica y a las palabras castizas dentro de su significado propio y con arreglo a su estructura.

Huyendo del perejil, les ha salido a estos señores en la nariz. Por no escribir "restaurant" en francés incurren en uno de los más burdos e innecesarios galicismos que han caído recientemente sobre el lenguaje al uso. Y como todo se pega menos la hermosura, ya hay algunos figones que se anuncian con el bárbaro mote de *restorán*.

Mote mucho más desatinado que aquel de *restauration* puesto en Alemania a la hostería. Pero en Alemania la defensa del lenguaje ha entrado a for-

mar parte de la defensa nacional, y según cuentan las crónicas, se ha hecho leña de todas las muestras que ostentaban aquel ridículo vocablo.

Si los franceses llaman «restaurant» al sitio donde se restauran las fuerzas comiendo y bebiendo, y si también en España tenemos el verbo latino «restaurar» en esa misma acepción de reparar el cuerpo por medio de la alimentación, lo que ordenan de consuno el sentido común y el respeto a nuestra habla es decir y escribir *restaurante* en español.

Así lo ha dicho más de una y de dos veces el tan culto como ingenioso «Fray Candil», y a fé que su paternidad tiene razón por encima de la capucha, calada o suelta. No se trata de una traducción servil, por ser tan literal. Se trata de que nuestra lengua recobre lo que es suyo. Llamar «restaurante» al establecimiento donde se sirve de comer (fonda, hostería, hostal, mesón, figón, bodegón, merendero o ventorrillo) no pasaría de ser un neologismo, que muy pronto dejaría de serlo, porque encaja perfectamente en la índole y en la estructura del idioma.

Pues no habido de qué. En vez del claro, limpio y honrado "restaurante", lo que *ha hecho su camino*—como pedescriben los galicursis—hasta el punto de estar logrando los soberanos privilegios de la moda, ha sido el tosco y rúdo *restorán*: voquible que pregona una indigencia mental y verbal, propia de negros del Congo.

¡Y nos enfadaban los rótulos en gringo que infestan la villa y corte! Aquella lechería de la calle de Fuencarral que se rotulaba «*Milk cow house*» llevaba al menos su letrero en forma inteligible para ingleses. Por el método que ahora prevalece debería haberse intitulado: MILCAUJAUS.

Estamos medrados. Pronto veremos en periódicos y letreros: Confisería. Bulangería. Puasonería. Magasén. Suaré. Vuatureta. Mesón de randebú. Etc., etc. En donde se dice y se escribe entrenar, epatar, debutar, reprisar, bisar, toaleta, garaje, champán y hasta *¡chófer!*, barbaridad de barbaridades, todo es posible y nada nos cogerá de susto.

Hay que llamar al pan, pen, y al vino, ven. Así lo manda en Beocia la lengua comilfó.

EL SALACOT

Hojeando el Diccionario de la Lengua, encuéntrome de manos a boca, entre los vocablos «saladidad» y «saladamente», con este otro, que en los días que corren está muy de moda, aunque lastimosa y ridículamente desfigurado:

«Salacot. (tagalo, *salasac;* sanscrito, *salaka,* caña.) s m. Sombrero usado en Filipinas y otros países de Oriente.»

Esa palabra, a quien largos siglos de convivencia hispanofilipina dieron carta de ciudadanía en el léxico oficial, es la misma que, con el desatinado disfraz moscovita de *salakof* o de *chalacoff*—que de ambos modos se disparata—, corre por ahí para designar el casco colonial de que ha dotado a las tropas españolas en campaña la dadivosa iniciativa de Don Alfonso XIII.

¡Pobre salacot! ¿Por qué odulterarlo con exóticos arrequives de puro capricho, o provinientes de flagrante equivocación? Es la sempiterna manía de

buscar fuera de casa lo que tenemos sobrado dentro de ella.

A decir verdad, el salacot propiamente dicho no es igual en forma y materia—aunque fundado en los mismos principios de higiene y comodidad—al cubrecabezas guerrero de que ahora se trata, y que ya llevó en Filipinas el regimiento de Artillería peninsular, como oportunamente recuerda *La Correspondencia Militar.*

Casco se le llamaba, sin meterse en más dibujos, y casco supone dicho autorizado periódico que se llamará al que ahora van a usar las tropas que operan en Africa.

Voto en pro, aunque nadie le haya preguntado a uno cuántos años tiene, ni se le dé vela en este entierro; pero, en fin, tanto empeño hay por dar al consabido casco un nombre raro, póngasele el que ya consta en el Diccionario de la Academia, como hijo adoptivo de la gran familia lingüística española, y vayan al demontre los extravagantes «salacof» y «chalacoff.»

Esas desinencias rusas más suscitan ideas de abrigo en climas glaciales que de refresco en tierras tórridas.

SECCIÓN VERMUT

Heme aquí de nuevo en la palestra, aunque de sobra sé—por el poquísimo caso que se me hizo anteriormente en el llamado «terreno de la realidad»—que todo cuanto diga, con ser tan elemental y rudimentario que también podría firmarlo *Un niño de la Escuela*, será como predicar en desierto, como machacár en hierro frío, como echar «margaritas ad porcos», como buscar cotufas en el golfo, como pedir peras al olmo, como llamar a Cachano con dos tejas.

¡Pues me ha de oir Cachano!

Y empiezo por brindarle esta «sección vermut»; así como lo digo y lo escribo, vermut, vermut, vermut, sin letras ociosas y aditamentos impertinentes para nuestra pronunciación y nuestra escritura.

—Me estomaga—y por eso no lo cato jamás—el «vermouth» que se anuncia en todos los rótulos de cafés, tabernas y otros bebederos; el «vermouth» que se lee en todos los prospectos y catálogos de

almacenes de licores, y hasta la «sección vermouth» de los carteles de teatros.

Pero ¿por qué ese necio empeño de escribirlo a la francesa? Los franceses necesitan escribir «vermouth» para obtener una pronunciación que coincida con la de los alemanes, padres de tal palabra, y con la de los italianos del Norte, propagandistas mundiales de tal licor: pronunciación que es también la nuestra, como también es ya nuestro el vocablo.

Ahí está el Diccionario de la Lengua, donde, con todas las académicas sanciones, queda declarado el vermut por tan español como la ratafía y el anís escarchado:

«VERMUT. (Del alemán *wermut*, ajenjo.) Sustantivo masculino. Licor aperitivo compuesto de vino blanco, ajenjo y otras sustancias amargas y tónicas.»

¿Por que, pues, escribirlo los españoles a la francesa, en todos los sitios, a todas horas y a todo trapo? Ya se sabe: por rutina, por cursilería, por ignorancia.

Y ya se sabe igualmente que estas modestísimas, pero irrefutables advertencias, caerán en el más roto de los sacos.

Un sombrerero, y aun de primordial categoría, pone en sus anuncios: «*Clacks*, *Salacofs*.» Lo mismo que si se tratara de cosas inglesas y moscovitas. Hermano: en francés se escribe «claques», y en español también, porque es el plural correspon-

diente, escrito y hablado, a la palabra «clac», que puede vuesamerced gozar en el precitado Diccionario de la Lengua. Y los consabidos «salacofs» se llaman en español «salacotes», como ya tuve el estéril honor de advertir a su debido tiempo.

El bueno de Cachano—que forma inmensa e incorregible legión—oirá todo eso como quien oye llover; pero a este monaguillo del templo del Habla le queda el derecho de decir a cuantos sigan haciéndose el sordo:

—¡Vayan ustedes a limpiarle los «brodequines» (borceguíes, en español honrado) a don Vicente de la Recua, barón de Reatal...

¡«SILENCIEN» USTEDES!

Se lo digo—aunque no han de hacerme el menor caso—a los remendones del idioma que se empeñan en encajarnos el verbo de nuevo cuño, pero de cuño falso, *silenciar,* con sus correspondientes participios «silenciante» y «silenciado».

Varias personas tienen la bondad de acudir en consulta a mi incipiente insignificancia para saber si es de recibo ese «silenciar» que poco a poco va *haciendo su camino*, como pedescriben los galiparlantes, entre los que se emboban con cualquier chapucería de última novedad.

Ante todo, convendría saber cuál es el significado exacto de ese lobanillo en forma de verbo que le ha salido al habla de Cervantes. Por fortuna, son muy pocos todavía los que lo usan; pero de esos pocos cada uno le da sentido diferente.

Unas veces parece que «silenciar» quiere decir «guardar silencio». Otras veces parece que significa «imponer silencio». De suerte que ni siquiera sabemos si es verbo activo o neutro. Cuando lee-

mos, por ejemplo, «*el Gobierno está silenciando*» nos quedamos sin saber si el Gobierno se entrega al silencio o se lo impone a los demás, si es un Gobierno de silenciosos forzados o de silenciarios forzadores.

La verdad es que ese tontineologismo hacía tanta falta en el idioma como los perros en misa. Elástica y flexible en grado maravilloso es la lengua española; pero no tanto, que cualquier prevaricador pueda tratarla como a un calcetín o hacer con ella lo que hacen los payasos del circo con sus gorros de fieltro.

¡Ah, señores! Bien dijo el que dijo que solamente la tontería humana puede dar idea del infinito. Antes de echarse al redondel ese *silenciar*—a la manera de los «espontáneos» o intrusos que se lanzan a perturbar la lidia—solíamos reirnos de los redichos que en verso alambicado o en prosa relamida nos hablaban, pongo por cursilería, de sus emociones *silentes*. Esto, al menos, si es un postizo innecesario en nuestro romance, es un postizo en buen latín: un homenaje, si se quiere, a la lengua de Virgilio y Lacio, como escribió no ha mucho un desahogado, figurándose el muy congrio que el Lacio fué algún autor como Horacio.

Así anda todo en las letras de molde, y por contaminación en el habla de los cursis, gracias a la absoluta impunidad de que gozan los salteadores en poblado de la tinta y el papel.

Ellos, como son contumaces, no «silenciarán»;

pero a mí tampoco hay quien me «silencie». Dígolo, y norabuena lo diga, porque ha habido quien me tenía por definitivamente «silenciado».

Nada de eso. Lo que ocurrió fué que tenía que prepararme para los exámenes. Despachados ya, al palenque vuelvo, dispuesto a seguir machacando zarramplines, aun cuando esto venga a ser lo mismo que machacar en hierro frío.

TIQUISMIQUIS

«Corren por el salón vientos de fronda...»

Un comunicante del «Chico» recoge esa frase—que, por cierto, es todo un rotundo endecasílabo—de la reseña periodística de no sé qué reunión política, y me pide que ponga algún correctivo a la inveterada y servil traducción de la «fronde» francesa, que en honrado romance se dice «honda».

¿Cómo dudar, señor mío, de que la tal *fronda*, dicha y escrita en el sentido de protesta airada contra algo o alguien, es todo un hondazo, o tiro de honda, que se le da entre ceja y ceja a Nuestra Señora el Habla?... En buen romance, recamado con fililíes retóricos y mitológicos, no hay más «viento de fronda» que el movido por el divino soplón llamado Eolo, cuando sopla de firme por entre una espesura de hojas de árboles, arbustos o plantas cualesquiera que den ocasión a esos rumores frondosos. (Para más detalles de los verdade-

ros aires de fronda, óiganse los wagnerianos «Murmullos de la Selva».)

Nada tiene que ver nuestro lenguaje con la «Fronde» aquella que muchos honderos de la política francesa en el siglo XVII agitaron violentamente contra aquel cardenal Mazarino, a quien no debió España más que amargas desazones, por lo mismo que el prodigioso intrigante se había educado en Madrid, y gozó luego los altos favores de Ana de Austria, viuda de Luis XIII de Francia y hermana de nuestro Don Felipe IV, tan agradable en cuadros, comedias, novelones y zarzuelillas, como desagradable en la historia de España. (Creo que no me la ha enseñado del todo mal mi profesor del Instituto.)

Pero es lo que digo a mi comunicante: cuando nos quitemos de encima esos serviles y galicursis «aires o vientos de fronda», habrá soplado tanto el compadre Guadarrama, que se llegará a llamar en buena ley a la mujer de Luis XVI de Francia como se debe llamarla en español: *María Antonia.*

Antonia, lisa y llanamente, significa en francés «Antoinette», femenino de «Antoine» o Antonio. Ha habido—y ha sido persona de mi más respetuosa y férvida devoción—que del «Antonieta» vulgar, corriente y moliente, ha hecho una «Antoñeta», que sonaría, con efecto, muy graciosamente en español, si la repetida «Antoinette» fuese un diminutivo familiar. Y no hay tal cosa. El diminutivo familiar de Antonia en francés («Antoi-

nette» y no va más) es *Toinette*, y si no se quiere usar ése, el de *Toinon*, que es de mejor intimidad y huele más a campo que a perfumería parisiense.

Y es lo que vuelvo a decir a mi comunicante: cuando los rutinarios se hayan hecho cargo—¡para lustros o quinquenios hay!—de que la «fronda» española es cosa radicalmente distinta de la «Fronde» francesa, se habrán enterado también de que la Orden de la Jarretiera debe llamarse entre nosotros la Orden de la Liga.

Mas ¿a qué penetrar en tales tiquismiquis, cuando es Orden eminentemente española (amén de la eminentemente austriaca) la del Toisón de Oro?... El Toisón—*tuasón*, bien pronunciado—es uno de los más formidables galicismos que se nos han colado en el solar de Alcántara y Calatrava, Santiago y Montesa. Nuestra Señora el Habla pediría, si la dejaran hablar, que se dijese en las tierras donde tanto se la maltrata «Orden del Vellocino de Oro».

Cosa imposible es enmendar semejantes tiquismiquis: frioleras de lo que se habla y escribe, oficial o vulgarmente, pero seguras y efectivas bubas o postemas de esta lengua de quien dijo Carlos, rey y emperador, I de España y V de Alemaña:

—El alemán, para entenderse con los perros. El inglés, con los caballos. El italiano, con las mujeres. El francés, con los hombres. El español, con Dios.

LAS TORTURAS DEL IDIOMA

Lo que es ésas se hallan tan a la vista, que no dan lugar a la más ligera discusión. No hacen falta comisiones que acusen, ni comisiones que informen.

Echo mano a un periódico (omitamos el nombre del pecador, ya que denunciamos el pecado) y lo primero con que topo es la noticia de no sé qué señores «que pretenden *independientizarse*». Qué es esto sino el tormento del potro, aplicado al habla?

Otro periódico, dando cuenta de la caída del aviador Weiss en Logroño, nos contaba que el hombre pájaro resultó *contusionado*. Contuso se debe decir; pero esto, sin duda, les parece arcaico a los que quieren renovar el idioma a coces y puñadas.

Otra gaceta, en fin, escribe: «Don Melquiades Alvarez insiste en atribuir a una *tendenciosidad* gubernamental... «Quiero hacer a don Melquiades la

justicia de que esa horrible palabreja se le ha colgado caprichosamente. Don Melquiades no habla tan mal ni tan en tonto. Y eso que el prurito modernista de alargar los vocablos sin tiento ni medida, por medio de derivaciones bárbaras, se debe a los oradores políticos—así lo ha dicho alguna alta autoridad en la materia—por la necesidad que sienten de prolongar sus discursos, rellenándolos de todo género de ripio y cascote.

No diré yo tanto. Lo que sí digo es que, sin querer o adrede, son atormentadores del idioma todos los que dicen y escriben:

Defectuosidad, por defecto.

Solucionar, por resolver.

Presupuestar, por presuponer.

Inteligenciarse, por entenderse.

Testimoniar, por atestiguar.

Represionar, por reprimir.

Reprensionar, por reprender.

Reconvencionar, por reconvenir.

Resistenciarse, por resistirse.

Conmiseracionarse, por compadecerse.

Los sentires y los pensares, por los sentimientos y los pensamientos.

Los mirares y los reireres, por las miradas y las risas.

Y hasta los hablares y los amares, por las palabras y los amores.

Pasemos norabuena, en lenguaje familiar, por los andares y los quereres; pero huyamos de má

desconyuntamientos, que harto lisiado está ya nuestro noble idioma.

Y si es posible, mándese recoger, como mendigo impostor, el feísimo «homenajear», que comenzó a usarse en son de burla y cierto tono despectivo, y se ha dado en emplearlo irreflexivamente como locución formal y de toda licitud.

¿*Licitud* dije?... Téngase por no escrito lo anterior, que también yo peco.

TIQUISMIQUIS

Dos comunicantes que, a juzgar por su carta y por sus firmas, son personas doctas y dedicadas a la enseñanza, se sirven exponerme sus dudas acerca de la frase *el alta silueta*, usada por una ilustre escritora—dama de todo mi respeto—en una novelita corta con que acaba de acrecer el riquísimo caudal de sus escritos.

Esas dudas se refieren a la adecuada o inadecuada aplicación del artículo masculino «el» al adjetivo femenino «alta». La regla que sobre esto hay para los nombres en general, y que mis comunicantes prueban conocer, no les satisface por complero. Adonde no alcanzan las reglas llega *el gusto*—una cosa que no se expende en las boticas ni tampoco es fácil de adquirir en las aulas—; y con el gusto, la autoridad de los grandes cultivadores del lenguaje.

En uno y otro toque es muy maestra la escritora aludida. Lamento no disponer de tiempo para demostrarlo con citas exactas; pero puedo decir que

en los clásicos he leído «el alta cumbre», «el alta generosidad de Vuestra Alteza», «el ancha mar», y hasta «el áspera faz», si la memoria no me engaña. Lo que en nadie se lee, por ejemplo, es «el ardorosa llama», «el altiva condición», etc.; sin duda porque no es en la primera a del adjetivo en donde carga el acento: regla que al obligarnos a decir «el alma» nos impide decir «el artillería», «el administración«, y mil más por el estilo.

No debo ocultar a mis comunicantes que aquellas frases que he citado se hallan con más frecuencia en la poesía que en la prosa: circunstancia que abona, en vez de perjudicar, la elegancia de estilo de la escritora aludida. Más reparos que los de mis comunicantes opondría un purista escrupuloso a la palabra «silueta». Muy corriente es ya, y por mí que corra; pero hasta hoy se la ha tenido por galicismo, siquiera sea de marca menor.

Y ya que viene a mano por gramatical concomitancia, me permitiré rogar a mis comunicantes, pues tienen discípulos a su celoso cargo, que procuren quitarles el vicio (si por desventura lo tuviere) de escribir y decir *este agua*, *ese acta*, y otras congrieces así, en que se complace mucha gente de esa que, según la frase de un amigo mío y del profesor Humbugman, tiene «el refinamiento de la ordinariez.»

TEATRALERÍAS

Ya escampa... y llovía a cántaros.

Personas doctas y benévolas, que favorecen a este modesto escolar con sus consejos e indicaciones, señalan a mi atención un inadmisible «*début* de doña Balbina Valverde» y unas inaceptables *matinées* que se han anunciado en los carteles del Teatro Español.

Esas impertinentes «coladuras» del exotismo cursi pueden pasar, y por desgracia pasan, en cualquier «cine», circo ecuestre o café concierto, mientras no prohiban tales desavíos las autoridades de buen gusto y buen sentido, como las que en Méjico se estilan.

Pero en la casa de Lope y Calderón, de Tirso y Moreto, semejantes intromisiones son totalmente lícitas, y por ende, imperdonables; tanto más ¡oh mi señor Don Ceferino! cuanto que el coliseo clásico está a la hora presente bajo la dirección del «españolista» autor de *La Charra*, linda y sana comedia que cabalmente se escribió para poner en

solfa los ridículos remedos extranjeros de esta sociedad de chimpancés.

La consabida *matinée*—que ya es en francés garrafal impropiedad, tratándose de cosas que ocurren durante *l'aprés-midi*—se ha llamado, se llama y debe llamarse siempre en los teatros españoles «función de tarde», y si esta honrada y justa locución parece un poco vulgar a los redichos, nada les cuesta decir y escribir «función vespertina», con arreglo a los cánones de la culta latiniparla, que siempre son preferibles al servilismo rutinario de la parla galicursi.

En lo que atañe al *début* (¡miren ustedes que «debutar» Doña Balbina a los cincuenta años largos de ejercicio escénico!) es de justicia, después de enviar un saludo a los manes de quienes compusieron *El estreno de una artista*, apuntar quince tantos a favor del teatro de Apolo, siquiera sea en la ocasión presente con menoscabo del Teatro Español.

Uno de mis precitados consejeros—porque nunca están de más los andadores para un pobre chico del Instituto—me participa que en el mes pasado anunciaron los carteles de la llamada catedral del género chico: «Presentación de la señorita Mercedes Pérez».

Así se dice en romance liso y laso, y no eche la lección en saco roto la catedral del género grande, amén de las demás iglesias parroquiales, capillas, ermitas y oratorios de Nuestras Señoras Melpóme-

ne, Talía, Euterpe y Terpsícore, cuyos pies beso... siempre y cuando no sirvan para patear a «Su Majestad la Lengua Española», como ha dicho magníficamente don Miguel de Unamuno.

La mención honorífica y sabia lección con que, no há muchos días, me favoreció en estas columnas don José de Laserna, me servirán de base para otras *Teatralerías;* porque en verdad os digo, mis queridos condiscípulos de la calle de los Reyes, que en esto de estropear el habla con injertos forasteros, la gente de teatro se las puede tener tiesas (las barbaridades, digo) con los deportistas, los revisteros de salones y los mercaderes que dan gato por liebre.

TUVO LUGAR...

Este burdo y absurdo galicismo gozó de tan inmerecidos privilegios durante largo trecho del siglo XIX, que hasta el inexorable Baralt lo combatió con sobrada timidez. A fuerza de atacarlo otros escritores, fué poco a poco desterrándose aun de las más desaliñadas reseñas periodísticas y de los más ramplones libros de texto. Sólo, de cuando en cuando, aparecía el «tener lugar» en los llamados documentos oficiales.

«Tener lugar» no se puede ni debe usar en castellano sino en el sentido de «tener cabida», «tener sitio», «tener puesto», «tener asiento», etc. Del todo impropia e inadmisible es tal locución, usada a la francesa, en vez de suceder, acontecer, acaecer, ocurrir, efectuarse, practicarse, realizarse, celebrarse o verificarse tal o cual cosa.

En eso habían quedado hasta los menos escrupulosos en materia de lenguaje; pero ¡todo vuelve! y el «tener lugar» torna a tenerlo muy favorecido en

los escritos y soflamas que padecemos a diario. Por algo, según dicen, nos hallamos en plena época de retroceso y regresión.

Ahora mismo, y para más ostensible escarnio del buen decir, se han concedido al «tener lugar» nada menos que los honores lapidarios al aire libre. ¡Se ha lucido la epigrafía española!

En el monumento, o cosa así, que se alza, nuevecito y flamante, al final de la calle Mayor, se lee el siguiente, que parece redactado por un aprendiz de periodista en *El Noticiero de las Hurdes:*

«Erigido en 1908 por suscripción nacional, en memoria de las víctimas del atentado que TUVO LUGAR en este sitio el 31 de Mayo de 1906, al regresar a Palacio SS. MM. Don Alfonso XIII y Doña Victoria, después de celebrar su boda en la iglesia de San Jerónimo.»

Si al encargado de dictar la inscripción conmemorativa le venía ancha tal empresa, ¿por qué no acudió a la Academia de Bellas Artes o a la Española de la Lengua, entre cuyos menesteres y funciones, según tengo entendido, figura el de prestar su directo y autorizado concurso a la redacción de inscripciones en los monumentos públicos?

«El atentado que *tuvo lugar* en este sitio...»

Lo mismo se podía haber puesto:

«El atentado que tuvo sitio en este lugar...»

Un atentado se comete o se perpetra; pero decir que «tuvo lugar» (aun dando por válido este chabacano galicismo) parece indicar que se trataba de

un suceso, o casi, casi espectáculo, previamente anunciado en los programas.

Y luego ¡mire usted que contentarse con llamar «atentado» a aquel horror de horrores e iniquidad de iniquidades!...

No sé lo que dirían las veintitrés víctimas averiguadas—fuera del centenar de heridos—que causó el crimen de Morral, si resucitasen sólo para ver el monumento y leer lo que en él se pone; pero lo que es Morral, allá donde se halle, no podrá quejarse de que se le trata sin miramientos ni delicadeza.

El monumento de Morral llama ya todo Madrid a esa obra malaventurada, y con este vulgar, pero inevitable disparate, queda juzgada y sentenciada la oportunidad del monumento, o lo que sea.

Acerca de su valía artística, nada le toca decir a «Un chico del Instituto». Los de la Escuela de Artes y Oficios lo juzgarán, si quieren. Pero la chapucería epigráfica no ha de pasar sin unos cuantos silbidos de mi parte. El atentado que allí «tiene lugar» va derecho contra el sentido común y contra la lengua castellana.

TEATRO ODEÓN

¡Otra que te pego, y esta sí que es gorda!

¿Con qué se come eso de «Teatro Odeón»? Con lo mismo que acompañaría a un bodrio absurdo que llevase esta intragable denominación: *Teatro Coliseo.*

Copiemos de *El País* con gusto y gratitud:

«El gran Cávia ha impedido que el teatro flamante que en la Carrera de San Jerónimo va a inaugurarse se denominara en lenguaje telegráfico «Reina Victoria» y no «de la Reina Victoria».

»Se ha hecho cargo el Sr. Asensio Mas y corregirá el disparate.

»Suponemos que lo mismo harán los empresarios y el director artístico de otro teatro nuevo que en los terrenos de lo que fué convento de la Trinidad y luego ministerio de Fomento se está construyendo.

»Teatro Odeón hemos leído en un cartelón situado en los andamios de la obra del nuevo coliseo.

»Teatro del Odeón debe decirse y se dirá si obedecen en la calle de Atocha a Mariano de Cávia como le obedecieron en la Carrera de San Jerónimo.»

Prescindiendo de que no ha sido «el gran Cávia» (muchas gracias en su nombre por la grandeza que le otorga la magnanimidad), sino «Un chico del Instituto» el que ha hecho aquella bien atendida observación, la que ahora hace *El País* merece ser recogida, aplaudida, y luego convenientemente aclarada.

Donde se pone el título de «Odeón» sobra el nombre de teatro. «Odeón», según su estricto significado helénico, era el sitio donde en la antigua Atenas se daban a oir los poetas y los músicos. Lo más que se puede hacer con el sustantivo «Odeón» (que vale por sí propio tanto como el de «teatro») es añadirle un adjetivo: Odeón Español, Odeón Popular, etc.

Famoso en nuestros tiempos y en toda Europa es el Odeón de París. Odeón se le denomina a secas; y en los membretes oficiales, tras de esa denominación, se le aplica la de «Second Théàtre Français», porque, en efecto, funciona bajo el patrocionio del Estado, lo mismo que el teatro primordial y clásico de la «Comedie Française».

Está muy bien, por consiguiente, que se corte el paso—como lo hace *El País*—a un disparate más que va a poner de público relieve la incultura de que nos dolemos y tan fácil remedio tendría, si el

Ayuntamiento de Madrid no estuviese, como está, muy por debajo del de Madridejos.

Ni «Teatro Odeón» ni «Teatro del Odeón». ¡Si esto es como decir «Salón de la Sala» o «Plaza de la Plazuela!»... En suma, *albarda sobre albarda;* que es, por lo visto, lo que agrada más a nuestro ilustre amigo y convecino Vicente de la Recua, barón de Reata, sobrino y heredero (¡blasones, faldas y talegas!) de aquel opulento mercader que ponía en el letrero de su tienda: *Géneros nacionales y del Reino.*

DEL «TRUC»

¿No les apesta a ustedes ya esa superfetación que a cada dos por tres aparece en la conversación y en todo género de escritos, venga o no venga a cuento, y por lo común, con las más impertinentes aplicaciones?

El tal «truc» ocupa todo un privilegiado puesto en el sarpullido galicista que ha venido a hacer con nuestro copioso y jugoso romance lo mismo que la filoxera con nuestros ricos viñedos.

Según me manifiestan personas mayores en edad, saber y gobierno, no ha muchos años que los importadores del «truc» sólo aplicaban este vocablo francés a ciertas habilidades de Maese Coral (o de los prestidigitadores, para que todos me entiendan) o a ciertos juegos de la tramoya teatral; pero ahora ha caído tan en gracia el «truc» a los galicursis, que con él suplantan—y así se ahorran quebraderos de cabeza en busca de la mejor propiedad de la dicción—palabras tan expresivas y castizas como las siguientes:

Ardid,
Artimaña,
Artificio,
Artilugio,
Arbitrio,
Secreto,
Traza,
Treta,
Triquiñuela,
Tranquilo...

Y quizás algunas más, que a un mínimo estudiante como yo, naturalmente, se le han de quedar en el tintero.

De tal suerte ha cundido el «truc», aun entre los que se tienen por pulcros literatos, que si hoy se refundiera la comedia antigua *Hombre pobre todo es trazas*, probablemente aparecería en los carteles con este híbrido titulejo: *Hombre pobre todo es trucs*.

«Truc» se llama a la «traza» de que se vale el petardista para sacarle a usted un par de duros.

«Truc» a la «treta» especial de tal o cual clase de timadores.

«Truc» al «ardid» de su invención que tan buenos resultados da a don Fulano en el noble juego del tresillo.

«Truc» a la «artimaña» con que un luchador vence en el pugilato a un contendiente más forzudo.

«Truc» al «artificio» con que en el Teatro Real

se nos presenta a las Valkyrias y a su señor padre cabalgando por entre las nubes.

«Truc» al «artilugio» de los anuncios luminosos en la Puerta del Sol.

«Truc» al «arbitrio» de que echa mano un gobernante en casos de aprieto para salir del mal paso en que está metido.

«Truc» a la «triquiñuela» favorita del astuto leguleyo don Fulano.

«Truc», en fin, y no puede ir más allá la profanación del habla, se ha llamado en letras de molde al «tranquillo» predilecto de un hábil matador de toros para ejecutar la suerte del volapié.

A cualquier «secreto» que tenga cualquiera para practicar a su modo cualquier cosa, se le denomina «truc»; y el mejor día va a decirme mi cocinera que también ella tiene su correspondiente «truc» para hacer las sopas de ajo.

Y todavía hay más. Hay quien, sin pararse en barras, ha traducido «truc» por «truco» para *enriquecer* con esta utilísima palabra el misérrimo idioma español; el cual ya la poseía desde remotos tiempos, pero sin otra acepción lícita que la del juego de trucos.

Por cierto que de ahí procede etimológicamente el «truc» francés, si el insigne Littré no nos engaña.

¡De fuera vendrá quien de casa nos echará!

TEATRO «REINA VICTORIA»

Así dicen que va a denominarse el teatro nuevo que se ha construído en la Carrera de San Jerónimo.

Muy bien debe parecer a toda persona de gusto el patrocinio nominal con que se honra y hermosea el flamante y moderno... iba a decir «templo del Arte»; pero si, en efecto, lo ha de ser, cosa es que habrá de verse y comprobarse a medida del tiempo, y según caigan las pesas en negocio tan arbitrario como es el teatral.

Muy bien, sí, señor, muy bien está la dedicatoria con que el nuevo teatro se consagra a sí propio y se elegantiza antes de «entrar en funciones», y nunca más adecuada la expresión.

Lo que ya no está bien, ni medio bien, ni es lícito en buen romance, aun cuando semejante corruptela esté hoy muy generalizada, es la supresión en dicho título de una preposición y un artículo, que ningún delito han cometido para que se les expulse ignominiosamente del lenguaje al uso.

Cuando en España se hablaba y escribía en español, y Madrid daba la pauta de la cortesanía y pulimiento en la dicción, se dijo «Teatro del Príncipe», «Teatro del Príncipe Alfonso», «Teatro de la Princesa»; teatros, en fin, eran todos de esto, de lo otro y de lo de más allá.

Hasta el circo y teatro de Parish, pese a su advocación extrajera y a las supresiones que admite el idioma inglés, conserva la preposición correspondiente, con arreglo a lo que piden las leyes constantes de nuestra lengua.

No quiero decir de dónde vinieron las primeras infracciones. Allá cada cual con sus pecados viejos; pero en la gente nueva, reformadora, y hasta pulcra y exquisita, según dicen, estaba el dar ejemplo de buen gusto, volviendo por los fueros de nuestra habla, con esta limpia y gentil inscripción: *Teatro de la Reina Victoria.*

Ya, ya sabemos que ese teatro es, en rigor, de otras personas; como también estamos cansados de saber que la concisión telegráfica priva ahora mucho en letreros de toda especie, y que nada hay tan pegadizo como las corruptelas cursis del lenguaje. Pero, amigo, el derecho de protesta no hay quien se lo quite al que opina que hablar bien cuesta menos que hablar mal, y por añadidura, limpia, fija y da esplendor a quien sabe—sin pretensiones académicas ni puristas—rendir el debido culto al idioma con que rotula su tienda o su santuario.

Poner *Teatro Reina Victoria* viene a ser lo mismo, exactamente lo mismo, que si se pusiera en otros lugares: *Iglesia Parroquial San Ginés; Oratorio Caballero Gracia; Plaza Toros Tetuán* y *Posada Peine.*

Vaya este ligero silbido a cuenta de los muchos aplausos que en el teatro nuevo deseo a empresarios, autores, actores, pintores y tramoyistas, con o sin la piadosa intervención del padre Benito, *hominibus plaudentibus sacer pontifex.*

TEATRO DE LA REINA VICTORIA

Así hemos dicho que debe ser, y así será. Por esta vez no han caído en saco roto las modestas advertencias de este «Chico del Instituto», a quien los más necesitados de lección constante tienen por un maniático, con ribetes de «guasa viva» y pujos de Quijote del habla. Dado que lo fuera, con mucha honra lo sería. Váyase el culto a tan excelsa Dulcinea por el que rinden a las Maritornes más zafias ciertos arrieros metidos a chupatintas.

Anteanoche (tarde ya para publicarla en la presente sección) llegó a mis manos la siguiente carta, que copio íntegra, aunque se me tache de vanidoso y petulante, porque además de ser esta misiva un modelo de generosa y amable cortesía, es también un discreto «trágala» que el buen sentido y el buen gusto dedican a la mala voluntad y a la cursilería rutinaria:

«Amigo y maestro: Acepto reconocidísimo la lección que se sirve usted darme hoy en *El Imparcial* respecto del título del nuevo teatro de la Ca-

rrera de San Jerónimo, y tengo la satisfacción de comunicarle que, apenas leídas las «sabrosas» líneas de usted, ha quedado cambiado el «letrero», que desde este momento dirá en castellano neto: *Teatro de la Reina Victoria.*

»Gracias mil, y puede creer que para mí es honrosísimo recibir una lección de usted y servir y complacer a quien con tan alta autoridad y tan indiscutibles prestigios sabe velar por los fueros del idioma.

»Siempre muy suyo servidor y amigo, *Ramón Asensio Mas.*»

Paréceme que el caso merecía el trabajo de vencer mi natural rubor y pavonearme un poco con este agradable éxito que de telón afuera—¡y antes que ningún autor!—ha tenido el «Chico del Instituto» en el nuevo y elegantísimo teatro de la Reina Victoria.

Esto es algo más que ver a Periquito hecho fraile; porque, al ser tan devotamente aceptada la confirmación propuesta por este humilde monago, se le reconoce autoridad de obispo.

EL «TOUR DE FORCE»

¿No les carga a ustedes la excesiva prodigalidad de ese giro en las conversaciones, y principalmente, en las columnas de la prensa, como si fuera imposible expresar lo mismo en castellano?

Alguna que otra vez no diré yo que sea inoportuno el «tour de force», en especial, si se trata de alardes realizados por franceses; pero convéngase en que es bastante intempestivo, con sus ribetes de ridículo y enfadoso, encontrárselo en esta forma, como lo he encontrado yo:

«Guerrita, despachando en un solo día tres corridas de toros, realizó un verdadero *tour de force.*»

—¿Con qué ze comerá ezo?—diría el interesado, si es que lo leyó, o se lo leyeron—¿No me podrían poné lo mesmo en criztiano, pa que lo chaneláramo acá?...

Los diccionarios franceses definen el «tour de force» en su acepción neta y estricta: «Ejercicio corporal que exige mucho vigor.»

Por extensión se dice—y así lo consigna el Diccionario español en el apéndice que dedica a las locuciones exóticas—de un acto cuya realización exige mucha fuerza material o moral, y principalmente, una habilidad y una perseverancia extraordinaria.

Y aduce este ejemplo: «En menos de un año ha aprendido Juan el francés, el inglés y el alemán. Es un verdadero *tour de force.*»

La tal locución es tan usual y corriente, siquiera sea también empalagosa, que a muchos les parecerá demasiada pedantería que un simple estudiantilo se pare en semejantes repulgos de empanada; pero yo no sé por qué ese empeño en decir y escribir a la francesa lo que facilísimamente se puede decir y escribir a la española.

Algunos señores de todo mi respeto, traducen el «tour de force», según las ocasiones, por alarde de fuerza, alarde de ingenio, alarde de destreza, alarde de tenacidad, etc., etc. Yo creo que estos son muchos rodeos para expresar distintamente lo que en todos los casos se puede significar con un solo vocablo, y aun esa ventaja llevaríamos a los franceses, que necesitan tres palabras para el «tour de force.»

Bien poco esfuerzo me ha costado dar en el quid de la ligera dificultad. ¿Esfuerzo digo? Pues que en todo «tour de force» se trata de un esfuerzo, y de un esfuerzo superior, no tenemos más que hojear un Diccionario, y repasando las palabras en

cuya composición entra la preposición «sobre» (del «super» latino), ver si al sobreagudo, al sobresueldo, al sobrecargar, a la sobrexitación, al sobrehumano, y muchos vocablos más por el estilo, acompaña el SOBRESFUERZO.

¿Está? No, señores, no está; y yo pido que se dé entrada en el léxico, y el «exequatur» correspondiente en el uso, a una palabra, cuya claridad, sencillez y casticismo están bien a la vista.

Aquí de los ejemplos citados más arriba.

«Guerrita, despachando en un solo día tres corridas de toros, realizó un verdadero sobresfuerzo.»

«En menos de un año ha aprendido Juan el francés, el inglés y el alemán. Es un verdadero sobresfuerzo.»

¡Que corra, si gusta! Y conste que el hallazgo (los galicursis dicen la *trouvaille)* de ese «sobresfuerzo» genuina y rotundamente castellano, no es ningún «tour de force» de este seguro servidor de ustedes y del habla.

¡VIVA MÉJICO!

No siempre ha de estar uno dale que le das a la palmeta. Dejémosla holgar hoy para palmotear alegremente (batir palmas, dicen los galicongrios) en obsequio del Ayuntamiento de aquella gran ciudad que da nombre a la nación que un tiempo llevó el de Nueva España.

Al paso que en la España vieja los mayores enemigos del habla suelen albergarse en las llamadas «esferas oficiales», allende el Océano son muy frecuentes, por parte de las autoridades administrativas, las disposiciones encaminadas a mantener la pureza del romance—tesoro más precioso que los tan ponderados de los Incas—, de este romance nuestro, que tan graves estropicios padece allí como aquí.

De alcaldada insufrible—y cuidado que en Madrid se sufren gordas—se calificaría por estos barrios la orden dictada por el Ayuntamiento mejicano para que en adelante todos los rótulos de fábricas, almacenes y tiendas se redacten en castellano,

con exclusión de textos y motes en lenguas extranjeras. El mismo mandato se extiende a los anuncios de todo género de espectáculos y fiestas públicas.

Dicen que esa incongruente e impertinente manía de los letreros exóticos había alcanzado en la capital mejicana proporciones dignas de la torre de Babel. Dudo que semejante plaga sea mayor allí que en estos Madriles, trocados en una carnavalesca Cosmópolis de baratillo, donde por haber, hasta hay un obrador de planchado con el rótulo de *La Poupée* y una casa de vacas denominada *La Pureté*. Quien quiera gozar de tales vistas dese unas vueltas por el barrio de Salamanca y por las inmediaciones de la calle de Hortaleza.

Los fautores de esta especie de «desnacionalización» por medio del letrero y el anuncio, se figuran que con ello dan pruebas de cultura y de estar más adelantados que los hermanos Wilbur Wright (o como se escriba eso, porque yo no me surto en la *New Fashion* ni me nutro en el *Splendid Room)*.

Muy descaminados van los tales, porque en rigor, son el hazmerreir de los españoles sensatos y de los extranjeros discretos, a los cuales empalaga soberanamente topar con rótulos y más rótulos, tan aparatosos, por lo común, como disparatados, para encontrarse luego con que dentro del establecimiento rotulado en francés, inglés, alemán, etcétera, no se conoce más lengua, fuera de la española, que la estofada.

Y además ocurre otra cosa. De todos no lo diré;

pero de muchos establecimientos de ésos si se puede afirmar que el pomposo pabellón exótico sólo sirve para encubrir mercaderías propias para la costa de Guinea o el interior del Congo.

Cuando aún no era yo «Un chico del Instituto», sino simplemente un niño de la escuela, leí este híbrido letrero en la puerta de una tienda muy cerca de la clásica calle de la Caza: *Select gibier.*

—¿Qué quiere decir eso, papá?—pregunté al mío.

—Eso—me respondió—quiere decir: *Gato por liebre*.

«Soy de la misma opinión», dirá sin duda alguna el Ayuntamiento de Méjico.

Acepten aquellos beneméritos compatriotas nuestros el vítor con que cordialmente les saluda y les aclamo.

EL «VERMEIL» Y EL «BISCUIT»

Ahí tienen ustedes dos palabritas francesas que se nos han colado en el habla corriente: una por derecho propio, y otra completamente de contrabando.

Al «biscuit» se le puede decir ¡Adelante!; pero al «vermeil» no hay más remedio que gritarle ¡Fuera!

El «biscuit» a que me refiero no es el que ya lleva en español el nombre de bizcocho. Ni siquiera aludo al «biscui glacé», como los resposteros tienen la gabachesca comodidad de denominar al bizcocho helado, o helado de bizcocho, que también pudiera nombrarse así.

Hablo del «biscuit» en cerámica: de aquel «trabajo en porcelana que, después de haber recibido dos cocciones (de aquí la etimología bizcochera), queda con su color blanco mate, imitando el grano del mármol».

Todo el mundo habla de las figuritas de biscuit, y también en sentido figurado se celebra así la frá-

gil y delicada belleza de algunas damiselas, cuyo tipo pongo yo muy por debajo del de una buena moza a lo Rubens... Como «Un chico del Instituto» no es ni puede ser un sábelo todo, ignoro si el tal biscuit tiene alguna equivalencia en el país que poseyó en el Buen Retiro una fábrica rival de las de Sévres y Capodimonte. Si no existe tal equivalencia, ¿qué remedio queda más que transigir con el vocablo francés?

Extremando el purismo, pudiéramos decir «figuritas de bizcocha», así, en femenino, pues se trata de porcelana dos veces cocida. Pero no insisto mayormente en la proposición, no me vaya a ganar una rechifla por meterme a inventor de neologismos. Me contento con que se españolice el «biscuit» dejándolo en *biscuí*, como se ha hecho en muchos casos análogos.

Si el «biscuit» (en la porcelana, no en la pastelería ni en la repostería) tiene algún derecho a nuestra hospitalidad, el que no lo tiene, ni siquiera a nuestra tolerancia, es el «vermeil» que nos endilgan a cada paso los plateros, los revisteros de salones, los de deportes y hasta los noticieros de sacristía.

«Entre los regalos de boda de la señorita de Membríllez figura un magnífico servicio de tocador, de vermeil, agasajo de su tío el marqués del Cohombro.»

«El balandro *Alza y olé* ganó la copa de vermeil.»

«El soberbio copón de vermeil que ha enviado a S. S. Pío X el piadoso capitalista Don Fulano...»

Señores míos, a todo eso se llama y se le ha llamado siempre en castellano *plata sobredorada.* Pero, ya se ve, con el pasaporte extranjero, parece que los objetos son más elegantes, y hasta el metal es de más valor. ¡Cursilería, señores míos, cursilería!

Si lo de «plata sobredorada» no les gusta (¡mucha que cayera en mis manos juveniles!), podían ustedes usar, verbigracia, el bonito nombre de argentauro, en tanto que los químicos y los metalurgos descubren el supuesto metal intermedio entre el oro y la plata.

Ese impertinente «vermeil» que ustedes nos encajan, me causa el mismo efecto que si se descolgasen escribiendo:

«Juan Soldado llevaba la licencia absoluta, como es costumbre, dentro de un canuto de fer-blanc.»

VERBOS «AD LIBITUM»

¡Y aun hay quien dice que estos fileteos del habla no interesan más que a un par de chiflados! El que vea la correspondencia con que me favorece (y abruma a mi secretario, que no es sino un cesto de mimbre) el sinnúmero de mis comunicantes, se convencerá de que la tierra de Joselito y de Belmonte todavía no ha perdido el derecho a que se la designe como la patria de Valdés y Covarrubias.

Tres consultas (y una de ellas repetida por un honrado vecino de la plaza de Lavapiés) me ha valido el verbo *celestinear,* que no ha mucho empleó en un documento político el señor don Antonio Maura, director de la Real Academia Española.

¿Es o no es de recibo ese verbo? ¡Pues no ha de serlo, mis señores preguntones! De uso general, y con reiterada sanción en el Diccionario académico, es el sustantivo *celestina*, cuya figurada significación conocen hasta los Santos Inocentes.

Admitido a más no poder el sustantivo—pues ya han llovido sobre España zurcidoras de voluntades desde que las letras hispánicas se pulieron y engrandecieron con la aparición de la portentosa *Tragicomedia de Calixto y Melibea*,—, la forma verbal, gramaticalmente hablando, se produce y moldea por sí sola con toda espontaneidad, sin necesidad de que lo haga violentamente ningún forjador de neologismos.

Ningún idioma, al decir de los doctos, compite con el nuestro en fecunda facilidad para obtener los frutos del verbo de entre las flores de los nombres. Por eso mismo hay que andar con pies de plomo y pulso de químico, cuando uno quiere meterse en estas gentilezas de la jardinería gramatical.

Uno de los aludidos comunicantes me pregunta también si es lícito el verbo *capatacear* con que ha topado, tropezado, o como fuere, en un periódico que el preguntón no designa claramente.

Mire usted: si de *celestina* se puede hacer, como hemos visto, *celestinear*, y de *cacique, caciquear*, lo mismo que de *capitán* y de *hombre*, hicieron nuestros tatarabuelos *capitanear* y *hombrear*, claro está que también de *capataz* puede hacer el verbo *capatacear* el primer «hablista» a quien se le antoje semejante forja.

Pero, amigo, esa está hecha en mal yunque y con un martillo bastante flojo. «Capatacear» es vocablo tan molesto de pronunciar como de escribir.

Tiene todas las ridículas hechuras de un trabalenguas.

¿Se puede hacer o decir tal cosa? Sí, señor; pero no *se debe.*

Sobre las mismas leyes de nuestra lengua, sobre la libertad que hermosamente las acompaña, y sobre el mismo uso, a quien Horacio dió excesiva preeminencia (porque el uso ha errado y yerra bárbaramente en muchas ocasiones), hay un espiritual e inexpresable imperativo, que se llama «gusto». Es cosa que no se vende en la botica, ni se aprende en epítomes y prontuarios.

Por eso, de los dos verbos sobre que me consultan temerariamente los curiosos, el primero encaja bien y el segundo encaja mal en el leguaje, con ser entrambos de la misma lícita y natural formación.

Si yo fuera literato, usaría el *celestinear* siempre que viniera a mano; pero ¿el *capatacear?*... Ni con tenazas.

«¡Capatacear!»... Para expresar lo mismo, ¿no sería más castizo, gracioso y sabroso decir *cachicanear?* Sabido es lo que hace el cachicán en toda tierra de garbanzos, gañanes y caciques, y aun de ceibas, guayabas y guarapos; porque en la América española se nombra al cachicán con más frecuencia que en tierra de Campos, y esa denominación—¿verdad que sí, señor Blanco Fombona?—se aplica en Venezuela y en Colombia a los caudillos de chicha y nabo que usa por allá la politiquería andante.

Es un ejemplo de esto que han dado en llamar el «intercambio». De Indias nos vino a España el funestísimo *cacique*, y nosotros, fieles pagadores, les enviamos el insoportable *cachicán*.

Fin de la consulta: *celestinear* es de todo recibo en la patria de la inmortal Celestina, a quien todos tenemos sentada detrás de Don Quijote y al lado de Don Juan Tenorio. *Capatacear* es un voquible feo, burdo y de incómoda pronunciación. Tengo por cierto que don Antonio Maura (hablo del director de la Academia tanto como del político ejerciente) usará el *cachicanear* tan pronto como se le depare ocasión propicia para aplicar ese bonito verbo hispanoamericano a las acciones y a los sujetos que lo hayan menester; porque en esto está parando el caciquismo: en el cachicaneo.

> Y entonces, aunque es muy bruto,
> y en clase falta a la lista,
> se declarará «maurista»
> «Un chico del Instituto».

VALOR ACREDITADO

Entre las infinitas formas del valor, una de las menos comunes, y también de las más meritorias, es la que consiste en despreciar resueltamente—y por medio del ejemplo en público—las manías del vulgo, las corruptelas de uso y abuso general, las imposiciones de la cursilería ambiente y los vicios groseros de la jerigonza moderna.

Testimonio que acredita cumplidamente esa forma del valor—¡la más rara en los españoles de ogaño!—es un prospecto que llegó a mis manos días ha, y cuyo encabezamiento dice así: «*El Agrado*, Gran Casa de viajeros y Restaurante de Ubaldo González Jiménez. Calle de la Imprenta. Piedrahíta (Avila).»

Así, empecatados galicongrios: *restaurante;* como suena y como debe escribirse en español puro y neto, claro y liso, mondo y lirondo; en español honrado, en español valiente, en español de España, y no de Batignolles.

Desde una modesta cabeza de partido viene este gallardo ejemplo, esta lección de respeto al habla

y amor a la patria, hasta la orgullosa capital de la nación, trocada en una irrisoria Babel del género chico por mercaderes cursis, emborronadores «banales» de papel y descastados de toda calaña y toda broza.

Este sencillo fondista de Piedrahíta es un tipo de *castellano leal*, tan cabal y cumplido, tan altivo y valeroso, dentro de su modesta esfera, como aquel conde de Benavente, intransigente y finísimo amador de todas las cosas de su tierra, a quien inmortalizó el estro poderoso y castizo del duque de Rivas.

Otras veces lo he dicho. Así como hay una Sociedad de Salvamento de Náufragos que se honra repartiendo medallas a quienes las merecen, debería haber otra Sociedad del Salvamento del Idioma que otorgase análogos premios a aquellos ciudadanos, que sin ser escritores de oficio ni habladores de profesión, tienen algún rasgo generoso y ejemplar—el «bello gesto» de los galiparlantes—en pro del habla que unos tenemos el honor de respetar... y otros tienen el repugnante prurito de corromper,

A falta de esa «medalla de salvamento» reciba el fondista de Piedrahíta este elogio y este parabién que se complace en enviarle *El Imparcial* por mi humilde mediación, pasando por encima—pues el caso lo merece—de las severas y necesarias reglas que la administración del periódico tiene establecidas para la publicidad industrial y mercantil.

Ya lo sabe el que quiera bombos gratis: que los

gane valientemente en las aras del habla, que son las aras mismas de la patria.

Además, los que escribimos, ya que no con lucimiento y autoridad, con algún decoro y un regular aseo, debemos tener al dueño de *El Agrado*, casa de viajeros y restaurante en Piedrahíta, por un compañero y amigo, meritorio ejemplar y valeroso, muy más digno de nuestro respeto y estimación que innúmeros sujetos, metidos en Madrid a escritores como fray Gerundio se metió a predicador, porque le estorbaba lo negro de los estudios.

Las cosas claras y el chocolate espeso, a la española. A quien se alude anteriormente es a aquellos—cuyo número es infinito, según Salomón—que, a despecho de cuanto se les ha advertido y enseñado, se emperran en pedescribir el bárbaro y absurdo *restorán*, porque se figuran que así «españolizan» el «restaurant» francés.

También de esto hemos hablado otras veces. La culpa de semejantes atentados no la tienen la ignorancia y el mal gusto de los que escriben sin saber dónde mojan ni dónde ponen la pluma, sino los directores de periódicos que no saben o no quieren dirigir a sus licenciosos encomendados.

Vayan, vayan unos y otros a Piedrahíta (provincia de Ávila), que allí un valiente y castizo hostelero, entre unas truchas del Barco y una olla de tres vuelcos, quizá les meta en el cuerpo el respeto, el cariño y el culto a la rica y sin par lengua de Cervantes, que yo no consigo infundirles.

UN VALE QUE NO VALE

Vulgarísima es aquella frase, tan expresiva y clara: «Tal o cual *cosa* no vale lo que *cuesta*». Y, sin embargo, con tener nuestro pueblo y nuestra lengua tan bien determinada la diferencia que hay entre el *valor* y el *precio*, también es vulgarísimo el vicio de expresión que hasta en documentos oficiales confunde aquéllos dos distintos significados.

Ahí están, sin ir más lejos, los billetes de la Lotería Nacional, que para todo español de chapa son el Estado mismo en esencia, presencia y potencia: tanto en vísperas de «extracción», como una sustanciosa credencial o unos jugosos cupones del 4 por 100.

Pues en esos documentos oficiales— dándose con ello un mal ejemplo lingüístico e infringiendo manifiestamente los principios económicos—se comete un pecado de incorrección que ha señalado la revista *Economía Nacional* en cierto trabajo que publica con el título de «El ahorro colectivo» y la firma de «Pedro de Castilla».

Copiemos: «En todas y cada una de las diez fracciones en que está divido el billete de Lotería se lee repetidamente la siguiente frase: «Vale tantas pesetas». El autor de esta frase quiso decir, y debió escribir: «Precio, tantas pesetas», pues esto hubiera sido, y sería, lo exacto, lo gramatical y lo científico, pero confundió el concepto del *valor* con el del *precio* y empleó, sin duda el primero por reputarlo más enérgico, sin advertir que entre lo que una cosa *vale* y lo que *cuesta*, entre el *valor* y el *precio*, media una distancia que se amplía, se reduce y se desvanece a cada instante, como se amplía, se reduce y se desvanece la sombra que proyecta un objeto, cuya sombra es una consecuencia del objeto, pero no el objeto mismo...»

¡Vaya si hay diferencia entre un cuerpo y su sombra! La misma que entre un billete premiado y otro que se queda «per istam», como les sucede a casi todos.

«Vale cinco pesetas», reza un décimo para el sorteo del próximo 21 de junio que acabo de adquirir; y esa declaración oficial es impropia, incorrecta, inexacta a todas luces.

Cinco pesetas me ha *costado* ese papelejo; pero pueda *valer* muchas más, o absolutamente ninguna. Si el núm. 6.549 saca premio, el décimo valdrá 50, 250, 3.000, 7.000 o 15.000 pesetas (omito las aproximaciones); pero si dicho número se queda en el bombo, como es lo más probable, el Estado mentirá escandalosamente, porque aquel pa-

pel que lleva su sello ya no valdrá las cinco pesetas que dice, sino lo mismo que un papel mojado, lo mismo que un tratado internacional para el desaprensivo canciller teutón Bethmann Holweg.

Nuestro pueblo y nuestro idioma, mediante la frase con que he dado comienzo a este apunte, había establecido claramente la diferencia que hay entre lo que cuesta una cosa y lo que vale o puede valer. El vulgo de levita—que suele ser el más vulgar de los vulgos—ha hecho de las suyas, y ahí tienen ustedes en un documento oficial ese «vale» que no vale nada..., o que puede valer mucho más de lo que expresa.

Si el núm. 6.549 fuese agraciado con algún premio, el lotero podría decirme cuando yo presentase al cobro mi décimo:

—Esto, según el Estado, solamente «vale cinco pesetas». Aquí tiene usted sus buenos veinte reales de vellón.

Y viceversa. Si mi número se queda sin premiar, ¿no tendré también derecho a exigir las cinco pesetas que «vale» el papelejo garantido con el sello nacional y la firma del señor don Eduardo Ródenas?

Excelentísimo señor D. Santiago Alba, ministro de Hacienda: como V. E. es hombre de mucha sintaxis y mucha sindéresis, cumplido hablista y excelente economista, dígnese poner el oportuno remedio a la incorrección, impropiedad e inexactitud que dejamos señaladas en documentos tan impor-

tantes para la Hacienda y para los primos alumbrados (¡confiteor, Domine!) como los billetes de la Lotería Nacional.

El que abajo firma ya hizo este ruego en otra ocasión; pero ahora se complace en repetirlo, al verlo refrendado por plumas de toda autoridad en tal materia.

TRIPLE BOMBO

El señor don Eduardo Ródenas es hombre de palabra. Por palabra de rey, más que de director general, puede valer la suya; y el verbo «valer» viene encajado aquí con bastante más propiedad que en aquel absurdo «vale tantas pesetas» con que venían ofendiendo a la sindéresis los billetes de la Lotería Nacional.

Cuando publiqué el «Limpia y fija» intitulado *Un vale que no vale*, el señor director general del Tesoro manifestó—cediendo con discretísima gentileza a las razones alegadas—que, por estar hechas ya las tiradas de billetes, no se podría efectuar antes del mes de octubre la corrección demandada.

Con efecto, en mi poder obra ya un décimo del billete número 17.123 «para el sorteo que se ha de celebrar en Madrid el día veintiuno de octubre de mil novecientos diez y seis» que lleva la deseada enmienda en esta forma: «*Precio, cinco pesetas.*»

Al enviar mi saludo y mi gratitud al tan complaciente cuanto competente señor Ródenas, envío

también mi cordial pláceme al escritor que firma «Pedro de Castilla» en la revista *Economía Nacional*, cuyos irrefutables argumentos contra aquel «vale» que no valía por lo embustero, me complací en hacer míos.

Y el gruñón Maese Reparos que se apunte quince—como suelen decir los economistas de la calle del Bastero—mientras yo me apunto estas cuarenta del triunfo, uniendo el ligero autobombo que me administro al doble aplauso que merecen don Eduardo Ródenas y «Pedro de Castilla».

Aprendan, aprendan de paso—si su terco emperramiento en el disparate y el error se lo permite—de aquel atento y elevado funcionario público los periodistas rutinarios, los escribidores de mogollón, los mercaderes cursis y todos los demás prevaricadores del buen lenguaje, que por no dar el brazo a torcer, retuercen el idioma como estropajo en fregadero.

LA LECCION DE LA BUENA PIPA

El Sol lo quiere, y como yo no figuro entre los topos, murciélagos, buhos, lechuzas, mochuelos y demás enemigos instintivos de *El Sol*, acato con mucho gusto su luminosa voluntad.

Desde hoy—porque así lo quiere *El Sol*, y mientras Dios, que está sobre todo, lo permita—«Un Chico del Instituto» hará penitencia en estas columnas todos los viernes, aplicándosela también a los que carecen de bula para hacer mangas y capirotes con el idioma español, y aun a aquellos que, figurándose tener esa bula, abusan de ella malamente.

Por ejemplo: el articulista político (muy notable por otros conceptos) que el otro día y en un periódico de los más discretos disertaba, con motivo de la ley de Amnistía, acerca de los mejores medios para que sea «amplia y duradera la *eclosion* de la soberanía *popular*.»

Como no es ésta la primera ni la segunda vez que esa *eclosion* aparece en las desquiciadas co-

lumnas de la Prensa, hay que cortar el paso a tan innecesario y desaforado galicismo.

Si «éclosion» en francés viene de «éclore» (brotar), ningún desatino habría dicho el aludido articulista refiriéndose al «brote de la soberanía popular».

Y si ese *brote* le parecía prosaico, vago y poco expresivo, ¿por qué no ha usado la palabra *florecimiento*, que en nuestro lenguaje figurado es mucho más adecuada, más precisa y mas elegante que la francesa *éclosion?*

Tomadas de la Botánica, aún tenía algunas más para presumir de redicho, si le venía en ganas: *floración*, *florescencia* y *eflorescencia.*

Todo ello es más aceptable, más bello y desde luego más comprensible para todos que esa «eclosion» intrusa e impertinente: vocablo que sólo puede pasar... por Irún, Canfranc o Port-Bou para largarse a su país con viento fresco.

Otro articulista, muy dado a refinamientos y fililíes de toda laya, habla frecuentemente de trajes *desuetos,* costumbres *desuetas,* etc.

Del latín *desuetudo*, tienen los franceses su *désuétude;* porque, como decía el padre Juan Mir, los franceses no aciertan a dar dos pasos sin los andadores del latín.

El idioma español está mucho más emancipado, y la *desuetudo* latina la traduce por *desuso.*

¿Por qué, pues, llamar *desueto* a lo *desusado*, como no sea por el prurito de estropear nuestro

lenguaje, so color de modernizarlo? ¡Vaya un «modernismo» que, aunque aparentemente venga de París, hace retroceder nuestra habla a los tiempos del emperador Teodosio!

Ese «modernismo» al menos, que no es sino un arcaismo de los más rancios, tiene un honrado origen latino; pero ¿cuál es el del modernista *champan* que ahora corre por ahí, salpicando con su molesta espuma algunos escritos que presumen de literarios?

Ese *champan* (fonética de camarero ignorante o de tabernero inclulto) es inadmisible para todo paladar medianamente delicado.

Demostración: ¿cómo hemos españolizado el nombre de *Bourgogne*, el de la región y el de su vino?

Diciendo *Borgoña*.

Champaña es la forma española de Champagne, háblese de aquel vino o háblese de aquel país.

Decir y escribir *champan*, a estilo de negros senegaleses, es lo mismo que si a la «Gascogne», en vez de llamarla Gascuña, la llamásemos *la Gascon*.

Todo esto es de clavo pasado; pero en ciertas cabezas no entra el clavo de la sindéreis ni aun con el formidable martillo que los antiguos germanos atribuían al dios Thor.

Ahi están los que se obstinan en escribir y en imprimir el absurdo y repulsivo *restorán* (fonética de fregadero), que ya no es un barbarismo, sino un

«borriquismo» de lo más asnal que cabe en escribas y chupatintas de reata.

Si tenemos el verbo «restaurar», y, por consiguiente, el participio activo *restaurante*, ¿por qué no quieren los salteadores del idioma aplicar ese nombre al establecimiento donde restauramos nuestras fuerzas vitales por la alimentación?

Porque se figuran los muy malsines que lo más moderno y lo más elegante es convertir nuestra habla en una jerigonza de caribes.

Por fortuna, el restaurante a la española, en vez del *restaurant* francés y del *restorán* borriquil, va *haciendo su camino*, como también dicen en su jerga los vándalos de la sintaxis; pues gracias a Dios, si es de hombres el errar, no todos son contumacces en el yerro.

Y nada más por hoy, queridos lectores míos, si no es felicitar cordialmente a otro articulista político que en un diario de la noche (omitamos por caridad el título del pecador) ha hablado de no sé cuáles cosas y principios que en este país se *trocan* lastimosamente.

Eso es renovación y lo demás es cuento. Ya era hora de que acabásemos con los verbos irregulares! Esto, amado Teótimo, nos *consola* de todas veras a los hombres del porvenir.

* * *

Lo mismo que lleva el título de «La lección de la buena pipa», esta plática semanal podría intitu-

larse «Predicar en desierto», «Machacar en hierro frío», «Llamar a Cachano con dos tejas».

Aunque Cachano ha de seguir haciéndose el sordo, quiero recordarle algo que ya le tengo dicho—no recuerdo cuándo—acerca del boicotaje y el boicotear.

Nótese que pongo esas palabras al natural—esto es, sin subrayarlas ni entre comillas—; porque creo firmemente, y perdonen los puristas, que el boicotear y el boicotaje deben quedar españolizados en esa forma.

Lo que no puede pasar aquí—como tampoco pasa en ningún país civilizado—es que en un cartel de la manifestación popular celebrada el 1.° de mayo se leyera, entre otras cosas que no hacen al caso, el siguiente absurdo de rutinaria y apolillada cursilería: «*Boycott* a la Sociedad H. *Boycott* al establecimiento X.»

(Los nombres de los boicoteados nada tienen que ver con nuestro pleito.)

Los que persisten en escribir aquella tontería se figuran, dando con ello muestras de supina ignorancia, que *boycott* es el nombre verdaderamente europeo del moderno entredicho popular.

Boycott era el apellido del primer terrateniente irlandés a quien sus compatriotas aplicaron el entredicho con todo rigor. Esto lo saben, no sólo en Belchite, sino hasta en Honolulu, que está algo más lejos.

Del apellido Boycott se hizo inmediatamente en

Francia el sustantivo «boycottage», y al trasponer los Pirineos esta palabra con su verbo y derivados correspondientes, lo razonable es darle la forma española, en vez de tomar el rábano por las hojas, confundiendo un apellido con una acción colectiva.

Llamar el «boycott» al acto de boicotear, o sea al boicotaje, es lo mismo que si dijéramos: «*La religión de los moros es el Mahoma.*»

Ningún anglicismo, galicismo, ni cosa que lo valga, hay en el boicotaje y en el boicotear; porque estos vocablos no provienen de otros que tengan legítima equivalencia en nuestro idioma. En los derivados de un apellido no hay barbarismo alguno.

Del apellido de aquel señor Boycott, a quien tantos disgustos dieron sus paisanos por no seguirles la corriente, bien podemos hacer nosotros el boicotaje, el boicotismo y el boicotear, como del apellido Góngora hemos llevado el «gongorismo» a todas las lenguas cultas.

¿Está claro?

Más que el agua de manantial; pero a Cachano, tan sordo como cursi, no le gusta abrevar en tan claras fuentes.

Con motivo de mi anterior prédica en desierto me escribe un señor Ortiz de Castilla (¿será seudónimo?) diciéndome que a él le gusta mucho más la palabra «eclosion» que las de brote, florecimiento, floración, florescencia y eflorescencia, y que tiene perfecto derecho para hacer su gusto, escribiendo «eclosion» siempre que se le antoje.

Cierto que sí, señor mío; pero cuando uno prefiere el francés a la lengua de sus padres, lo decoroso, y aun lo elegante, es hablar y escribir en buen francés y no en pésimo español, estropeado adrede.

Cuando un español no puede aguantar a España, tiene perfecto derecho a expatriarse y naturalizarse en el Japón, si así se le antoja y los japoneses le admiten. Eso es triste; pero es franco y leal.

A lo que no tiene derecho alguno un español es a permanecer en España sirviendo y defendiendo los intereses extranjeros a costa de los nacionales. Y ese caso—que en la vida civil es caso patente de felonía—es el mismo de los que se complacen, por bastarda afición a los vocablos extranjeros, en adulterar y ensuciar con ellos el idioma nacional, ofendiendo y atacando a la patria en su alma misma, que es el habla.

Nada más tengo que decir al señor Ortiz de Castilla, si no es aconsejarle, dados sus gustos, que en otro comunicado se firme, por ejemplo, Orthez de Bearn.

Es mucho mas *chic;* y ya ve usted, también a mí me parece Pau una ciudad mucho más bonita que Soria. Lo que hay es que no cambio las míseras ruinas de Numancia por el lujoso Hotel Gassion.

* * *

¡Y aun hablan de separatismo, chillando contra ese fantasma, muchos españoles que no tienen

de tales más que el nombre, aunque presuman mentirosamente de españolistas y españolizantes!

¿Para que más separatistas que estos Sacamantecas del idioma? El que se complace en destrozar las entrañas de nuestro lenguaje, separando de él todo cuanto le honra, le enriquece y le hermosea, es tan separatista como el que pretende destrozar la unidad nacional.

Y es más repulsivo que éste. ¿Por qué? Porque los de tal calaña son más hipócritas, y la esencia nacional tiene en ellos «los enemigos íntimos» que le causan mayor daño. El habla es más sagrada que la bandera. Y esos farsantes que saludan a la bandera, mientras se ciscan en su propia habla, son los separatistas de peor ralea: separatistas ridículos, mas no por eso menos dañinos, que atentan contra la patria en lo que es su alma y su vida, su más alta gala y su razón de ser.

* * *

Así como entre los hijos de Adán y Eva

unos nacen con estrella
y otros nacen estrellados,

también los vocablos vienen al mundo con suerte próspera o adversa.

Por lo común, los más afortunados son los que pone en circulación el mal gusto. Ya lo dice el adagio: «Todo se pega, menos la hermosura.»

A veces, un humorista inventa una palabreja de esas en son de burla; pero la ignorancia y la cursilería, que siempre propenden a lo extravagante y churrigueresco, la toman muy por lo serio y la reciben como una preciosidad del habla.

Tal ha acontecido con el verbo *homenajear* y sus correspondientes participios. Su inventor puede hombrearse, por su rápida fortuna, con Alba Edison y Graham Bell.

Aunque no se sabe a punto fijo quién ha sido ese feliz mortal (cosa que también ocurre con el inventor de las sopas de ajo), mi erudito amigo y maestro, el P. Pisacallos ha averiguado que el primer individuo a quien se llamó en letras de molde *el homenajeado* fué el Diójenes de baja estofa que anda por ahí arrastrando el ilustre mote de «Garibaldi», con ocasión de aquel banquete que le dieron algunos sujetos de buen humor.

Es decir, que la tal palabreja se empleó primeramente en sentido irónico y despectivo; y *homenajear* se siguió diciendo al principio de la manía ridlcula y abusiva de los homenajes, como se dice *borrajear* del escribir sin ton ni son, a salga lo que saliere, y *pintarrajear* del manchar con colores cualquier cosa, sin orden ni concierto.

Pero, amigo, si el «homenajear» nació de burlas, prosperó muy pronto tan de veras, que ya no es sólo en periódicos y periodiquines desaliñados e incultos donde se llama «el homenajeado» a toda persona a quien se obsequia, agasaja, honra, rega-

la y enaltece en público. Hasta en un documento oficial se ha aplicado recientemente el mismo objetivo a un señor muy respetable, poniéndole sin querer en ridículo por no saber evitar el contagio del mal gusto.

Como no hay dislate ni chapucería que se queden sin su correspondiente defensor, no faltará algún abogado del mal lenguaje que salga diciendo: «Si del «traje» y del «forraje» se han hecho «trajear» y «forrajear», el mismo derecho tengo yo para extraer el «homenajear» del «homenaje.»

Indudablemente. Y el mismo derecho que tengo yo para hermosear el idioma con otras innovaciones de igual elegancia, cuyos modelos pongo a continuación para que los aprovechen, si les placen, todos los escribidores de buenas tragaderas.

«Yo nunca he escrito en términos ambajeados ni mi pluma ha sido gajeada por ningún ministro.»

«La época más potajeada del año es la Cuaresma.»

«Ayer estuve toda la tarde carruajeando en la Castellana.»

«La familia de Tal, que es de las más linajeadas de la Rioja, se ha instalado en una de las casas mejor parajeadas del barrio de Argüelles. Sus salones están llamados a ser muy personajeados.»

«A las reses de Benjumea es más fácil cabestrajearlas que torearlas.»

«*Pepita Jiménez* es una novela admirablemente lenguajeada.»

«El primer pintor que en Madrid enseñó a paisajear fué don Carlos Haes.»

«Los yanquis vienen a la guerra europea muy bien bagajeados y equipajeados.»

«Mi tío el canónigo de Plasencia estuvo pajeando cinco años con el obispo de Coria.»

¡No hay que pararse en barras, neologistas al uso! Ahí tenéis trece modelos—la docena del fraile—que me han salido *calamo currente* y acreditan la maravillosa docilidad con que la lengua de Cervantes se deja convertir en la jerigonza de fray Gerundio de Campazas.

¡No hay que darle vueltas, currinches de las cuartillas! Si del «homenaje» es lícito sacar en serio el «homenajear» y el «homenajeado», también lo será echar mano a los ambajes, gajes, potajes, carruajes, linajes, parajes, personajes, cabestrajes, lenguajes, paisajes, bagajes, equipajes y pajes, para enriquecer nuestro pobrecito idioma con el pajear, equipajear, bagajear, paisajear, lenguajear, cabestrajear, personajear, parajear, linajear, carruajear, potajear, gajear y ambajear.

Veremos si nacen con estrella o nacen estrellados estos lindos «voquibles» con que me complazco en *homenajear* a los *salvajeadores* de nuestra habla.

* * *

En no recuerdo cuál periódico leí pocos días ha: «El jueves próximo celebra la Iglesia la festividad

de Santiago Apóstol, San Jacobo y San Jaime.»

Como de ese contexto se deduce que el puntual gacetillero parece creer que dichos santos son tres santos diferentes, bueno será advertirle que todavía se dejó «otro santo» en el tintero.

¿Por qué omitir a San Diego junto a Santiago, San Jaime y San Jacobo?

«Este (decía Don Quijote contemplando una imagen del Patrón de las Españas), éste sí que es caballero, y de las escuadras de Cristo; éste se llama Don San Diego Matamoros; uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo, y tiene ahora el cielo.»

Por cierto—si se me permite este inciso—que de volver Don Quijote a sus andanzas y verse de nuevo ante alguna imagen como la de antaño, lo probable es que dijera:

«Este sí que es caballero, y de las escuadras de Cristo; pero la nación de quien es patrono se ha vuelto tan mansa y tan sufrida para los agravios y atropellos, que este santo ha mudado el nombre y ahora se llama Don San Diego Matapulgas, que es lo más a que se atreve su devota nación.»

Y terminado aquí el inciso—con el perdón que pido a los lectores por tal impertinencia—entro con «la lección de la buena pipa» que corresponde a la católica festividad del día de hoy y al Santo Patrón de las Españas.

Como, al decir del refrán, por las vísperas se conocen los santos, ya ha habido quien ha sacado a

relucir el grito de guerra de los antiguos españoles, poniéndolo en esta forma que, no por ser lo más usual, deja de ser un gentil disparate: «*Santiago ¡y cierra España!*»

¿De dónde ha venido ese absurdo de pedir a Santiago que cierre nuestra nación como si fuera un cofre o un armario? ¿Cuándo querrá «el hijo del trueno» que se acabe esa desatinada corruptela?

Nada tiene de sorprendente que las advertencias de un insignificante «Chico del Instituto» caigan en el más roto de los sacos habidos y por haber. Lo inconcebible es que también tengan el mismo estéril paradero las enseñanzas que sobre este punto—como sobre tantos otros—han dado autoridades de primera magnitud en nuestra habla y nuestra historia.

La rutina errónea se impone con tal fuerza, que a ella ceden, no ya el vulgo de los plumíferos, sino escritores de nota, como el muy distinguido que no ha mucho escribía todo un artículo con el consabido título de «*Santiago ¡y cierra España!*» encaminado a demostrar que, en efecto, el Apóstol ha dejado a España tan herméticamente cerrada, que no hay resquicio por donde penetre en ella un soplo de espíritu moderno, de dignidad colectiva, de esfuerzo cívico, etcétera.

En esta cerrazón—que tampoco es tal ni tanta como se ha dado en decir—no tienen arte ni parte Santiago, o dígase San Diego, San Jaime o San

Jacobo, ni el antiguo grito de guerra de los españoles.

No hay tal cosa, señores, no hay tal cosa; y personas que con razón presumen de «leídas y escribidas» no deben incurrir en simplicidades como la de Sancho Panza (capítulo LVIII de la parte segunda del *Quijote*) cuando pide a su amo la explicación del grito guerrero: explicación, dicho sea de paso, que sólo le da a medias el alucinado Caballero de los Leones.

Lo que se decía antiguamente era «*¡cierra, España!*» en vocativo dirigido a la patria, como si se la dijera: «¡España, acomete a tus enemigos! ¡Embiste contra ellos!»

Nadie ignora que entre las acepciones del verbo «cerrar» está la de «acometer o embestir con denuedo».

Entre las diversas citas de historiadores y poetas (algunos como Lope de Vega y Alarcón) con que el señor Rodríguez Marín ilustra el mencionado pasaje del *Quijote,* la más expresiva y gráfica es una que le suministra el autor de *La Araucana*, cuando habla de cierto tropel de gente armada, diciendo de él que

> sin poder los contrarios resistillo,
> entra con un rumor y furia extraña,
> gritando: «*¡Cierra, cierra, España, España!*»

¿Está claro lo que escribió Don Alonso de Ercilla, varón tan eminente en las letras como en las

armas? Clara a más no poder es la lección; pero ya verán vuesas mercedes cómo se queda en una lección más de «la buena pipa».

Los escribidores de reata no se darán por enterados, y los que presumen de independientes persistirán adrede en el error por no dar el brazo a torcer, reconociendo buenamente que la antigua invocación y grito de guerra se debe escribir y puntuar: «¡SANTIAGO, Y CIERRA, ESPAÑA!»

De todas maneras, esta es una antigualla, porque aquí no hay más Santiago con influjo y valimiento que el señor Alba y Bonifaz. Y en lo que toca a España, la pobre no se atreve ya a cerrar ni con su sombra.

* * *

Llega a mis manos un número del diario francés *Le Figaro*, y en un mismo artículo leo lo siguiente:

«M. de Kühlman...» «L'amiral de Hintze...» «Le vieux marechal de Moltke...»

Nada significa el aplauso de un humilde *potache*, como llaman los franceses al estudiantillo de mi condición; pero allá va—aunque esté hoy cerrada la frontera—y sírvase recibirlo el gran periódico parisiano, parisiense, parisino o pariseño. (Nunca «parisien» en nuestro idioma, que es un grosero barbarismo, y mucho más cuando se usa en femenino, como hace mucha gente ignorante y rutinaria.)

¿Cuál es la razón de este aplauso?

La razón que dicho periódico viene a darme, traduciendo a su idioma lo que en él tiene exacta y legítima traducción, en vez de rendir parias a un lenguaje extranjero, aceptando a cierraojos sus vocablos.

En francés como en español—y lo mismo digo de los idiomas hermanos—no pega ni con cola el *Von* de que tanto se abusa al citar los apellidos germánicos.

Si traducimos el *Herzog* por duque, y el *Graf* por conde, y el *Herr* por señor, ¿por qué dejamos el *von* respetuosamente intacto, teniendo, como tenemos, la preposición *de* para expresar exactamente lo mismo?

Por rutina, por cursilería, y por eso que llaman los antropólogos *psitacismo;* o sea la degeneración del hombre en loro.

Como este pobre «Chico del Instituto» ya lo dijo en otra ocasión—y fué lo mismo que si hubiera cantado las habas verdes a las focas del Polo—no puede menos de congratularse, al ver que un periódico tan autorizado como *Le Figaro* traduce el *von* por *de;* pues para eso tienen los franceses la misma partícula nobiliaria.

Y para eso la tenemos los españoles; aunque bueno será advertir—para cortar el paso a Maese Reparos y también para disipar algunas ridículas vanidades—que el *de* antepuesto a un apellido no es en España privativo de las familias con ejecutoria, y por consiguiente, no siempre el *de* hispánico puede

traducirse en Germania por el *von.* Recordemos que lo llevaron sujetos de tan baja estofa como Ginés de Pasamonte, salteador de caminos, y Pablos de Segovia, buscón e hijo de un verdugo.

Y esto del aceptar a trompa y talega cualquier vocablo exótico me lleva como por la mano a indicar—y también esta es una indicación «de la buena pipa»—que es otra corruptela, por mucha ley que haga la costumbre, la de denominar exclusivamente el «Kaiser» al emperador alemán y rey de Prusia.

Tan «Kaiser» como él (en alemán), es el emperador de Austria y rey de Hungría, mientras los hados le conserven tal soberanía y tal título.

Kaiser no es más que la transformación, o hablando más propiamente, la deformación del *César* latino; como lo es también el «Zar» de los rusos, y dicen algunos (aunque no se fíen ustedes, por si acaso) que ocurre lo mismo con el «Cha» de los persas.

Contra ese abuso de la palabra «Kaiser» en las tierras, más o menos latinas, que tienen originalmente la de «César», tronó ya en el *Giornale d'Italia* un escritor de mucha cultura e igual agudeza; pero en Roma—¡lo mismo que en Navalcarnero!—le hicieron tanto caso como si en vez de firmar *Il Farmacista*, hubiese firmado «Un Chico del Instituto».

* * *

Sr. Director de *El Sol.*

Mi respetado y paternal amigo: He visto que en *El Sol* se llama Mohamed V al Sultán otomano que acaba de fallecer y tan exiguos recuerdos deja de su capacidad para el oficio de «Comendador de los Creyentes». ¡Alá le tenga donde sea menester!

Cuando los llamados «Jóvenes Turcos» (cuya falsa juventud puede correr parejas con la de ciertos falsos liberales en España) otorgaron la sultanía, el sultanato, o como quiera usted decir, al príncipe recién fallecido, y al ver que algún periódico le llamaba *Mohamed V*, hube de advertir—¡advertencia fácil de recibir con sólo hojear la Enciclopedia de Montaner y Simón!—que el nombre arábigo del Profeta se reserva exclusivamente para la gente de raza y lengua arábigas, como los sultanes de Marruecos, los reyes musulmanes españoles, etc.

Cuando en Granada reinaban todavía Abu Abdalá Mohámed al Zagal y Abu Abdalá Mohámed al Zaquir (el Boabdil, como sabe usted, a quien los musulmanes llaman el *Zogoibí,* o el Desdichado), los aragoneses y los castellanos estaban cansados de llamar Mahomet, y aun Mahometo, a los primeros sultanes otomanos que se honraron con el nombre del fundador de su religión.

Y al denominarles de ese modo nuestros antepasados, no hacían más que acomodarse a los nombres (tres con muy leves diferencias) con que

los turcos interpretan el de Mahoma. No los apunto por tres razones. Primera: porque ya los conoce usted de sobra. Segunda: para que no me llame usted pedante de baratillo. Tercera: porque ahí está el vulgarísimo Diccionario de Larousse para sacar de apuros a quien dude de mis advertencias.

Perdone usted la insistencia, pues fué sermón perdido lo que dije y puntualicé en otra ocasión, a fin de ahorrar tropiezos a la improvisación periodística; pero llamar «Mohamed» a un soberano turco, porque éste es, o parece ser, musulmán, y porque aquél es el nombre arábigo del Profeta, viene a ser lo mismo que si al Rey de España (Su Majestad Católica en los documentos diplomáticos) le llamásemos *Ildephonsus*, porque éste es el nombre, verdaderamente católico, que lleva el monarca reinante en el lenguaje oficial de la Iglesia.

Por lo demás, crea usted, señor director, que me importa un rábano (ignoro el nombre de los rábanos en turco) que se le ponga al *Padischá* este o el otro nombre arbitrario. Alá distingue a los hombres por sus hechos y no por su cédula personal.

Perdone usted, vuelvo a decir, esta divagación y ordene algo de mayor substancia a su muy devoto amigo y acólito *sub lumine* SOLIS.

ESTAFETA PUERIL

CARTA DE «UN CHICO DEL INSTITUTO» A M. DE C.

Mi amado tío, tutor y a ratos preceptor: Al reanudar bajo la propicia fotosfera de *El Sol* estas «puerilidades» mías que tanto molestan a algunas personas mayores (sin perjuicio de agradar a otras), quiero dedicarte esta no sé si segunda o tercera salida mía por los campos de Montiel. Va a ser la de hoy una fraterna verdaderamente fraternal. Una peluca, como si dijéramos, para andar por casa. Nuestras admoniciones preferentes deben ser para nuestros preferentes afectos.

En tu nombre, mi querido tío, tutor y a ratos preceptor, pues tú eres harto descuidado para todas tus cosas, voy a hacer una pública aclaración, que juzgo indispensable,

antes que el auditorio te lo exija,

antes que algún cazador de gazapos te suelte una perdigonada y antes que Urganda la Desconocida te aplique aquello de:

Advierte que es desati-,
Siendo de vidrio el teja-,
Tomar piedras en la ma-
Para tirar al veci-

Dígolo, tío amado, porque el diablo, que no duerme y todo lo enreda, ha hecho que a las veinticuatro horas justas y cabales de haberse publicado en *El Sol* tu artículo intitulado *Los borriquitos del «quis vel quid»*—por el cual te envío mi desinteresado parabién—hayas dado, o te hayan hecho dar, un tropezón en el mismo sitio donde tú señalabas los ajenos.

Es, pues, el caso que quizá por alguna exigencia de orden tipográfico te han colocado en el «Despacho del otro mundo» que te envía el rey Ataulfo una dirección cablegráfica de orden interior en el periódico que dice así: FEBUS, MADRID.

Ya sé que ahora mismo vas a decirme, atajándome la fraterna:

—¡Sobrino, yo no he sido!

Lo creo, tío de mis entretelas, porque me consta que estás cansado de saber que en latín se escribe PHŒBUS, con su «ph» como una casa y su diptongo «oe» como un templo.

Ese *Febus* de tus pecados no es de recibo ni aun en francés, cuando algún historiador traspirenaico

nos habla de Gaston «Phœbus», conde de Foix, o cuando Víctor Hugo nos presenta al pintoresco capitán «Phœbus» de Chateaupers.

Nadie está obligado a saber tocar las castañuelas; pero de tocarlas, hay que tocarlas bien. Y como ese tropezón, que por el lugar y el momento no puede considerarse como de menor cuantía, ha venido inmediatamente después de *Los borriquitos del «quis vel quid»*, me ha parecido necesario hacerte este quite para evitar que algún arriero—o *harriero*, como quiere el maestro Rodríguez Marín—salga enjalmándote de mala manera.

Para endulzar y dorar en algún modo la presente pildorilla, y ya que *El Sol* (Helios divino le dé mucho calor y mucha luz) dispensa amable hospitalidad a este pobrecillo «Chico del Instituto», debo declararte que por punto general y descartando tu parte por aquello del parentesco y la tutoría, *El Sol* me parece un periódico modelo. Tales manos lo hilan y tales firmas lo ilustran.

Veo con sumo gusto que los redactores procuran huir como del diablo de los bárbaros *bisar, reprisar*, *debutar*, *epatar*, *interviuvar*, y demás zanganadas al uso; pero a lo mejor o a lo peor, en tal cual artículo, por otra parte excelente, suelen deslizarse algún *constatar* y algunos *banales* que en España no pueden pasar... más que por Irún, Canfranc y Port-Bou, cuando esos «voquibles» exóticos nos hagan el favor de irse con viento fresco a su legítima patria.

Toda renovación me parece de perlas. *Remudarse es limpieza*, dijo Cervantes; pero debemos remudarnos con lo mucho bueno y limpio que tenemos dentro de casa, y no con la ropa sucia que desechen los demás.

Y despidiéndome hasta la próxima aventura que le salga a este Quijotillo de las enseñanzas elementales, te envía un abrazo como sobrino, como pupilo y como aprendiz.

FIN

INDICE

Páginas.

Librería RENACIMIENTO

Preciados, 46.—MADRID

Novedades publicadas por RENACIMIENTO y GIL BLAS durante el año 1922 y que no figuran en el Catálogo general.

EDITORIAL RENACIMIENTO

	Pesetas
Jacito Octavio Picón.	
* Dulce y sabrosa	5
* El enemigo	5
* Sacramento	5
* Juanita Tenorio	5
Cristóbal de Castro.	
Un bolchevique	4
Alberto Insúa.	
Un corazón burlado	5
Maravilla y La hiel	4
El negro que tenía el alma blanca	5
Juan Pérez Zúñiga.	
Fermatas y banderillas	5
Aventuras estupendas	5
Cosquillas	4
El Chápiro Verde	4,50
Desahogos particulares	4
Novelas ínfimas	4
Eduardo Zamacois.	
Confesiones de un niño decente	5
Duelo a muerte	4
La opinión ajena	5
Sobre el abismo	4
Tik-Nay	4
Joaquín Belda.	
La piara	4
José María de Acosta.	
Al cabo de los años mil	4
La venda de Cupido	2,50

Los marcados con un asterisco (*) sufren un recargo transitorio de 50 céntimos.

Pesetas

Ruben Darío.

Alfonso XIII y sus primeras notas............. 4
Azul.. 4
La caravana pasa............................ 4
El mundo de los sueños...................... 4
Canto errante............................... 4
Peregrinaciones............................. 4

Víctor Hugo.

Luis Felipe en el trono, ante la revolución y en el destierro.............................. 3,50

Francisco Gómez Hidalgo.

¿Cómo y cuándo ganó usted su primera peseta? 4

Miguel de Unamuno.

Andanzas y visiones españolas............... 4
Vida de Don Quijote y Sancho................ 5

Adolfo Reyes.

El carro de asalto.......................... 5

Verdugo.

Estelas..................................... 4

Marcel Prévost.

Las Don Juanes.............................. 5

Carlos Mendizábal.

Rygmalión y Galatea......................... 4
(En preparación: Anafrodisis, La Colisión y El sexto sentido.)

EDITORIAL GIL BLAS

San Isidoro de Sevilla.

Imitación de Cristo......................... 4

Concha Espina.

Cuentos..................................... 4

Emilio Gutiérrez Gamero.

El Corregidor de Almagro.................... 4
Sitilla...................................... 4

Amós de Escalante.

Del Manzanares al Darro..................... 6

Ricardo León.

Amor de caridad............................. 5

Pesetas

EDITORIAL EVA

Obras de M. Maryan.

	Pesetas
La sortija de ópalo *(2.ª edición)*	4
Un nombre	5
La prima Lucía *(2.ª edición)*	4
La Casa de los Solteros	4
El palacio viejo	4
La sobrina del Vizconde	4
La Corte de las Damas	4
Una barrera invisible	4
El eco del pasado	4
La herencia de Boisredón	4
La gran ley	4

Novelas de M. Maryan que aparecerán en breve, al precio de 4 pesetas:

Errores del corazón.
La casa sin puerta.
La herencia de Paula *(12.ª edición francesa)*.
El delito de Clotilde.
Un matrimonio moderno.
Anita.
Otras cosas.
El castillo rosa.
La huérfana.
La dote de Ricoleta.
Entre dos cunas.
Rosita.
Un secreto de familia.
La florida.
Una promesa.
Gabriela.
Matrimonio civil.
La fortuna de los Montligne.
Esther.
Lady Frida.

	Pesetas
Obras de Jeanne de Coulomb.	
Cetro de oro	4
Pescadora de luna	4
La isla encantada	4
La fuerza irresistible	4
Firme como la roca	4
Humo de gloria	4
La Casa de los Caballeros	4
Tierra prohibida	4
La que separa	4
La ciudad de la paz	4

Aparecerán en breve, al precio de 4 pesetas:

La Villa del Paraíso.
La piedra filosofal.
El camino de ronda.
La sombra del pasado.

Obras de Mathilde Aigueperse.

La hermana mayor	4
Los combates de la vida	4
Kerdelec... debe, Kerdelec... quiere	4
La senda tiene espinas	4
Desquite	4

M. Delly.

En las ruinas	4
Una mujer superior	4

Obras publicadas de la Baronesa de Orczy.

Yo castigaré	4
El misterioso Pimpinela	4
La liga de Pimpinela Escarlata	4
Eldorado	4
El caballero de la sonrisa	4
Un conde del siglo XVIII	4









